

LA JOVEN EUROPA

HOJAS DE LOS COMBATIENTES DE LA JUVENTUD ESTUDIANTIL EUROPEA

CUADERNO 1/2

ENERO 1942

ÍNDICE

1943

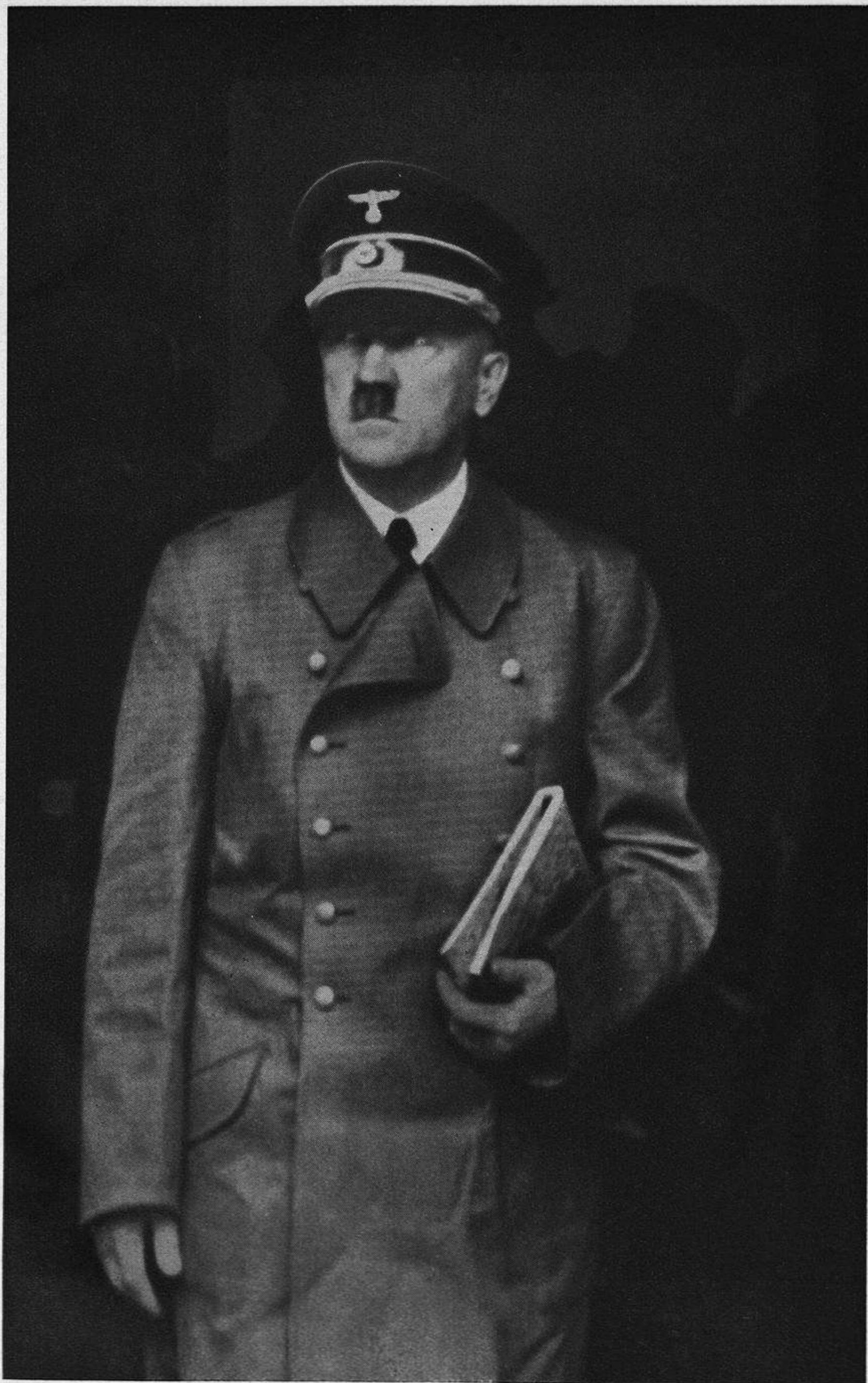
<i>Prólogo del editor:</i> <i>Dr. Alfredo Marquerie, Madrid:</i>	La Joven Europa La organización de Europa y la Cruzada contra el Comunismo La escuela mortal
<i>Dr. Bruno Brehm, Viena:</i> <i>Profesor Veikko Antero Koskenniemi,</i> <i>Helsinki:</i>	El frente europeo La guerra santa
<i>Profesor Mihai A. Antonescu, Bukarest:</i> <i>Profesor Alfredo Pimenta, Lisboa:</i>	La hora decisiva Bajo la nueva constelación
<i>Prof. Dr. Adalbert Tuka:</i> <i>Dr. Emanuel Vajtauer, Praga:</i>	Europa unida La esencia del bolcheviquismo
<i>Dr. C. H. Carp, 's Gravenhage, Holanda:</i> <i>Dr. Belà Bácskai, Budapest:</i>	Hungría lucha por la nueva Europa Croacia y el nuevo orden
<i>Dr. Ante Pavelič, Poglavnik de Croacia:</i> <i>M. F., Roma:</i>	La muerte heroica de Bruno Mussolini Finlandia en el camino de la victoria
<i>Teniente Dr. Martti Haavio, Helsinki:</i> <i>Juan Carlos Villacorta Luis, Madrid:</i>	Los abanderados de la Nueva España Los voluntarios dinamarqueses en Ucrania
<i>Corresponsal de guerra Edwin Krsziza:</i> <i>Corresponsal de guerra Dr. R. Lagrou:</i>	Holandeses y flamencos ante el ataque Impresión de Kiew
<i>Capitán Dr. Hans Friedrich Blunck:</i> <i>Corresponsal de guerra</i> <i>Dr. Andreas Feickert:</i>	El primer ataque Francia y la lucha por la libertad de Europa
<i>Alphonse de Chateaubriant, Paris:</i> <i>Tony Guedel, Legión francesa:</i>	La camaradería juvenil de la guerra Europa entre la quimera y la realidad
<i>Dr. Theodor Uzorinac, Agram:</i> <i>Prof. Heinrich Hunke, Berlin:</i>	Pueblo y espacio en el nuevo orden político- económico de Europa
<i>Prof. Dr. L. Wladikin, Sofia:</i> <i>I. S., Lisboa:</i>	El despertar heroico Inglaterra discute
<i>Dr. Janko Janeff, Sofia:</i> <i>Marco Aurelio:</i>	De la libertad del nuevo hombre El camino hacia el todo
<i>Johann Wolfgang von Goethe:</i> <i>Ludwig van Beethoven:</i>	El tiempo y el destino Palabras de un hombre heroico
<i>Karl von Clausewitz:</i> <i>Leopold von Ranke:</i>	La Audacia La Patria espiritual
<i>José M. Pemán:</i> <i>Benito Mussolini:</i>	Movilización de Corazones La Filosofía del Valor (Aforismos)
<i>Adolf Hitler:</i>	El bolcheviquismo y la comunidad de los pueblos europeos

EDITOR: INTERCAMBIO ACADÉMICO CULTURAL
BERLIN W 35, FRIEDRICH-WILHELM-STRASSE 22

EL DESTINO DEL HOMBRE

*«El hombre solamente es libre en cuanto se
le considera como portador de valores eternos.»*

José Antonio.



La Joven Europa

Esta publicación ha de ser un campo abierto a todos los luchadores de la juventud europea, para manifestarse sobre los grandes problemas de nuestra época en esta hora decisiva, en que luchamos por el destino de nuestro Continente. Al aparecer hoy por vez primera, la Dirección saluda a todos sus lectores y camaradas en el combate. Saluda a cuantos en el frente de batalla luchan con las armas en la mano contra el bolchevismo y a todos los participantes en el nuevo orden europeo, que en el terreno intelectual y universitario luchan de palabra o por escrito por la renovación de nuestra vieja y prestigiosa cultura, sentando las bases de la reconstrucción de la vida espiritual y política de Europa.

La Historia de la Humanidad nos enseña que en los momentos de prueba, en la lucha decisiva por la existencia, la realidad se abre paso implacablemente y el hombre persigue el conocimiento verdadero y real de la naturaleza de los individuos y de los pueblos. Sabemos muy bien que la juventud estudiantil de todos los países europeos es estimulada por la guerra a una fecunda reflexión sobre estos problemas en el sentido indicado. Sabemos también que esa juventud ha conseguido a través de la ruda escuela de las luchas guerreras una madurez intelectual sobre la vida y sobre la muerte que de otra manera no hubiera podido alcanzar. La misión de esta publicación es precisamente dar una concreción visible a esta evolución juvenil. En nuestras relaciones de nación a nación en los años anteriores a la guerra, hemos adquirido el convencimiento de que no hay nada que contribuya tanto al perfeccionamiento interior del hombre, como el intercambio de ideas con camaradas de una formación espiritual análoga. Hoy, cuando es imposible reunirnos, nos encontraremos en espíritu todos los meses a través de «La Joven Europa».

Estemos donde estemos, estudiantes en la patria o soldados en los ejércitos de nuestros respectivos países, todos seremos verdaderos combatientes, es decir, lucharemos en la primera línea. Donde la lucha decisiva sea más fuerte, allí nos encontrarán. Muchos de nosotros luchan en las distintas armas entre Leningrado y Odessa en medio del calor y la lluvia, a través de dilatadas llanuras e impenetrables bosques contra el bolchevique adversario de toda cultura; otros luchan en las Universidades y altos centros de investigación contra las teorías funestas de un egoísmo desenfrenado. En las duras horas de nuestra lucha recordemos que no estamos solos, que formamos una comunidad europea, grande y joven, celosa guardadora de nuestros valores del pasado, pero también con aliento revolucionario

para construir sobre los cimientos de nuestros antepasados los sólidos monumentos de un porvenir nuevo.

No somos de aquellos débiles de espíritu que añoran la existencia tranquila de otros tiempos. Amamos nuestra época y somos dichosos de haber sido predestinados a emprender titánicas tareas.

Ninguna juventud europea llevó nunca sobre sus hombros una misión comparable a la nuestra. No somos militantes de una estática anticuada, sino adeptos fervorosos de una dinámica renovadora. Somos los abanderados de una vida que nace.

La Dirección de esta publicación se considera mero agente de cuantos se hallan animados por este espíritu. Os pide que en cuanto sea posible, enviéis cartas, artículos y trabajos que, análogamente a los que aparecen en este primer número, serán publicados, constituyendo expresión real de esta comunidad a la que todos pertenecemos. No siempre les será posible tanto a los soldados como a los estudiantes, disponer de tiempo suficiente para trabajos extensos; por ello aceptaremos también gustosamente cartas y trabajos breves. ¡Enviadnos todo cuanto queráis, camaradas! Todos los meses «La Joven Europa» llegará a vuestras manos y os acompañará por cuantos caminos actualmente recorreremos para asegurar nuestra existencia y cumplir nuestra misión ante la Historia de nuestro Continente.

La Dirección.

El fin de las guerras civiles europeas

Nosotros participamos en esta gran ofensiva contra la Rusia de los Soviets porque para nosotros Europa es un concepto sacrosanto. Cada Iglesia, cada casa en Europa es también nuestra casa. Ante nuestros propios ojos nace una nueva época. Los enemigos de antaño que en la gran Guerra cavaron sus sepulturas frente a frente, se han reconciliado para siempre. Los hechos que se desarrollan actualmente son las últimas manifestaciones de la guerra civil en Europa. El resultado final será la unidad del Continente tanto tiempo soñada.

Leon Degrelle, Legión Valona.

Dr. ALFREDO MARQUERIE, MADRID:

La organización de Europa y la Cruzada contra el Comunismo

El nombre y la idea de Patria, su etimología, es decir su envoltura verbal y su concepto — o lo que es lo mismo: su tuétano, su meollo — se asimilan y radican en un sentimiento eterno, que es el sentimiento de la paternidad. Cuando la democracia liberal, el anarquismo, el marxismo, todas las doctrinas demoledoras que ha padecido la humanidad intentaban desarraigar de la conciencia el sentimiento y la idea de la nacionalidad, el concepto y el amor de la Patria y a la Patria calificándolos como prejuicios atrasados y estúpidos, contrarios al progreso y evolución de los pueblos, estaban realizando la misma labor inhumana y siniestra que si se empeñaran en que los hijos negaran el parentesco con los padres. Querían convertir el mundo en un inmenso hospicio, en una gigantesca inclusa, en un monstruoso orfelinato de hombres sin patria, de «ciudadanos del mundo», es decir de hijos sin padre conocido.

Además de las razones explícitas-defensa de la vida, de la libertad y del honor que determinaron en el mundo el nacimiento de las nuevas ideas autoritarias y totalitarias y el triunfo de los Partidos y de los Regímenes que supieron encarnarlas, hubo otras razones metafísicas todavía más soterradas y profundas en el orden de la espiritualidad que hacían necesario su alumbramiento. La mayoría de los países de Europa, fraccionados y atomizados, con sus fronteras torsionadas por el bárbaro descoyuntamiento que impuso el Dictado de Versalles con sus estructuras políticas y económicas canceradas por el demoliberalismo francés, por el imperialismo anglo-sajón, por el socialismo y el comunismo marxistas, navegaban a la deriva, sin orden ni concierto. La absoluta, inaplazable necesidad de ese orden y de ese concierto determinó el nacimiento y la victoria de los partidos y de los regímenes totalitarios, como ha determinado también la guerra actual: única salida natural y lógica para imponer una solución salvadora que, de otra manera, nunca podría ser ni factible ni siquiera viable.

La derrota de Francia primero, como lo será después la de la U.R.S.S. y la de Inglaterra tienen a la luz de la Historia el significado del fracaso de unos sistemas filosóficos, económicos y políticos, que no podían perdurar por que se basaban en el crimen ideológico y moral, o dicho en una sola palabra: en la injusticia. Para un liberal francés un hombre sin Patria — un hombre que niega a su padre — es un ser respetable y progresista, libre de prejuicios. El liberalismo conduce a esas terribles paradojas. Para un inglés un hombre sin Patria es un «gentleman», si sirve a la codicia o a los intereses materiales del Imperio. Para un bolchevique un hombre sin Patria es el aliado inestimable y precioso, el agente de enlace ideal entre los apátridas bolcheviques de todo el mundo.

Todo eso y mucho más en lo que atañe a los individuos. Por lo que respecta a los pueblos, a los países y a los Estados, Inglaterra y Francia han fomentado siempre la miseria y el fraccionamiento de las demás naciones como los medios que estimaban eficaces y lícitos para perpetuar su existencia de «poderosos» en perjuicio de los desheredados. Y el régimen soviético ha hecho lo mismo para favorecer con ello el clima propicio a la revolución bolchevique.

Ni se puede ahogar en la conciencia de las gentes la idea y el sentimiento de la propia Patria, ni se puede condenar a los hombres y a los pueblos al caos filosófico político y económico. Europa tenía que estar presidida por una autoridad y por una justicia de las que jamás se habló en las grandes confabulaciones anglofrancesas, aplaudidas y fomentadas por judíos masones y bolcheviques, por ejemplo en aquel engendro de trágico y grotesco recuerdo que se llamó «Liga de las Naciones».

Los planes de Adolf Hitler y del nacional-socialismo, tras haber desarrollado y ampliado sus iniciativas en el interior, proyectan hacia fuera sus aspiraciones de justicia y de equidad. Y en esta labor de salvar la subsistencia nacional amenazada al otro lado de la frontera los acompañan y secundan eficazmente Italia y los restantes países del Eje. La nueva organización de Europa es una concepción tan poderosa y tan bella que sólo puede ser realizada por un hombre genial y por un pueblo heróico, educado y disciplinado en las más altas virtudes del servicio y del sacrificio.

En cuanto a la Cruzada contra el comunismo — fase de la guerra en la cual nos hallamos — hay en ella como un primer eslabón para

la forja de la unidad de Europa, fraguado en el ideal común y en la hermandad de las armas. Ni Francia ni Inglaterra habían comprendido que el bolchevismo era el enemigo público número uno de la humanidad. Más importancia que las alianzas exteriores a veces impuestas por las necesarias relaciones internacionales tiene el hecho de que en el seno de los pueblos se toleró la creciente influencia e importancia de los partidos comunistas obedientes a las órdenes de la Tercera Internacional, es decir de Stalin. Cuando Alemania, por conveniencias de táctica exterior inexcusable, firmó su pacto con Rusia, todos los hombres de fe sabíamos que su programa nacional-socialista permanecía inalterable, sin abdicar doctrinalmente ni de uno solo de sus principios. Pero los únicos aliados ideológicos de Moscú seguían los Frentes Populares y los partidos comunistas, el judaísmo internacional que en Inglaterra tiene tan señalada representación y participación. La batalla a la U.R.S.S. sólo la podían iniciar Alemania y los países del Eje, no contaminados del virus comunista, vacunados contra él por sus propios regímenes.

Y en esa batalla España no podía faltar a la cita pidiendo y obteniendo un puesto de honor y de peligro a la Alemania de Hitler, a la Alemania nacionalsocialista que la había ayudado con los heroicos legionarios de la Cónдор en la guerra entablada en 1936 dentro de la Península ibérica, para expulsar a los bolcheviques y exterminar a sus aliados traidores a la Patria.

Nuestra División Azul de voluntarios falangistas — lo consigno en este artículo no por una exhibición nacional sino como aportación de unos someros datos históricos — nació espontáneamente el día mismo en el que Alemania entraba en guerra con la U.R.S.S. Era algo que como se dice en mi país «estaba en el ambiente». El presidente de la Junta política de la Falange salió otro día a uno de los balcones de la Secretaria General en la madrileñísima Calle de Alcalá, para saludar a una manifestación de falangistas, excombatientes y estudiantes, que pedían ir a luchar contra el comunismo y al lado de Alemania. «Rusia es culpable» sentenció la voz de Ramón Serrano Súñer. Y desde aquel instante, con la anuencia y apoyo de nuestro Caudillo y con el asenso del Führer, la División Azul era un hecho. Sólo hubo un problema: limitar el número de inscripciones, porque todos nuestros falangistas y excombatientes querían participar en la ocasión que, con frase de Cervantes, pudiera llamarse «la más alta que ha visto la Historia».

Dr. BRUNO BREHM, VIENA:

La escuela mortal

Hace algunas semanas he hablado yo de la escuela terrible por la que finlandeses y ucranianos tuvieron que pasar, y llamaba yo a esta escuela una escuela mortal. Posteriormente he visitado una de estas escuelas, desde luego no la más terrible: la ciudadela de Zloszow y he presenciado un cuadro tan espantoso como jamás había conocido. No he sido nunca un mimado de la fortuna: Me ha tocado conocer de cerca el tifus exantemático del campamento de Tozkoe, en 1915 y he visto cargar como fardos en trineos muchos muertos de frío en Krasnojarsk. Esto no era nada. Y no es que haya estado esta vez en los calabozos de las tschekas de Lemberg; he estado solamente en Zloszow. Pero esto me basta para toda mi vida.

*

La ciudadela está situada al S.E. de la ciudad. Nosotros veníamos de Tarnopol. Cuando de vuelta pasábamos por delante de la ciudadela, me di cuenta de que el gran edificio de estilo barroco tenía arriba sobre los altos muros de la fortaleza, las ventanas tapiadas con madera de modo que sólo permitían la entrada de la luz por la parte superior. Una prisión, pensé yo. Al pie de la colina había tanques y camiones rusos destrozados que aun no habían sido apartados a un lado. En la carretera el tráfico era muy intenso de y para el frente. Tuvimos que parar nuestro coche. Entonces pregunté a un centinela por qué subía tanta gente hacia la ciudadela por el estrecho camino y me contestó que allá arriba estaban los ucranianos asesinados. Abandonamos el coche por unos momentos y rogué a mis compañeros que me siguiesen.

Mujeres y hombres llorando, con el terror pintado en sus rostros, vinieron a nuestro encuentro. Nosotros subíamos por el sendero. La ciudadela está rodeada por un foso. Al borde del foso se hallaban varios hombres de pie. Del foso subía un hedor insoportable de cuerpos descompuestos: el foso estaba lleno de cadáveres. Todos aparecían horriblemente mutilados y los que nos hallábamos presentes nos sentíamos deprimidos tanto si pensábamos en el psico-

análisis freudiano como en los mártires de los verdugos de aquella prisión. No habían respetado ni siquiera las caras de sus víctimas por lo que se hacía imposible reconocer en ellos a un hermano, un padre o un esposo. Cuanto se les podía haber arrancado o arrebatado había sido así hecho. En la pared de la prisión había una fosa a medio abrir. Aquello era un montón inmenso de dolor, imposible de contar y describir. Entramos en el patio de la ciudadela. Las víctimas estaban alineadas en largas filas. Entre los muertos, de todas las edades, sus familiares supervivientes iban y venían buscando sin cesar. Un hombre me cogió de la mano y señalándome los restos de un joven de 15 años me mostraba al propio tiempo su fotografía en un pasaporte. «Aquello» había sido su hijo. Una mujer decía a mi lado: «Mi marido era médico de Estado Mayor; allí está.» Yo no podía ver más, tenía que marcharme. Tampoco pude detenerme a ver si se los había fusilado precipitadamente en el patio o si fueron asesinados en la enfermería de la prisión. Era demasiado. Las moscas, el calor, el olor penetrante, los hombres llorando mientras buscaban a sus deudos entre los cadáveres. Estaba emocionado y sentía que me ahogaba. Imposible de describir. ¿Habría cuatrocientos? ¿Quizá más? Este era sólo uno de los lugares de suplicio. Había más. Esto sí que era la escuela mortal. No hay palabras capaces de dar una idea perfecta.

En estos días precisamente en que por fin se descorría la cortina sangrienta que encubría a este país y en que se empezaban a vengar tan horribles crueldades, Inglaterra trataba de ayudar a su sanguinario aliado, y el parte de guerra ruso lo anunciaba con satisfacción. Nos preguntarán los idiotas incorregibles ¿cómo lo censuráis en los ingleses cuando vosotros mismos habéis tenido un tratado con los bolcheviques? ¿Es verdad o no? Después de una hora febril como la vivida en la ciudadela de Zloszow puede uno comprender lo más fácilmente que nunca.

*

Recordamos el intento del Führer para llegar a una paz con Inglaterra. Sabemos cuántos sacrificios en orden a nuestras construcciones navales estaban dispuestos a llevarse a cabo por conseguir este fin. Fué en vano. El Führer supo el peligro que nos amenazaba por el Este. Un acuerdo con Polonia o con Checoes-

lovaquia era imposible, porque Inglaterra no lo quería y porque Francia ciega no veía lo que se aproximaba.

Ahora lo vemos. Sigamos pensando fríamente. Supongamos que Polonia existiera todavía y que Checoeslovaquia siguiera siendo aquel dardo clavado en la propia carne del Imperio. Ahora venid conmigo por estas carreteras testigos de la retirada soviética y contemplad las cantidades de tanques que han abandonado en ellas. ¡Qué material y en qué número! Abandonan estos tanques porque carecen de gasolina para ellos. En una ofensiva habrían derrotado a Polonia en pocos días y aplastado a Checoeslovaquia caso de que se hubiera pensado en ofrecerles resistencia. Ninguna ciudad hubiera quedado sin sus montones de cadáveres y sus lugares de tormento; las bestias habrían llamado a las bestias, su grito habría llegado a todas partes y todos los verdugos se habrían reunido. ¿Dónde se les habría podido dar entonces la gran batalla?

Lenin y Trotzki habían pensado extender la revolución por Europa y por el mundo entero con la ayuda de los judíos. Mussolini y Hitler se opusieron resueltamente y el intento fracasó, pero no olvidemos sin embargo a Eisner, a Toller, a Mühsam y a Tibor Samuely. Stalin había modificado sus planes. Pero no por ello se había renunciado a la revolución mundial. Sólo se prescindió de la conquista del Mundo. Vinieron los planes quinquenales, los tractores y la agricultura para después poder disponer de un número suficiente de conductores; surgió entonces la esperanza en la auto-destrucción del Occidente y en la aparición del terrible Fortimbras cuando todo nadase en sangre. Hasta qué punto estaba todo preparado, lo vemos ahora al avanzar por las carreteras. Qué hubiera sido una ofensiva rusa y las consecuencias que hubiera acarreado lo comprendemos con sólo mirar los montones de cadáveres.

La contestación adecuada a tales preparativos se la dieron nuestros armamentos, ya que siempre ha habido entre nosotros una persona consciente del peligro que nos amenazaba. La contestación fueron las solicitudes a Inglaterra. La contestación fué nuestra infatigable preparación militar para no llegar demasiado tarde a contener esta amenaza. Todo marchaba a pedir de boca de los bolcheviques. Comenzó la guerra en Occidente y pudieron extenderse por Finlandia, los Países Bálticos, Polonia y Rumania. Estaban a punto para

el salto. Los preparativos para el ataque estaban terminados. Yugoslavia había sido empujada a la guerra por ellos. Si nosotros no hubiéramos acudido a contenerlos tan oportunamente, habrían atacado a Hungría y a Bohemia y se hubieran roto todos los diques levantados contra ellos. Me estremezco de terror al pensar en ello camino ya de vuelta. Ahora comprendo porqué los españoles se alistaban voluntarios en esta guerra: ellos han conocido en su país los calabozos de las tschekas. *

Hoy no sólo defendemos Europa sino el Mundo de la peste y de los calabozos y las cámaras de tormento. Defendemos al necio suizo y al obsecado norteamericano, defendemos a la Humanidad de las ratas descubiertas en su guarida más impenetrable y en sus obras más diabólicas. La culpa de haberlo hecho tan tarde, quizás en el último momento, es de Inglaterra exclusivamente.

La dureza de la lucha que hemos acometido la ha sabido el Führer desde el primer momento. Respetemos su silencio y pensemos cuánto dolor le habrá producido. Que cada uno se juzgue a sí mismo por las objeciones y las dudas que haya formulado contra esto o lo otro. Quizá se tuvieron porque no se veía la totalidad del problema, ni se comprendía su sentido general. Pero ahora a la luz de esta inmensa hoguera final comprenderá fácilmente cuán ridículas, necias e inútiles eran sus objeciones, y cómo todo cuanto ha sucedido y aun tiene que suceder sólo puede ser considerado desde este punto de vista. ¡Qué estúpidas todas las disputas sobre la Iglesia, la Corona, la escuela, la libertad, el deber y todas las demás cuestiones aparentemente tan importantes!. En los calabozos de la muerte, en las cámaras subterráneas de tortura todos esos problemas carecen de valor; allí domina un silencio impresionante desgarrado por gritos de dolor, que ha amenazado al Mundo entero.

¿Qué hubiera sido de ti, preguntamos nosotros ahora, si tus pequeños deseos que te parecían tan grandes e importantes, hubieran sido satisfechos y hubieras tenido que bajar a un calabozo a esperar que un verdugo magnánimo te disparase un tiro en la nuca? Confesad que todos estábais ciegos y que no os suponíais cuán de cerca os amenazaba el peligro. Esperamos también que todo el Mundo comprenda por qué actuamos tan rápida y duramente: no queríamos perder ni un solo minuto.

PROF. VEIKKO ANTERO KOSKENNIEMI,
HELSINKI:

El frente europeo

Desde el Mar Blanco al Mediterráneo y desde el Atlántico hasta los límites orientales del mundo civilizado ha surgido un movimiento que no es ni más ni menos que la *unión de Europa destrozada por los antagonismos*, la agrupación de todos los pueblos europeos en un frente único, bajo las consignas que el Canciller del Imperio alemán dió en su orden del día 22 de junio.

En el hecho de colaborar en una tarea común todos los pueblos europeos existe ya algo constructivo, grande y majestuoso. En la tempestad histórica que azota al Mundo desde hace 2 años, ha surgido en el corazón de los pueblos el sentimiento de la comunidad, la conciencia de la hermandad de las armas en la que está comprometida toda la cultura occidental y el convencimiento de que la Europa despedazada por fronteras naturales y hostiles ha de defender inapreciables e inalienables valores, que posee grandes destinos comunes y que, sobre todo, tiene un enemigo común.

El poderoso ejército que camina victorioso hacia el Este representa a Europa y a Occidente y las formas de cultura creadas por Atenas y Roma hace 2.000 años y que se incorporaron la doctrina del Cristianismo. El bolcheviquismo que durante más de veinte años, con su astucia auténticamente asiática, ha tratado de infiltrar en el Mundo su veneno, ha conseguido por fin algo grande e internacional: Una Europa que crea un frente común y que actualmente se halla sobre las armas para aniquilar al enemigo de la Humanidad. Este, respondiendo a sus instintos de chacal, esperaba solamente el fin de la guerra entre las grandes Potencias para apoderarse del botín.

Al lado de Alemania marcha una gran parte del Mundo y aquellos pueblos del Continente europeo que por el momento no participan de un modo militar le apoyan moral y materialmente con todas sus fuerzas.

Nosotros podemos estar orgullosos de ocupar nuestro puesto en primera línea en esta guerra por la civilización contra la anarquía y la barbarie al lado de los soldados alemanes cargados de laureles en todas sus campañas. Podemos estar orgullosos de que combatan con nosotros los soldados italianos, los magiars, los eslovacos, amantes de la libertad y los rumanos, los croatas, los españoles y los franceses. La lucha contra el Este opresor es para nosotros algo familiar. Constituye el *leitmotiv* de la historia del pueblo finlandés durante siglos. Frente a nosotros siempre existió una Potencia cuya

superioridad guerrera era abrumadora. Bajo el látigo de un zar negro o rojo, con la fuerza de la codicia primitiva del botín o impulsados por la ideología comunista las hordas del Este nos atacaron siempre. En general tuvimos que hacer la guerra completamente solos, y ante la superioridad del número a veces hubimos de retroceder, pero con la tenacidad propia de nuestra raza supimos reconquistar lo perdido y así tenemos la satisfacción de poder decir que en nuestras fronteras se han mantenido invariables los límites de Europa. Nunca ha podido el extranjero enquistarse en el territorio encomendado a la raza finlandesa.

Los anales de Finlandia nos cuentan los sufrimientos, las destrucciones y las muertes que nos ha costado este papel de avanzada de Occidente frente a Rusia. Pero sabemos muy bien, y si lo hubiéramos olvidado nos lo habría recordado el invierno de guerra 1939/40, que la tradición de Finlandia sería inconcebible sin ese sentimiento de fidelidad para con la misión que la Historia le ha encomendado y que su puesto de defensora de Occidente sería entonces una burda mentira.

Hoy Finlandia no está sola como estuvo ayer en el frente defensor de Occidente; el ejército más poderoso del Mundo en íntima fraternidad guerrera con Finlandia desde hace más de 20 años, lucha a su lado bajo la dirección de su genial Führer. Este ejército ha asestado ya golpes mortales a las hordas bolcheviquistas. Tras este frente se encuentra unida en un solo bloque toda Europa; lo más notable de este frente común, desde el punto de vista del porvenir de la cultura europea, es la reconciliación, tras de tantos días trágicos, de los pueblos alemán y francés. Hay algo de grandioso en esta presencia voluntaria del Gobierno de Vichy en el mismo frente que acaudilla el vencedor de Francia, así como en el hecho de que Italia y Francia, las hermanas latinas, estén dispuestas a fundir sus sacrificios para salvar a Europa y su civilización. El espíritu de lo europeo surge potente de lo profundo de la conciencia popular y el pensamiento de la comunidad de destino se abre paso a través de las ruinas de la guerra. Esta es la gran victoria de la Humanidad que ningún pueblo mejor que el finlandés sabe valorar, ya que siempre se esforzó por guardar la tradición de Grecia y Roma. Nada puede despertar tan grandes esperanzas respecto al futuro luminoso de Europa como la hermandad de las armas germano-francesa forjada ahora en la lucha común contra el enemigo de la cultura en el Este.

Para la gran labor de reconstrucción que habrá de seguir al fin de la guerra ninguna base más sólida podía ofrecerse que esta

comunidad europea nacida de la guerra en común, desde luego muy superior a todos los tratados de paz que sin excepción llevan siempre en sí el germen de nuevas guerras.

El Jefe glorioso del Ejército finlandés ha calificado en su primera orden de guerra la actual contienda como una guerra *santa*. Es santa la lucha contra el bolcheviquismo, porque en ella se trata de defender aquellos valores que dan sentido y significado a la vida y sin los cuales sólo los bárbaros pueden vivir. El Mariscal ha calificado también a esta guerra de cruzada. Ninguna designación más apropiada, ya que la salvación de los valores amenazados por el bolcheviquismo abierta y secretamente, durante más de 30 años ofrece a Europa una tarea quizás mayor y más difícil que la defensa del Santo Sepulcro.

No conocemos los designios secretos de la Historia ni podemos descorrer el impenetrable velo que oculta nuestro porvenir. Sin embargo, ninguno de nuestros contemporáneos que pretenda ser digno del nombre de europeo puede dudar de que la lucha sin precedentes planteada actualmente en Ucrania, en Rusia blanca y en el Báltico significa la lucha por la salvación de Europa exactamente como lo fué la sostenida hace 1.500 años en los Campos Cataláunicos.

A menudo se han visto amenazados por grandes peligros la cultura y los pueblos de Europa. La barbarie arrolladora procedente del Este ha llegado a Europa bajo la forma de una guerra peligrosa. El bolcheviquismo ha pretendido la consecución de sus fines tanto por el camino interno como por el exterior. El éxito del bolcheviquismo habría representado el sepultamiento total de los valores sobre que descansa la cultura europea. Los sueños de conquistar el Mundo que acariciaba el bolcheviquismo eran de gran alcance y mucho más meditados que los de los hunnos en su tiempo. Desde el cuartel general de Moscú el bolcheviquismo como una araña ha tratado de aprisionar en su tela a todo el Mundo y ningún tirano en la Historia sacrificó con menos escrúpulos que él, los hombres y los valores. Nada tan importante para el futuro del género humano como aniquilar hasta en sus mismas raíces a este enemigo de la Humanidad.

Una idea grandiosa y fecunda se encierra ya en el hecho de que todos los pueblos europeos se hallen en este momento en un frente común con la conciencia del deber de que defienden los valores también comunes. Los finlandeses tenemos la especial satisfacción de poder luchar como tropas de vanguardia en esta guerra común por la cultura europea.

PROF. MIHAI A. ANTONESCU,

VICE-PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DE RUMANIA:

La guerra santa

Esta guerra es una purificación nacional, trágica y sublime a la vez. El Mundo y la vida se bambolean y se transforman ante nuestros ojos. Un Mundo nuevo está surgiendo. Comienzan tiempos nuevos. Estamos en un momento crucial. La Providencia crea hombres y pueblos que son arrastrados a la lucha por la vida al eterno combate por la existencia en la que desmayan, mueren, o se yerguen poderosos y dominadores.

Así como la vida no pertenece a los traidores y cobardes, tampoco el hacer la Historia está encomendado a los pueblos débiles.

Cuando un pueblo renuncia a su propio espacio vital sofoca en su alma la religión del orgullo, se detiene ante las palabras vacías del fetichismo y los prejuicios, es incapaz de agruparse en pro del resurgimiento nacional y se conforma con ir viviendo de los dones que la suerte o los mercados internacionales le ofrecen, puede afirmarse que tiene contados los días de su historia.

La guerra nos ha devuelto, a través del culto heroico de la lucha por el honor, el sentimiento exacto del valor y del mérito.

La guerra nos enseñará a amar mejor a nuestro Mundo y a ser implacables con los que dominan el Destino.

El alma de la guerra nos dará fuerzas para destruir la cobardía donde quiera que la encontremos, para despreciar la hipocresía, para combatir el deshonor, para santificar el trabajo.

En la guerra podremos conocer nuestros verdaderos amigos; y no sólo conocerlos o reconocerlos sino también aprender a amarlos y comprenderlos.

Esta guerra no constituye solamente una purificación nacional y santa, sino que representa también el cumplimiento de una magnífica misión histórica.

Los que combaten hoy no son Estados, sino razas y mundos.

Un caótico conglomerado con su miserable situación social fruto del bolcheviquismo, trataba no sólo de destruir la vida de las viejas razas europeas, sino de minar los propios fundamentos de nuestra

milenaria civilización, en cuanto trastornaba el nexo espiritual sobre el que se asentaba todo el edificio europeo.

La familia, la propiedad y la Iglesia habían de ser consumidos en el fuego de la quimera religiosa del comunismo.

Con apariencias de un ideal, socavaba secreta y tenazmente las fuerzas vitales del Mundo; el comunismo era la isla de la ilusión para los necios, y para Europa una constante amenaza.

De ahora en adelante ya nunca existirá.

Este es el regalo que a la vieja civilización y al mundo del mañana ofrecen la gran Alemania, el nacionalsocialismo y su incomparable profeta Adolfo Hitler.

Cual Prometeo de su propia obra, realizando las profecías que el mismo hiciera un día, Adolfo Hitler abre una nueva época para Europa y para el Mundo a través de la lucha emprendida por él para la destrucción del bolcheviquismo.

Yo creo que desde las sublimes campañas de los cruzados no ha habido ninguna lucha tan santa, tan grandiosa ni tan trascendental como la emprendida por Adolfo Hitler, el apóstol de nuestra civilización.

El creador genial del nuevo destino europeo coloca para siglos los cimientos de Europa, provocando la aparición de una nueva Historia.

El Führer ha llevado hoy el genio alemán, fuerte y creador a la cúspide espiritual de la civilización. Hasta ahora ha trabajado por y para Alemania; en adelante actuará para toda la Humanidad y en particular para Europa. Me pregunto a veces si es posible que existan todavía intelectuales que se muestren hostiles a Alemania, en nombre de la civilización, cuando tanto Alemania como el Führer luchan exclusivamente a favor de la civilización europea para liberarla del comunismo aniquilándole en su propio cubil. ¿Cómo pueden aspirar al título de defensores de la civilización aquellos que ahora le están ayudando? Así como el Führer destruyó ayer los refugios del fariseísmo y los prejuicios judeo-capitalistas y hoy aniquila la fortaleza de la anarquía social, mañana arrollará cuanto trate de oponérsele en su camino para el perfeccionamiento de la civilización y la unidad europea sobre la base de los derechos de las Naciones y de las clases; por ésto es por lo que constituye el Nacional-socialismo en nuestros días una verdadera religión social.

Nuestro Destino es mantenernos toda la vida como hemos nacido. La presente guerra es, pues, un acto de la entrada de Rumanía en la vida de las fuerzas activas europeas y en la construcción del Mundo del porvenir. No olvidaré jamás mi profundo agradecimiento a Adolfo Hitler, Führer y Canciller del Imperio por el espíritu de comprensión que su genio creador ha mostrado siempre ante la suerte del pueblo rumano.

Desde ahora las tropas del Führer combaten en suelo rumano por la conquista de nuestras fronteras y de las fronteras de la civilización de Europa frente a la anarquía, persiguiendo un futuro común. Estamos orgullosos de ello y vemos en esta hermandad de las armas el signo del honor y la confianza que la gran Alemania ha puesto en el pueblo rumano.

En nuestros corazones reposa el sentimiento de una verdadera camaradería.

El hecho de haber sido conferido al General Antonescu el mando supremo de las tropas que luchan en el frente rumano es la mejor prueba de la confianza y la estimación que merece el Jefe del Estado rumano al jefe del más fuerte de los ejércitos y el más grande de los pueblos; pero al mismo tiempo un rasgo de la capacidad de Adolfo Hitler, ese hombre que encarna el fenómeno más extraordinario de la Historia de nuestro tiempo.

En estos momentos se halla en el frente, más allá del viejo Moldau, entre sus soldados, el General Antonescu, en guardia vigilante, como un soldado más de nuestra fe, nuestra esperanza, y nuestras fuerzas. El vela por todos y constituye el símbolo del Estado guerrero rumano. En esta hora solemne en que nuestra Nación por sus actos se reincorpora no sólo a la historia del honor nacional y de los derechos sagrados, sino también a la lucha por la civilización y el nuevo orden europeo, lo único que cabe hacer a cada cual es escudriñar su conciencia, rebuscar en su alma la verdad y cuanto en ella encuentre de puro, verdadero y fuerte ofrecerlo a la Patria como sacrificio de la inteligencia, como dádiva de la fe.

La paz

La paz no se encuentra, hay que ganarla.

Saavedra Fajardo, 1648.

La hora decisiva

Europa, ante el comunismo, se había contentado hasta ahora con hacer como si le ignorase, y creía que esta arma era suficiente para reducirle a la impotencia.

Mucho más atinado habría sido proceder a una acción militar colectiva contra él, realizada de modo enérgico y desinteresado, que pusiese fin a la barbarie sanguinaria que se había adueñado del poder en Rusia.

Pero una Europa dividida por un sin fin de intereses encontrados era incapaz de semejante empresa.

Con sorpresa hemos observado cómo se tocaba a arrebatos para prestar ayuda o aparentar que se prestaba, a Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica, Grecia y Yugoslavia en nombre de ciertos ideales y principios de los pueblos, mientras en cambio toda Europa durante más de 24 años ha ignorado que la peste comunista se desarrollaba a su mismo lado y envenenaba el ambiente cada vez más. Jamás pensaron en auxiliar a España cuando se infiltró el peligro moscovita en este país. Es más, incluso, como es sabido, se trató de defenderlo, de apoyarlo y hasta de impulsarlo.

¿No era la civilización europea más valiosa, infinitamente más valiosa, que los intereses privados de este o del otro país?

Sin embargo el comunismo seguía viviendo, echaba firmes raíces, y frondosas ramas, florecía y fructificaba, intoxicando la atmósfera y envenenando al Mundo.

En este momento en que una potencia militar levanta con férreo puño la espada de acero que ha de golpear la cabeza del monstruo para aniquilarlo. ¿Es oportuno suscitar cuestiones que siembren la duda y el desconcierto?

Todos sabemos muy bien que la derrota guerrera de Stalin sería totalmente ineficaz si no fuera acompañada del restablecimiento de la civilización cristiana y europea.

Pero esta civilización, por sí sola, a pesar de sus virtudes y de su origen magnífico, fué durante 24 años incapaz de desarraigar la mala yerba, anegando las fuentes del mal.

Sólo ahora, ante el empuje irresistible de las tropas alemanas en colaboración con las tropas de la mayoría de los Estados europeos, cuando la resplandeciente espada de Lohengrin está suspendida sobre la cabeza del dragón, sólo ahora tiembla Stalin con angustia mortal en su trono de sangre y fango.

No es éste, pues, el momento de suscitar objeciones carentes de interés y de altura.

La hora es decisiva. O se consigue la derrota militar completa y definitiva de Stalin llegando a tocar la entraña misma de Rusia, o quien padece la derrota es la civilización cristiana y europea.

No queremos emplear términos artificiosos ni fórmulas perturbadoras; se trata actualmente de una verdadera cruzada, la del Occidente cristiano contra el virus comunista que extendido y arraigado por todo el Mundo esperaba traidoramente la victoria de Stalin para manifestarse de un modo franco y descarado.

No es esta hora de sutilezas, ni de posibles faltas a la lealtad o a la conciencia que sólo nos conducirían a la ruina facilitando el camino a las hordas de Stalin.

A la vista de los peligros que nos rodean, de los abismos que se abren ante nosotros, de las nubes que obscurecen nuestra razón, de las ficciones y leyendas que extravían nuestro espíritu, yo digo a todos los que escuchen mi voz: «Cerremos las filas, agrupémonos estrechamente en torno al Jefe y deseemos ardiente y sinceramente la completa derrota militar de Stalin. Hagamos todo lo posible porque el ambiente portugués sea anticomunista. Reanudemos e impulsemos de nuevo la campaña emprendida hace 3 ó 4 años en los periódicos, en conferencias, en libros y revistas, pues el peligro que avanza enmascarado hacia nosotros es ahora mayor que nunca,

Que nadie pueda nunca perturbar la fe que arde en nuestros corazones, la lealtad que inunda nuestras almas, la seguridad que ilumina nuestra razón, la confianza firme y profunda que guía nuestros pasos.»

PROF. DR. ADALBERT TUKA, PRESIDENTE
DEL CONSEJO DE MINISTROS DE ESLOVAQUIA:

Bajo la nueva constelación

En el campo de los principios jurídicos constructivos de la vida de los pueblos, asistimos a una revolución análoga a la que en nuestra época ha supuesto en las Ciencias físico-químicas el concepto de la destrucción de los átomos. Tanto en la teoría como en la práctica del Derecho Constitucional y del Derecho Administrativo se han mantenido hasta nuestros días principios y métodos considerados como naturales e intangibles, en cuyo análisis nadie osaba entrar y que habían alcanzado el rango de elementos primarios en la vida de los Estados. Obstinadamente se seguían empleando fórmulas y principios anticuados que habían demostrado sobradamente su carácter nefasto hasta que el Nacionalsocialismo, como un ciclón, barrió todo este lastre ofreciendo a las libres energías de la verdad inmensas posibilidades de actuación.

Echemos una rápida ojeada al pobre laboratorio de la política liberal-democrática. Los alquimistas que trabajaban en ella habían invertido el procedimiento de sus antecesores. Los antiguos querían obtener oro de otros materiales. Los modernos alquimistas transformaban el oro en poder. Para ello no había de perdonarse ningún medio, ninguna adulteración de la verdad. En la persecución de su fin olvidaron que el oro no puede servir, a lo sumo, más que como un recibo o comprobante de trabajo prestado. Ellos elevaron el oro a la categoría de ídolo todopoderoso y digno de adoración y convirtieron el papel moneda en su representante auténtico.

Los adoradores del oro volvieron del revés la frase de Clausewitz e hicieron de la política en la paz una continuación de la guerra, que en realidad más que actos militares ofrecía actos de rapiña, adornando aquélla con medios aparentemente pacifistas.

A estos fines servía también la desacreditada Sociedad de Naciones que bajo el lema de «Paz mundial, Cultura, Libertad de los Pueblos» constituía un mero instrumento en manos de las plutocracias.

Se transformaba el oro en poder en cuanto se utilizaba la gran *Prensa mundial* para aturdir la conciencia de la humanidad.

Una vez en la historia corrieron ríos de sangre por la idea de la libertad de prensa. Ahora se había convertido en un instrumento para engañar a los pueblos y azuzar unos contra otros los Estados y las clases sociales.

El Derecho, armazón de la vida humana en sociedad, fué en todas sus ramas, Político, Privado, Penal e Internacional, acomodado a los dogmas de la secta de los idólatras del oro, dominadores del Mundo.

El valiente ejército de los *campeones de la verdad* bajo la bandera de la cruz gamada, derribó esta construcción del orden jurídico. El *derecho* subjetivo, eje de este orden social, fué reemplazado por el concepto del *deber*. Las clases poseedoras tenían frente a los obreros el deber de ser los guardianes de la riqueza nacional. El concepto del «derecho» que antes sólo significara una situación de dominio se ha transformado esencialmente y hoy ha de servir para asegurar al hombre la posibilidad del cumplimiento de sus deberes.

Análoga transformación a la sufrida por los derechos y deberes de los individuos frente a la comunidad, han experimentado los de los pueblos entre sí. Ha surgido el concepto de la comunidad de pueblos, independiente de las fronteras nacionales. El principio nacional extiende el campo de acción de los Estados más allá de sus límites, allí donde vivan individuos que pertenezcan a él por razones de raza, cultura, idioma, etc. Ninguna frontera artificiosa basta a detener la fuerza de la sangre y del espíritu nacionales. No hay diferencia entre que estos nacionales, vivan formando colonias cerradas o como individuos aislados en el extranjero. Toda vez que los Estados respetan recíprocamente este principio, se impone una revisión del Derecho Internacional.

La corriente desencadenada por el Nacionalsocialismo quiere asegurar a los *pueblos pequeños*, absorbidos hasta ahora por las plutocracias, un mínimo de existencia nacional. El imperialismo alabado desde el punto de vista moral por algunos filósofos de Corte en pasadas monarquías, tendrá que desaparecer para dejar paso a una protección de tipo nuevo, bajo el signo de la cruz gamada, consistente en la *camaradería amistosa de los Estados*, en la que les sea posible a los pueblos pequeños elevar su nivel de vida mediante el trabajo, la honradez y la autodisciplina.

Hasta nuestra época el Derecho Internacional fué una especie de orden terrorístico de vida. En sus reglas sólo se habla del miedo a las «represalias». Parece como si el terror fuese desencadenado por el sentimiento del honor de los pueblos. En el por-

venir este sentimiento del honor será la garantía más sólida de la convivencia pacífica entre los Estados.

La fase política caracterizada por el predominio de los dos gemelos: el *oro* y la *mentira*, está a punto de desaparecer. Entramos en una época bajo el signo del *trabajo* y la *verdad*.

*

Hace dos años todavía se sabía en Alemania muy poco sobre *Eslovaquia* y sobre la lucha heroica que un Párroco llamado *Hlinka* había mantenido en favor de los derechos del pueblo eslovaco. Algunos quizás recordarán también que un camarada de lucha de este Párroco, Profesor de Universidad, fué condenado por los Tribunales checos a 15 años de presidio, porque se quería apagar su voz que clamaba por la libertad del pueblo eslovaco y la implantación de un nuevo orden de cosas.

Cuando en el *amanecer de la nueva era* todo el Mundo se llenaba de los gritos de odio de la prensa plutocrática contra Alemania y sus aspiraciones, cuando el viejo orden caduco comenzaba a bambolearse, el pequeño pueblo eslovaco, casi desconocido hasta entonces, fué el primero en hacer profesión de fe de las ideas de Hitler, prometiendo mantenerse fiel a su lado y luchar si era preciso por las nuevas concepciones.

Adolf Hitler creyó en el pueblo eslovaco y le ayudó en el camino de su independencia política. Cuando algunos meses después comenzó la campaña de Polonia los soldados eslovacos vertieron su sangre al lado de sus camaradas alemanes.

Se oyeron voces, unas de sirena, otras exhortadoras, que querían extraviar al pueblo eslovaco, apartándolo del camino emprendido. Un joven político eslovaco que ha luchado y padecido largos años por la liberación de su Patria, dió a estas voces la siguiente respuesta: *perservaremos al lado de Alemania aun cuando haya de ser derrotada.*

Esta contestación obedece al firme convencimiento de que las ideas del Führer del pueblo alemán son las únicas posibles para un nuevo orden feliz que constituya la base jurídica sobre la cual ha de construirse la vida de los pueblos.

Sólo he de añadir a sus palabras que los *eslovacos* que luchan al lado de Alemania con fidelidad incommovible, colaborarán con el Reich victorioso con idéntica lealtad en la reconstrucción de la nueva y feliz Europa.

Europa unida

La fuerza gigantesca de una Nación rompe hoy los barrotes de la inmensa cárcel de pueblos que hasta ahora constituía Europa y prepara la comunidad de los Estados europeos. Desecha los prejuicios nacionalistas, que hacía a los pueblos enemigos en vez de colaboradores, rompe con la vieja superstición de la lucha de clases, que impedía la unión de empresarios y obreros para procurar un nivel de vida más elevado y elimina los obstáculos económicos que fragmentaban hasta lo increíble las carreteras y ferrocarriles europeos. Y mientras esa gran potencia prepara el terreno europeo para una nueva vida de los pueblos, piensa ya en todo un continente para aquéllos que poseen un espíritu aventurero y emprendedor. Así como un día en los Estados Unidos se dijo a la juventud señalándole el oeste: «Go to the west, young men!», así para nosotros será Africa el complemento natural que absorba todas las energías sobrantes y todas las capacidades económicas de los europeos. El grito de ¡hacia el oeste! será sustituido entre nosotros por el de ¡hacia el sur!

Hablo ahora no como checo, sino como europeo. También a este lado del Océano existe un continente dotado de unidad como el que tienen al otro los Estados Unidos. Y llegará un día en que en este Continente nosotros y nuestros hijos podremos por fin dejar a un lado aquellas pequeñeces, que nos oprimían hasta ahora. Y solo entonces podrá Europa acometer grandes empresas colectivas.

¡Qué ironía del destino! Este Continente que descubrió y liberó a los demás, cuyos investigadores descubrieron que nuestro mundo, aparentemente infinito, era sólo un pequeño planeta que giraba alrededor del sol, cuyos astrólogos negaron que el sistema solar fuese el elemento central del universo, trasladándole a la periferia del cielo, a una de las muchas nebulosas; cuyos científicos tras incesantes trabajos encontraron los mundos infinitos del átomo y del electrón, descubriendo en una cantidad de carbón inconcebiblemente pequeña, energías capaces de arrojar a nuestro planeta fuera de su órbita; este Continente y esta Europa dejaban vivir a sus grandes hijos en países circundados de férreas fronteras, abandonándolos a la cólera de un regionalismo ciego, dejádalos luchar por un pedazo de pan que les era arrojado en su encierro como a delincuentes excluidos de toda vida humana.

Europa descubrió a América antes de descubrirse a sí misma. Es ahora cuando sus hombres oyen por primera vez la llamada cordial: ¡Tierra nueva, Europa unida!

Europa se libera de la esclavitud de las materias primas que le impusieron los países anglo-sajones, destruye el dominio del becerro de oro, que era la única fuerza real, aunque encubierta, de todas las democracias parlamentarias y coloca en su lugar el dominio del trabajo y de los valores espirituales, la aristocracia del máximo rendimiento y de la fuerza creadora.

Los ingleses se han figurado siempre que disponían por completo del aparato económico necesario para la vida de Europa y que en cualquier momento podrían sofocar el levantamiento de un Estado europeo e incluso de toda Europa. El bloqueo era su arma más segura. Pero también quisieron acallar mediante el bloqueo la insurrección de las 13 colonias americanas. El Jefe de las fuerzas militares inglesas contra los insurrectos americanos, Sir William Howe, estaba convencido de que bastaba con dominar New York y Filadelfia y bloquear la costa para reducir a la obediencia a aquellas colonias. Y como era una persona frívola como la mayoría de los gobernantes actuales de Inglaterra, aficionado al vino, al juego, la ociosidad, las riquezas y las mujeres, se mantuvo inactivo en Boston, «donde este Antonius inglés encontró su Cleopatra», esperando los efectos del bloqueo. Pero se equivocó con los americanos, como los joviales Howes de nuestro tiempo se han equivocado respecto de los alemanes. Cuando Inglaterra creyó que ya podía dar la última vuelta al tornillo del bloqueo, descubrió súbitamente que se le escapaban Suecia y Noruega, que Holanda y Bélgica desaparecían, que perdía a Francia, que España se le volvía enemiga y que los Balkanes se salían fuera de la esfera de su influencia política.

Ya el célebre Adam Smith explicó y probó abundantemente con ejemplos, que el peor Gobierno para un país es el que se compone de gentes de negocios. Y Europa hasta ahora fué siempre dominada por los negociantes británicos aunque otros fueran aparentemente sus títulos para gobernar.

Mediante el orden nuevo no sólo se conseguirá la salud para los pueblos en particular, sino también para toda Europa. Desaparecerá la antigua libertad, la libertad indisciplinada para acumular egoístamente riquezas fabulosas y en su lugar se entronizará la libertad que asegura a cada miembro la existencia dentro de la comunidad nacional. Al fundarse una familia ha de existir la vigilancia y la disciplina de los hijos para que lleguen a ser un día ciudadanos conscientes y responsables. El desarrollo del Mundo ha llegado al momento en que se trata de fundar familias. Estas familias son los pueblos y la garantía de su existencia exige de ellos nuevas virtudes.

La esencia del bolcheviquismo

La destrucción del bolcheviquismo forma parte de la misión histórica del nacionalsocialismo, que no sólo ha emprendido la lucha contra el viejo orden europeo, sino que al propio tiempo se dispone a la creación de otro nuevo sobre fundamentos nacionales, por lo que consiguientemente se encuentra enfrentado con aquellas Potencias que pretenden una renovación del orden actual mediante el aniquilamiento de los valores nacionales.

El bolcheviquismo es la forma asiática — y por esto mismo extraña a la conciencia europea — de reacción contra un orden tradicional, al que por lo demás también el nacionalsocialismo combate, a saber: La explotación del trabajo por el capital y los poderes no fundados en el propio esfuerzo y, por lo tanto, carentes de sentido. Pero mientras el nacionalsocialismo libera al pueblo trabajador de esta tiranía, colocando en lugar preferente y sobre la base del honor del trabajo al hombre realmente libre, el bolcheviquismo se limita a sustituir el despotismo del orden antiguo por el del orden nuevo. La explotación que realizaban los antiguos poderes se reemplaza por la servidumbre del trabajo a través del Estado bolcheviquista, y el capitalismo de antaño se convierte en capitalismo de Estado. Los métodos inhumanos que emplea el capitalismo de Estado son demasiado conocidos para que sea necesario recordarlos una vez más.

Hablamos del bolcheviquismo tal como se ha llevado a la práctica en la Rusia soviética, es decir, al modo asiático, lo que le hace aparecer a pesar de sus ulteriores desarrollos, en abierta oposición con las fórmulas y métodos de Occidente. De no haber sido así, el Occidente habría podido considerarlo como un fenómeno histórico «interesante». Pero no es posible. El bolcheviquismo se esfuerza por dominar el Occidente y éste por lo tanto ha de luchar inevitablemente contra él a vida o muerte para poder escapar a la ruina que le amenaza.

Acuciado por su propio instinto de conservación el bolcheviquismo trata de infiltrar su espíritu en el orden occidental provocando la bolchevización de Europa. Como se apoya en la máxima opresión del pueblo al que ha conducido a la falsa creencia de que con sus doc-

trinas cada día será más libre de las pesadas cargas de la vida, el bolcheviquismo se ve obligado a impedir que la extraviada Rusia pueda llegar a tener conciencia de su propio destino mediante la comparación con otros pueblos de Occidente. Un medio para ello es mantenerle sumido en la más completa ignorancia, impidiendo el contacto con el mundo no bolcheviquista, difundiendo además todo género de mentiras sobre la suerte de las naciones que no participan de las «bendiciones» del bolcheviquismo. Pero esta evitación sistemática de contacto con el extranjero no puede mantenerse indefinidamente. De aquí que los jefes bolcheviquistas hayan elegido otro medio más eficaz: el de bolchevizar el extranjero excluyendo así toda posibilidad de comparación en perjuicio del sistema propio. Este internacionalismo o imperialismo fué para él una necesidad práctica impuesta por su propio instinto de conservación.

Un medio auxiliar para la introducción del bolcheviquismo en el mundo occidental es el de presentarlo como el evangelio del materialismo histórico, del marxismo. El mayor peligro de esta concepción es el que no se presenta como la teoría que aspira a un nuevo orden social, sino como la ciencia del fatal desenvolvimiento de la vida humana. El marxismo lleva al convencimiento de sus partidarios que la sociedad se desarrolla con la necesidad de un fenómeno natural, conforme a los esquemas y principios que él expone. Se adquiere plena seguridad en lo que se desea y se espera. El nuevo orden postulado por el bolcheviquismo, en el que todas las necesidades del trabajador se verán satisfechas y se instaurará el imperio de la justicia comunista, aparecerá necesariamente, puesto que el Estado bolcheviquista proclama por sí mismo la razón de su existencia. Paulatinamente se verificará el tránsito del Estado a un Semi-Estado y de éste a la supresión absoluta del Estado. En esta relación, el Estado es el antiguo orden de opresión y explotación que precede al bolcheviquismo. Su destrucción es la condición primera para el establecimiento de una sociedad comunista. Esta necesita en la época inmediatamente anterior a su aparición una forma de tránsito (un Semi-Estado) todavía con las formas de poder de un Estado, pero cuyo objeto es precisamente la aniquilación del viejo Estado y la preparación del camino hacia una organización comunista sin Estado. Esta forma transitoria constituida por el Estado bolcheviquista podemos concebirla como un aparato de poder, y sus vicios por grandes que sean resultarán aligerados por la «seguridad» de que se trata de una organización temporal y

necesaria que ha de soportarse para conseguir la última meta, cada vez más próxima: el establecimiento del orden comunista, en el cual el Estado en cuanto aparato de poder y fuerza coactiva organizada, será suprimido. Mediante el nombre de «Semi-Estado» y la indicación de lo transitorio de su existencia se ha querido hacer creer que las cargas que él impone son mucho más llevaderas que las de cualquier otro Estado propiamente dicho. Ciertamente el refinado aparato coactivo con sus métodos inhumanos que se llama Estado bolcheviquista, no podía encontrar para su justificación un mejor medio auxiliar.

Si el bolcheviquismo hubiera llegado a poner su garra sobre Europa la consecuencia de su lucha contra el antiguo Estado habría sido la decadencia de la cultura occidental y de sus formas vitales; y no en favor de una hermandad de los pueblos sin fronteras — sueño vano con el que ha de soportarse la miseria inmensa del «Semi-Estado» bolcheviquista — sino de la afirmación y consolidación de «su» orden corporeizado en el predominio asiático del Estado de los Soviets. El despotismo y la libertad se repelen por naturaleza.

En su lucha contra el bolcheviquismo, dirigida por Adolfo Hitler, lucha en la que la conciencia occidental se ha encontrado a sí misma, Europa se libera, en el último minuto, de las consecuencias de una pesadilla que habría provocado el aniquilamiento de su ser específico.

La hora decisiva del mundo

La guerra actual entre Alemania y la Rusia soviética es decisiva para toda Europa, para todo el mundo. Hemos de darnos perfecta cuenta de que una derrota alemana representaría la derrota de Europa frente al comunismo. Estamos en vísperas de acontecimientos extraordinarios frente a los cuales resultan nimiedades sin importancia los problemas alimenticios que tanto parecen preocuparnos hoy día. Es la suerte de Europa lo que se está decidiendo. Quizás una victoria alemana en la guerra germano-rusa pueda ser el principio del camino de la paz.

Profesor Dr. Lorenz, Suiza.

Hungría lucha por la nueva Europa

La lucha desencadenada en el Este europeo no es una guerra entre Estados, sino una lucha entre el siglo XIX y el XX.

El fuego de esta contienda devora cuanto existía de inútil y caduco; sólo permanece lo valioso y acomodado a nuestra época.

Asistimos hoy al nacimiento del nuevo orden europeo, pero además a la transformación de todos los valores del siglo pasado. De la síntesis de los nuevos valores con los antiguos dignos de permanencia surge la nueva conciencia universal que hará posible la realización de otro orden. Es la victoria del idealismo, del espíritu de comunidad, de la idea social y de la cooperación contra el materialismo, el egoísmo, la explotación y la desarmonía entre los pueblos.

El pueblo húngaro por la decisión de su Jefe participa en esta lucha en la que arriesga su propia existencia, no sólo espiritual sino también militarmente por haber reconocido que una nueva edad más sana que la anterior sólo podía producirse por la fuerza de una generación que resistiese la prueba actual, así como que para el feliz porvenir de Hungría no le bastaba con un pasado cargado de gloria sino que necesitaba renovar sus laureles. Las grandes hazañas de nuestros antepasados no nos eximen de llevar a cabo también grandes hechos actualmente por la causa de nuestro porvenir. El pueblo húngaro ha comprendido que según el principio «obras son méritos» un pueblo sólo tendrá derecho a participar en el glorioso futuro europeo si está dispuesto a sellar su contribución con el sacrificio de la sangre. Hungría derramó su sangre al lado de Alemania en la guerra mundial y sabe que su reconstrucción nacional solamente se producirá manteniéndose al lado de Alemania en su lucha por la nueva Europa.

Como es sabido también en el terreno espiritual Hungría ha prestado su contribución a las nuevas ideas. Ya en el programa del Gobierno de Szegedin en 1919 figuraban las ideas nacionales, sociales y el intento de reducir el influjo de los judíos. Los primeros pasos para la realización de este programa fueron, por una parte, la publicación de un llamado «Decreto de los Héroe» en relación con la reforma agraria, en favor de aquellos combatientes que más se habían distinguido en la guerra; por otra el llamado «Numerus Clausus» que regulaba la participación de los judíos en determinadas

actividades en relación con su población total; en tercer lugar la Ley Levente que aseguraba la educación militar y nacional de la juventud húngara. Desgraciadamente estas reformas y particularmente la del «Numerus Clausus» no pudieron ser llevadas a la práctica porque debido a la influencia internacional del judaísmo las Potencias liberal-democráticas obligaron a desvirtuarlas con represalias de índole económica.

Ya entonces reconocieron algunos sagaces políticos húngaros que Hungría, sola, no podía luchar contra las grandes Potencias liberal-democráticas, sino que tendría que actuar unida a los demás Estados de régimen nacionalista. De aquí resultó como una consecuencia natural la amistad con la Italia fascista y la Alemania nacionalsocialista. Julius Gömbös, que fué Presidente del Consejo de Ministros, había proclamado que sólo la cooperación con los Estados de ideología similar podría hacer posible para ellos y para Hungría la realización de las ideas nacionalistas. La inteligente decisión de los dos Jefes de Estado, alemán e italiano, ha llevado a cabo la cooperación política de ambas Potencias; Hungría se ha esforzado por estrechar cada vez más sus lazos de amistad con ellas. Conforme al testamento político del malogrado Gömbös, muerto prematuramente, Hungría ha mantenido en pie esta solidaridad. Cuando le fué posible adherirse al Pacto Tripartito, Hungría fué el primer país que firmó su adhesión. Y actualmente como una consecuencia lógica de la política seguida hasta el día luchamos al lado de las Potencias del Eje por una nueva Europa.

El concepto de una nueva Europa significa la realización de la idea de comunidad, del pensamiento nacional, de la justicia social y de la cooperación política y económica así como un nuevo orden fundado sobre las relaciones naturales de los pueblos. Este nuevo orden persigue la elevación del poder político y de la capacidad de producción económica de Europa y una mayor fecundidad de su cultura. La idea de una «nueva Europa» tiene pues un sentido político, económico y cultural.

Considerada desde el punto de vista cultural la nueva Europa se propone el florecimiento de las culturas europeas en interés de una cultura europea común.

Hasta ahora la cultura europea había sido un bello conjunto de culturas nacionales formadas en las fuentes populares y completándose armónicamente pero sin constituir una cultura internacional ni uniforme. Pero cuando ya antes de la guerra el capitalismo internacional puso a su servicio el arte y la literatura, se inició una etapa de franca decadencia cultural. Comenzó entonces a desarrollarse un arte internacional que carecía de raíces auténticas. Sólo podían prosperar aquellos escritores y artistas que aceptaban

entrar al servicio del capitalismo internacional. Para ellos carecía de importancia la savia nacional, no reconocían otra nota que «lo humano». Precisamente los que mas alardeaban de «europeos» y para los que resultaba penoso confesar su raigambre nacional, eran los que procedían de los ghettos. Los judíos eran los que cuando apenas habían aprendido un patriotismo fingido declaraban al europeo ciudadano del mundo.

Frente al concepto de «europeo» en el pasado, la idea de «hombre europeo» en la nueva Europa tiene un significado totalmente distinto. Hoy día ser «hombre europeo» no significa pertenecer a uno de los países independientes de la comunidad internacional europea, sino ser miembro de su propia Nación y de Europa simultáneamente.

En este sentido se puede ser «hombre europeo» no habiendo nacido en Europa, ni vivido nunca en ella, con tal de que se pertenezca por razones de sangre a un país europeo y haberse educado y formado en el espíritu de una de las culturas nacionales europeas. Por el contrario nunca será un «hombre europeo» el que se haya formado en una cultura extraña a Europa y por consiguiente su mentalidad sea también extraña a ella.

En épocas pretéritas la cultura internacional que había creado el capitalismo internacional era transmitida y divulgada por idiomas internacionales también. Sólo en estos idiomas se expresaba la cultura y consecuentemente la cultura originaria y castiza de los pequeños pueblos no era conocida ni apreciada. En el extranjero sólo se conocían de Hungría las palabras: Paprika, Pusta, Tokayer, Zigeuner. Pero de la cultura húngara genuina nadie sabía nada. Muchos ingleses y franceses no sabían ni siquiera donde estaba Hungría en el mapa: confundían Budapest con Bukarest. Frente a esta cultura cosmopolita la nueva Europa constituye el supuesto previo para el desenvolvimiento de las culturas nacionales. Como primer paso para el nuevo renacer de estas culturas populares hay que mencionar los acuerdos culturales entre los Estados firmantes del Pacto Tripartito.

En el marco de la nueva Europa, Hungría como todos los demás países podrá desplegar libremente su capacidad y contribuir así a la nueva cultura europea. Para conseguir este fin es absolutamente imprescindible que el arte, la literatura y la ciencia húngaras se liberen de la dictadura del capitalismo internacional judío así como de la concepción burguesa internacional. En lugar de la idea burguesa perfectamente artificial habrá que reencontrar las genuinas raíces de toda cultura, es decir, el alma nacional.

En el futuro, el alma húngara y su poderosa fuerza vital alcanzarán completo desarrollo para poder cumplir tan elevadas tareas.

Croacia y el nuevo orden

La lucha por la libertad del pueblo croata fué dura; sin embargo conseguimos un resultado positivo.

No hubiéramos podido conseguir este resultado tan rápido y tan completo de no haber existido tanto en Europa como en el mundo una hora nueva que traía los fundamentos de una época nueva también.

La nueva época comenzó creando un orden diferente europeo y mundial. La vieja democracia mentirosa que alcanzara su apoteosis en Versalles era el carcelero vigilante que mantenía encadenado al pueblo croata. La aparición de un nuevo orden renovador basado en sanos principios del Honor, la Libertad y la Justicia desterró a la democracia abriendo las puertas de la prisión a todos los oprimidos y particularmente a los pequeños pueblos entre los que se encontraba el croata.

Cuando el gran pueblo alemán y las demás Potencias signatarias del Pacto Tripartito procedieron a configurar el nuevo orden, sintió instintivamente la Nación croata, y más tarde llegó al convencimiento, de que con él se abría también el camino de su libertad nacional y política. No se equivocaba y sus esperanzas se han visto después ampliamente cumplidas.

Hoy tiene lugar en Europa la última etapa de la conformación del nuevo orden. La etapa final, grandiosa y decisiva. En corto tiempo, Europa se ha librado de los últimos elementos que perturbaban su vida normal y su desarrollo natural y progresivo.

El pueblo croata entra en el nuevo orden lleno de orgullo y consciencia de su responsabilidad y está dispuesto a hacer cuanto esté de su parte para ocupar su puesto de un modo digno y justo.

El pueblo croata es disciplinado, aplicado y trabajador. En el nuevo orden y singularmente en la Europa sudoriental constituirá indudablemente un factor de disciplina, de trabajo y de orden. Es un pueblo de soldados y pondrá siempre sus virtudes militares, con el mayor entusiasmo, al servicio de la defensa del nuevo orden.

Croacia es extraordinariamente rica en recursos naturales, y estas riquezas serán una aportación inestimable para el bienestar económico y la vida social, no sólo de su propio pueblo, sino también de los pueblos vecinos dentro del nuevo orden, tanto más cuanto que éste ha de estar fundado sobre el trabajo y la producción de los pueblos y no sobre las especulaciones plutodemocráticas para la explotación financiera y económica de los pueblos a través del sistema judeo-capitalista y masónico.

En la Europa Sudoriental que salió del Dictado de Versalles no podía haber paz porque en él se dió el poder y la dirección a Serbia cuyo espíritu de agitación era proverbial. No podía reinar el orden porque Versalles encomendó su mantenimiento a Belgrado que es el típico representante del desorden, la dejadez y el atraso. No podía existir bienestar económico porque la «clique» de dirigentes serbios era la auténtica representación de la ociosidad, la francachela, la disipación y la ruina de todo bien. No podía haber moralidad, porque desde siempre Serbia ha estado dirigida por un grupo corrompido que la ha convertido en un foco de inmoralidad.

Los serbios se mostraron absolutamente incapaces de regir su propio país que era un Estado pequeño, cuanto más para ponerse a la cabeza de los Balkanes y de todo el Sudeste europeo. Los últimos veinte años han constituido una prueba irrefutable de nuestras afirmaciones, para no hablar de los últimos días de la desaparecida Yugoslavia. Ello es la causa también de las especulaciones, de la absoluta deslealtad, del descaró, de la mediocridad, de la incapacidad y de la perfidia de los dirigentes serbios.

El pueblo y el Estado croata en los cortos meses que marcha por el camino del nuevo orden creado por las Potencias del Eje, como Nación independiente, ha dado muestras de su voluntad y de su capacidad para ser un elemento útil en las nuevas tareas que se desarrollarán tanto en Europa como en el mundo, y seguirá dando pruebas de ellas en el porvenir.

El gran Imperio alemán, el gran pueblo germano bajo la dirección del Führer, que la Divina Providencia concedió a Europa, tendrá siempre en el pueblo croata un colaborador sincero y leal en todos los aspectos y en todas las circunstancias.

La muerte heroica de Bruno Mussolini

El miércoles, 7 de julio de 1941, a las 10 de la mañana, el Capitán Bruno Mussolini encontró heroicamente la muerte en un accidente de aviación al probar un nuevo aparato, en las cercanías de Pisa.

El Capitán Bruno Mussolini había nacido, en Milán el 22 de abril de 1918. A los 17 años obtenía el título de Piloto alistándose como voluntario para el Africa Oriental. A lo largo de la campaña de Abisinia participó en numerosos hechos de armas, destacándose siempre por su carácter intrépido y reflexivo a la vez. A menudo volvía al aerodromo con su avión acribillado a balazos. Por su comportamiento heroico obtuvo la Medalla de plata del Valor para los soldados en campaña y la Medalla de bronce del Valor del Arma de Aviación. Ingresado en el Ejército fué ascendido a Teniente por méritos de guerra.

El 20 de agosto de 1937 toma parte en el vuelo Istria—Damasco—París como segundo Piloto del Saboya 79 del Coronel Biseo, distinguiéndose por haber realizado una etapa de 7.000 kms. aproximadamente, a una velocidad media de 350 kms. por hora. Con este motivo le fué concedida la Medalla de plata del Valor, del Arma de Aviación.

Más tarde se traslada a España con la Aviación legionaria, interviniendo en los bombardeos de Alicante, Barcelona, Valencia y Cartagena donde gana la segunda Medalla de plata del Valor para los soldados en Campaña. En enero de 1938 toma parte en el vuelo de los «Sorci Verdi» (Ratones verdes) de Italia a Brasil y debido a sus extraordinarios méritos es ascendido a Capitán.

Aprovechando la experiencia adquirida en la preparación y realización del vuelo sobre el Atlántico Sur, se consagró a la organización del tráfico aéreo regular entre Italia y la América latina, abogando por la organización de la L.A.T.I. primero y dirigiendo esta Sociedad después, de la que fué verdadera alma. Al romperse las hostilidades con Francia e Inglaterra solicitó ser destinado a una escuadrilla

de combate e intervino en el Mediterráneo en las acciones más importantes y difíciles distinguiéndose siempre por su arrojo y espíritu combativo.

Innumerables fueron sus vuelos de ataque a Malta así como los de exploración sobre los más importantes puntos de apoyo del enemigo en el Mediterráneo. Trasladada su Unidad al campo de batalla griego, desarrolló también allí una intrépida actividad participando en numerosos e importantes bombardeos, entre otros sobre Salónica, Tatoi y concentraciones de tropas enemigas en Epiro y Albania.

Terminada victoriosamente la campaña de Grecia, pasó el Capitán Bruno Mussolini a mandar una Unidad especial, recién creada, de bombarderos de gran alcance. Probando uno de los nuevos aviones que acababan de serle entregados, encontró una muerte gloriosa en el puesto del Deber.

Saludamos con tristeza plena de orgullo al joven héroe caído en el cumplimiento de su misión y participamos con profundo sentimiento en el dolor del Duce.

La nación eslovaca lucha con el espíritu de Hlinka

Dios y la nación nos llaman al cumplimiento del deber que el honor nacional nos impone... Todos y cada uno sabemos que el bolcheviquismo significa derrumbamiento y miseria. La guerra supone para Eslovaquia grandes sacrificios. El jefe de la nación ha acordado emprenderla de acuerdo con el espíritu de Hlinka y de Martin Razuš; la Europa culta combate hoy contra el enemigo común, contra las utopías judíocapitalistas y judíobolcheviquistas. A su lado luchamos nosotros también. El honor eslovaco nos ordena esta guerra y nosotros obedecemos este sublime mandato.

*Mach, Ministro del Interior,
Comandante Jefe de la Guardia de Hlinka, Eslovaquia.*

TENIENTE Dr. MARTTI HAAVIO, HELSINKI:

Finlandia en el camino de la victoria

Iba en la vanguardia de la marcha sobre Aunus. Las tropas finlandesas se dirigían contra Petoskoi. Veía las largas columnas, inacabables: las tropas ligeras, la artillería pesada, la impedimenta, los camiones, las cocinas de campaña. Veía los jóvenes en cuyos rostros se reflejaba el entusiasmo producido por los rápidos avances, los combates victoriosos y las tierras conquistadas. Aquellos mismos jóvenes que yo había visto en dolorosa retirada cuando se perdió Summa y la bandera hubo de ser arriada en el castillo de Wiborg marchaban ahora por el camino de la victoria.

No sé cuántos de estos hombres se habrán formulado la pregunta ¿Porqué lucho contra el Este? Supongo que la mayoría se la habrán planteado. La senda de la victoria que ahora pisamos no se ha separado nunca de nuestra mente. Puede decirse que hemos mamado esta idea y cuando más tarde aprendimos a leer, la palabra PATRIA estaba en la primera página de nuestros libros. Las generaciones de nuestros antepasados, hasta donde alcanza la Historia, lucharon por este país, y siempre contra el mismo enemigo. Muchos de nuestros antepasados lucharon y cayeron aquí, con la mirada hacia el Este. El Este significaba para ellos un peligro continuo. No pasó siglo sin que los rusos asolasen nuestros campos e incendiasen nuestras casas.

El Destino había asignado a nuestros predecesores la misión de ser los puestos avanzados frente al Este; de generación en generación cayeron cumpliendo este deber y la nuestra sabía también que quizás abandonados de ayudas extrañas, tendríamos que morir por la causa del Occidente para que las masas asiáticas no invadiesen nuestra patria e incluso Europa.

La juventud finlandesa comprendió rápidamente que tenía que luchar sola y se preparó para ello. Nuestro país está en el extremo Nordeste de Europa, muy lejos y dotado de una población escasa. El suelo es ingrato pero a él debemos que nuestra raza sea dura. La característica que se nos atribuye en Europa es el *Sisu*, es decir: el mínimo de nuestra subsistencia es inferior al de los demás países. Este es también nuestro principio fundamental: resistir siempre; someterse jamás. Cuantas veces han hollado nuestro suelo, hemos sabido responder.

En el año 1940 comprendimos claramente lo que representaba

para nosotros la Patria. Muchos de nuestros mejores hermanos cayeron o fueron gravemente heridos cuando luchábamos hasta lo último por nuestra Nación y por Europa. Depusimos las armas, pero nos juramos levantarnos de nuevo.

Nunca existió en nuestro país nada tan poderoso y enérgico como el espíritu de reconstrucción que desató aquel año de guerra. Nuestra capacidad de acción alcanzó límites extraordinarios. Se nos dijo: Ha terminado una fase de nuestra lucha milenaria; comienza una nueva.

Y comenzó la tercera guerra para nuestra joven generación y otra vez contra el mismo enemigo. Luchamos contra el Este. Hemos rebasado los antiguos límites de Finlandia y recuperado la zona de terreno que el enemigo nos arrebató el año pasado. Pero ¿en qué estado? Saqueado, destruído, incendiado. Todos nosotros sabemos que esta frontera es también artificial. Divide en dos partes el territorio finlandés. Aunus y Carelia, dos provincias que hablan nuestro mismo idioma, cuyos habitantes pertenecen al pueblo finlandés están excluidas contra su voluntad de la comunidad política de Finlandia. Venimos a ellas como libertadores y en todos los pueblos llora la gente de alegría ante la presencia de nuestras tropas.

Todos sabemos que esta guerra nos ha sido impuesta. Queríamos la paz, pero no nos fué concedida. Hemos sido atacados siempre. Si ahora conseguimos nuevas fronteras es preciso que aseguremos la paz para nuestros hijos. Crearemos líneas de defensa estables. Nos incorporaremos los territorios que geográficamente nos pertenecen. Y por último uniremos a todo el pueblo finlandés en una misma Patria y en un mismo Estado.

En nuestro avance sobre Aunus vemos perfectamente lo que significa la esclavitud bolcheviquista. Significa una pobreza inmensa, despreocupación sin límites, grosería y barbarie. Nos damos cuenta de que al proteger el futuro próximo de nuestra propia Patria prestamos un servicio al Mundo, de extraordinario alcance. Tenemos que aniquilar, en toda la superficie del Globo, el monstruo bolcheviquista. Participamos en el frente común que Europa bajo la dirección de Alemania ha formado para proteger la cultura occidental contra la barbarie rusa. Agradecemos al Destino el que la Historia por primera vez nos haya sido favorable.

Durante un descanso en nuestra marcha hacia Petroskoi oímos por la radio las noticias de las victorias alemanas en el Este. No gritamos «Hurra» porque somos sobrios en gestos y gritos. Pero nuestras miradas cobran aún más fuerza y cuando proseguimos la marcha nuestros corazones están animados por un sólo pensamiento unánime: Rivalizar con la juventud alemana en una lucha cuyo premio ha de ser una Patria tranquila y una Europa feliz.

Los Abanderados de la Nueva España

Rectos y simples — como espadas a la hora de las espadas —, camaradas del Sindicato Español Universitario se alinearon para marchar en combate contra Rusia. Rectos y simples, como los hubiera querido a esa hora José Antonio. En realidad, como los quiso siempre. En los años de gracia y desgracia de la República, mozos carlistas andaban por esquinas de la Moncloa dejando su corazón frío sobre el asfalto desalmado y caliente. Escuadristas de la Falange, como Matías Montero, como Alejandro Salazar. Fieles todos a un entendimiento de la vida como milicia, vocados a un saber apasionado: el de la muerte española. Aquí empezó la verdadera fidelidad de la auténtica juventud universitaria, porque ya desde entonces no se pudo decir quién había sido fiel a quién. Todos fieles en olor de unanimidad. Todos nacidos para la empresa alegre del combate, para la milicia joven, sacrificada y heroica.

Quizá la vocación de unidad que preside el *sino* de nuestra generación arranque precisamente de ahí; de esta actitud militante que uniera a los mejores espíritus jóvenes de nuestra Universidad. Nada une tanto como encontrar en una misma esquina una misma bala, como el servir de un modo voluntario en las mismas filas, marcando el paso una mañanita fría, dándole al aire una sola canción y al corazón una sola causa.

Días primeros del S. E. U., a la sombra caliente de los tiros que desnudan las almas y las cosas. Camaradas primeros. Cuando todos pierden el corazón, ellos supieron encontrarlo. Se entendieron porque se odiaron, porque su odio se resolvió así limpiamente, cara a cara, con generosidad. Tanto en su corazón se fueron hundiendo, que llegaron hasta el último fondo de la existencia, y tanto — por hermosa paradoja — se fueron elevando, que subieron a la comunidad militante de los ángeles con espadas, donde se abre el sentido de los símbolos.

He aquí que el Dios de las batallas, ése que cantó con versos sonores Herrera, anunció a nuestros camaradas el misterio de la milicia.

Porque, como ahora, supieron merecerlo en la pureza de su corazón. Porque ya entonces — en las horas fundacionales — nos dijeron que el ritmo y la línea tiemblan por su belleza hasta llegar al definitivo reposo de su término redondo, que las columnas son suspiros de piedra que anhelan la paz perfecta de la cúpula y que el juicio de una vida está indeciso hasta la muerte.

Dr. A. TELLEFSEN, COMANDANTE DE LA LEGION NORUEGA:

Noruega y la joven Europa

Durante la guerra mundial y después de ella tuve la suerte de presenciar y vivir los grandes acontecimientos europeos debido a mi estancia prolongada en Inglaterra, Francia, Alemania y otros países.

Gracias a ello he podido ver como de día en día se hacía más fuerte la oposición entre un sistema fuerte y renovador y las democracias anticuadas e impotentes, oposición que había de conducir fatalmente a la actual gran guerra europea.

Durante los años anteriores a la guerra he podido ver claramente cómo los pueblos de los países democráticos eran llevados a formarse una conciencia totalmente errónea por sus directores, interesados únicamente en mantenerse en el Poder para disfrutar de sus ventajas económicas. Particularmente triste para mí ha sido ser testigo de esta evolución en mi propio país.

Una parte del pueblo noruego aun hoy no ve claramente lo que sucede. Las circunstancias y las coyunturas económicas han mantenido al país hasta 1940 fuera de la zona peligrosa y con ello fuera de los sufrimientos que las Naciones de la Europa central han tenido que padecer. Noruega ha creído, optimista, que estas circunstancias se prolongarían indefinidamente. Nuestros intereses marítimos nos han hecho mirar siempre hacia el Oeste, hacia Inglaterra. Durante muchas generaciones el pensamiento popular ha sido conformado por esta circunstancia y al cabo del tiempo se ha convertido en un mito indiscutible la idea de que Inglaterra era la amiga y protectora de nuestros intereses. El pueblo noruego adoptaba así una postura absolutamente suicida. Pero yo estoy convencido de que nuestro espíritu sano y sólido acabará por prevalecer y llegará un día en que logre barrer estas vanas ideas.

Alemania provocada por la duplicidad soviética atacó a la Rusia bolchevista el 22 de junio de 1941. La guerra europea se transformó así en una lucha entre los dos sistemas enemigos de la democracia, a saber: Nacionalsocialismo y Bolcheviquismo.

La lucha contra el bolcheviquismo había comenzado ya en 1933 cuando la fuerza nacionalsocialista, joven y constructiva, cerró el paso en Alemania al comunismo que amenazaba a Europa, acto de fuerza que no encontró eco en Inglaterra ni en Francia. Era natural por otra parte, que fuese Alemania la primera en emprender la

lucha, pues su inteligencia, su grandeza, su fuerza vital y su capacidad le designaban unánimemente para ser el factor ordenador del Continente. Actualmente presenciemos la lucha final y hemos de evitar que el bolcheviquismo progrese y conquiste el baluarte de la gran Alemania. Esto último representaría el caos. La Rusia soviética realizaría sus planes de bolchevización mediante el hambre y las ejecuciones en masa. Hemos de impedir tales hechos a toda costa y por esto mismo hemos de marchar unidos cuantos hemos visto y comprendido las crueldades del bolcheviquismo.

A nuestra raza se le ha confiado la misión de contener las fuerzas destructoras que amenazaban a Europa, bien bajo la forma de la barbarie inmoral de Oriente, bien bajo la del materialismo de Occidente. Esta misión que al mismo tiempo es una herencia tradicional se realiza en estos momentos. Nuestra generación ha de luchar esta vez y cuantos participamos de la misma raza y de la misma cultura hemos de combatir en apretadas filas.

También los noruegos hemos de aportar nuestro sacrificio. No podemos olvidar que hace mil años éramos el pueblo europeo más septentrional y en tal concepto un pueblo rector con plétora de fuerzas tanto en el mar como en tierra. La fuerza marítima la hemos conservado. Ahora hemos de demostrar que también se ha mantenido nuestra fuerza en tierra firme.

Si se me preguntase por el desarrollo futuro de esta contienda, contestaría con la seguridad absoluta de nuestra victoria por las dos razones siguientes:

1. La Rusia soviética se encuentra sola sin la asistencia de la corriente de voluntarios de ningún país culto, sino sólo con la promesa de ayuda por parte de los EE.UU. e Inglaterra, mientras que Alemania, Italia, Croacia, Finlandia, Eslovaquia, Hungría y Rumania con los voluntarios de todos los demás países europeos, dirigidos por la poderosa fuerza del genio germánico, derrotarán indudablemente al bolcheviquismo.

2. El bolcheviquismo lleva en su propia entraña el germen del fracaso porque está construido sobre el ateísmo y la concepción materialista de la vida y ha destruido todos los valores éticos y morales, la familia y la tradición, que la Historia ha demostrado que son necesarios para mantener nuestra cultura.

La cooperación de la Legión Noruega representa para mí el hecho que nos abre las puertas para la nueva época y nos asegura un puesto de honor en ella. No hay ningún argumento, ni noruego ni humano, que pueda oponerse a él.

Nuestro deber como noruegos no puede ser más claro.

Los voluntarios dinamarqueses en Ucrania

En una tarde oscura y lluviosa atravesamos la frontera que separaba las esferas de intereses de Alemania y Rusia. Nuestros tanques, en su marcha avanzada, han rechazado al enemigo, pero nosotros, no obstante, marchamos lentamente preparados para cualquier eventualidad. A fin de rechazar todo ataque posible de los restos desperdigados del Ejército soviético, nuestra columna avanza protegida por los flancos, a vanguardia y a retaguardia, por autocañones. En las afueras de una pequeña ciudad, destrozada casi por completo durante las luchas enconadas que durante varios días tuvieron lugar en ella, hacemos alto, montamos las tiendas de campaña y nos dedicamos al descanso. Mientras los centinelas vigilan cuidadosamente, arma al brazo, nos entregamos nosotros al reposo bien ganado, si bien éste no pueda ser largo. Tan pronto como amanece, y aquí en el Este amanece muy pronto, hemos de marchar en busca de las hordas de Stalin, estos mercenarios de la revolución mundial que a pesar de su gran jactancia y confianza en sí mismos no han sabido resistir la marcha potente y victoriosa del Nacional-socialismo, sino que han huído empavorecidos.

Vamos actualmente en busca de los bolcheviquistas y donde quieran resistirse serán aniquilados. ¡Ojalá sea cuanto antes! Los daneses que luchamos aquí al lado de nuestros camaradas alemanes, noruegos, suecos, holandeses y flamencos, estamos orgullosos de poder exterminar radicalmente esta peste en sus propias guaridas. La dolorosa experiencia de nuestras Patrias respectivas nos ha hecho conocerlos sobradamente y por ello sacrificamos gustosos el descanso y la comodidad con tal de conseguir nuestro fin.

Escribo estas líneas durante un pequeño descanso en una villa de Ucrania. Las patrullas avanzadas han tomado ya contacto con el enemigo y probablemente nuestro Regimiento entrará en fuego hoy por la tarde.

Ucrania, un pueblo siempre oprimido, que a pesar de sus 40 millones de almas nunca pudo constituir un Estado, sometido cons-

tantemente a la brutalidad soviética, comprende ahora que ha llegado el momento de ser un pueblo libre e independiente y por ello saluda con grandes ovaciones a sus libertadores. Nuestros coches están llenos de flores, cigarrillos y otros obsequios. Las ciudades que atravesamos están adornadas con banderas ucranianas y alemanas, y con letreros de «Heil Hitler» o «Saludamos al famoso Ejército alemán», etc, etc. El entusiasmo de los ucranianos al sentirse libres de los bolcheviquistas es tan grande y tan sincero que sólo puede compararse al que existe en la Wilhelmstrasse cuando Hitler es aclamado por sus berlineses. Nosotros felicitamos a este pueblo y le damos la bienvenida por haberse podido incorporar a los Estados europeos que colaboran en la labor de reconstrucción.

Por el camino hemos tenido ocasión de contemplar los rastros de la actuación de la GPU. cuando visitamos sus calabozos y cuartos de tortura en la ciudad de Lemberg, conquistada a los Soviets. Ante la prisión numerosas mujeres y niños lloraban desconsoladamente a la vista de los cadáveres de sus familiares asesinados y profanados. El efecto de estos montones de cadáveres excede a toda descripción. Mientras nos alejamos, todavía con el hedor nauseabundo en el olfato, descubrimos las muestras de las represalias de la población contra aquellos de sus verdugos que no tuvieron tiempo de huir, y con satisfacción vemos acercarse el momento de encararnos con las armas en la mano, con los responsables de este estado de cosas.

*CORRESPONSAL DE GUERRA Dr. R. LAGROU,
LEGION FLAMENCA:*

Holandeses y flamencos ante el ataque

Los hallamos distribuídos por pueblos, por bosques, por campos, esperando, por ahora.

Se bañan, boxean, leen, escriben, limpian y cuidan su armamento, recuentan su primera provisión de municiones, ordenan incesantemente sus carruajes e impedimenta . . . y esperan.

¿Será esta tarde, o esta noche, quizá mañana? Saben que sus armas hablarán cuando llegue el momento. No antes, pero tampoco después. No hay porqué ser impacientes; no se olvidarán de ellos.

Todos participarán en la victoria nacionalsocialista; nadie ni nada será superfluo. Los demás camaradas están ya actuando. Nosotros también vamos a hacerlo: Guerreemos por una Patria mayor, nuestra campaña será larga, nuestro ímpetu salvaje e irrefrenable! Ahora descansamos del esfuerzo realizado. Así es la juventud.

Pensemos ahora en las últimas marchas antes de llegar aquí. Cómo convivía todo el pueblo con ellos, saludándolos como a los conquistadores de la próxima victoria. Atravesaban raudos los pequeños pueblecitos insignificantes, con sus bocacalles llenas de carretas y de estiércol. Llevaban consigo violines, harmónicas, mandolinas, castañuelas. Sus gargantas no enronquecían jamás, ni se fatigaban sus pulmones. Los alemanes a las puertas de sus casas quedaban maravillados recordando sin duda los días de su propia juventud.

¿No habéis visto reflejadas en el rostro de una persona las imágenes que le sugieren sus observaciones del momento? Cada uno contempla el mundo con los ojos que su propio pasado ha conformado. Unos los miran con semblante bonachón, otros con ojos animados, otros con rostro rígido, ceremonioso o indiferente. Toda su vida anterior se refleja en su mirada: optimista, desengañada, comprensiva o cínica. Súbitamente se despierta en sus fisonomías la nueva vida desencadenada y febril. Se apodera de ellos una tensión máxima y participan íntimamente de nuestra vida. Ahora contemplan la vida desde su propia juventud que han descubierto en lo profundo de su ser. Los pequeños saltan y agitan sus brazos con alegría. Las viejas mujerucas, con sus rostros surcados de arrugas, ríen con risa franca mostrando sus bocas desdentadas.

El polvo se esparce en oleadas por los campos, manteniéndose espeso como una pared de niebla. En sucesión interminable siguen pasando las columnas.

Esperamos órdenes tumbados en el suelo. La mayoría duerme en sus estrechas tiendas de campaña, de las que cada uno transporta un trozo, adornadas con mil fruslerías, y cuya comodidad han tratado de aumentar con algo de heno. Sus Oficiales y Suboficiales duermen entre ellos y son los primeros en punto a buen humor y espíritu de camaradería.

Muy pronto continuaremos marchando al encuentro del enemigo; ¡quién habría esperado que tan pronto habíamos de marchar contra la Rusia bolcheviquista! De no haber sido demasiado joven, ya en la guerra de España habría yo luchado contra los soviets. Prescindiendo del falso papel que los bolcheviquistas han jugado respecto

de sus aliados, nos sentimos dichosos de poder combatirlos en su propio país, ya que hasta ahora siempre se habían deslizado de un modo encubierto en nuestras ciudades, en nuestras fábricas, en nuestra literatura y en nuestras sociedades. Ahora comienza la lucha mas grandiosa de todos los tiempos: se pelea por el dominio durante siglos de la cultura occidental. Lucha que si por sus dimensiones es gigantesca, por su importancia reviste mucha más importancia que una Cruzada. ¡Qué magnífico poder vivir en esta época y decidir a mano armada en favor de nuestra Patria, de Europa y del mundo entero, esta lucha preparada desde hace 20 años por el bolcheviquismo revolucionario! Todos hemos de participar en ella, para con todos nuestros tesoros de cultura y nuestras fuerzas inagotables conseguir una victoria de la que arrancará una Historia milenaria de santa grandeza.

¿Como se reacciona sobre ello en Flandes y en Holanda? Probablemente ya se ha olvidado por completo a Inglaterra. ¿O llega tan lejos la ceguera que no se ve la realidad inmediata e imperiosa?

¿Hay todavía entre nosotros jovenes capaces de tomar las armas que se mantienen al margen de estos transcendentales acontecimientos? ¿Podrán responder algun día de haber soportado todo ésto?

*

Nos encontramos ahora en un jardín cuajado de flores. Reina una paz absoluta que nos sume en una completa inmovilidad. Es como si la Naturaleza se concentrase también para la gran ofensiva. En el bosque cercano los pájaros anuncian el verano. Un mirlo le canta ya enloquecido y la tímida golondrina se prepara ya a recibirlo. Tras unos montones, los gallos cacarean incansables.

¡Qué bello es el mundo! Su blandura nos adormece. Es poderoso y lleno de gloria como una mujer. Su poder creador es inmenso. Se da por completo y no exige nada a cambio. Nos produce a nosotros mismos. ¿Qué fin persigue? ¿Qué le preocupa? Produce mil frutos distintos, abre los brazos generosamente y nos los entrega. No hay más que cojerlos. Se preguntará porqué han de morir estos frutos, ¿o se trata del precio de una nueva vida? Ella no ve el ciclo completo, sólo le soporta y le padece; constituye su objeto y su sujeto. Es una gran cadena de la que no puede soltarse ningun eslabón.

Toda esta vida, toda esta época está saturada por completo de una santa maternidad.

El agradecimiento de los pueblos liberados

Un estudiante alemán se encontraba, como soldado de Artillería, en la liberación de los pueblos bálticos Varena I y Varena II. Casualmente fué testigo de una escena conmovedora. Cuando acababan de ser conquistados estos dos pueblos, un representante de ellos entregó a un comandante de Batallón los escritos que transcribimos a continuación. Son unos de los muchos conmovedores documentos de nuestra época y su obtención se la debemos al propio estudiante que presenció la entrega.

«El pueblo alemán, que siempre ha perseguido bellos y audaces ideales, que camina y guía a otros pueblos por el camino de la cultura espiritual y material y libera hoy a los oprimidos, con la sangre de sus propios hijos, es el primero entre los primeros.

A la orden de Adolfo Hitler, el Führer del pueblo alemán comenzó para el mundo la campaña santa para destruir el comunismo sangriento, vergüenza de la Humanidad.

Nosotros deberemos eterna gratitud y consideración al pueblo alemán por esta cruzada que nos ha salvado de los judíos y de la barbarie del Este.

Todos los días rezamos al Cielo en favor del pueblo alemán, de su Führer Adolfo Hitler y de todos los heroes caídos en la guerra. Las leyendas y mitos sobre el invencible pueblo alemán, su Führer y su Ejército serán las más bellas que produzca la poesía de un pueblo libre.

Nosotros agradecemos al pueblo alemán y a su Führer el habernos librado de la opresión y el terror. Pedimos al Señor por el pueblo alemán, por su digno Führer, por sus invencibles soldados y por su victoria en esta guerra santa.

Todo lo que nuestros países bálticos poseen e incluso nuestras propias vidas lo ofrendamos al pueblo alemán, a su Führer y a la victoria.»

Varena I, 31 de julio de 1941.

Los representantes de la población en Varena I.

«El pueblo alemán nos ha traído la libertad justa y la alegría de vivir. Como el rayo, destruyó el terror que nos quería aniquilar y nos ofreció de nuevo la cultura occidental creación suya.

Bajo la dirección de la personalidad más notable de toda la

historia universal, su Führer Adolf Hitler, crea nuevos valores superiores a todos los existentes, pues están adornados con la sangre de los hijos del pueblo alemán.

Las tumbas de los héroes alemanes al borde de nuestros caminos nos recordarán eternamente que les debemos la libertad, el trabajo y la vida. Rezaremos por ellos y los adornaremos con las flores del país báltico. Rezaremos entonces como ahora por el pueblo alemán, su valiente Führer, su prestigioso Ejército y los jefes de él. Participamos en el dolor de las madres alemanas por sus hijos caídos en la guerra.

Les agradecemos, ahora y siempre, por habernos dado la libertad y la vida. Nuestros pensamientos y nuestros corazones están con vosotros.

El Señor bendiga a la Nación alemana, a su Führer Adolfo Hitler, a sus soldados y les conceda la victoria.»

Varena II, 31 de julio de 1941.

Los representantes de la población en Varena II.

El moloch rojo

El comunismo fué y continúa siendo el obstáculo para el desarrollo y la consolidación de la nueva Europa, por no conocer aquél ninguna moral ni idea alguna de responsabilidad. Persigue sus fines perturbadores sin reparar en los medios. Una defensa meramente pasiva no bastaría a protegernos contra él. Es necesario algo más. Es preciso aniquilar el foco central de este peligro contagioso. El ejército alemán cumple ya este imperativo de la nueva Europa que nace. ¿Podemos contemplar cruzados de brazos los sacrificios del ejército alemán cuando se trata de nuestro propio porvenir y de nuestros propios intereses? ¡No! Precisamente nosotros, eslovacos, fieles al mandato de nuestros antepasados, y en nombre del cristianismo y del nacionalismo eslovaco, e incluso en nombre del propio eslavismo, tenemos que ayudar a libertar a nuestros desgraciados hermanos que sufren hace más de 20 años bajo la esclavitud del moloch rojo.

«Gardista», Pressburg.

CAPITÁN DR. HANS FRIEDRICH BLUNCK:
BERLIN:

Impresión de Kiew

¿Nuestra primera impresión de Kiew? Desde luego la sorpresa ante los escasos destrozos que ofrecía la ciudad.

Según parece, desde las primeras horas de la víspera, tras la voladura de los puentes del ferrocarril y la huída de los dirigentes bolcheviquistas, el enemigo se desmoralizó. Los camaradas comisarios y generales le habían abandonado y ahora no le restaba otro recurso que abandonarse a su suerte. Las fortificaciones de las calles se hallaban desguarnecidas y varias voladuras totalmente preparadas no llegaron a efectuarse. Soldados sueltos e incluso algunos grupos, corrían por las calles desconcertados y se dirigían a nosotros casi buscando auxilio, con el único deseo de poner un fin a su situación; bastaba hacerles una seña para que todos acudiesen precipitadamente a congregarse.

Pero más que todo esto nos impresionó la ciudad misma, tanto tiempo esperada. Nos sorprendieron sus escasos destrozos. Las instalaciones del agua habían sido incendiadas en varios puntos; probablemente era la obra de unos cuantos «valientes» antes de su huída. Yo vi únicamente tres o cuatro incendios que fueron sofocados rápidamente. Esto era todo en aquella parte de la ciudad. Sólo la estación del ferrocarril atacada por nuestros Stukas dos días antes, despedía aún grandes bocanadas de humo y en los arrabales, desde la orilla del Dniepr, se veían violentos incendios en los barrios de la margen izquierda.

El agradecimiento de la población ucraniana era verdaderamente emocionante. Millares de personas nos esperaban, apelotonadas en las calles, llenos aún de temor ante su suerte futura. Algunos levantaban el brazo para saludarnos, tímidamente, como dudando de si tendrían derecho a hacerlo. Pero en el momento que contestábamos a su saludo, desaparecía instantáneamente todo temor y reserva. La gente se abalanzaba a nosotros rodeando el coche, extendiéndonos las manos y profiriendo gritos que nosotros no entendíamos. Rápidamente estuvo el coche lleno de flores y nos encontramos con dos grandes ramos en los brazos. Cuando les demostrábamos nuestro reconocimiento con palabras y gestos corteses, aquellos hombres se transformaban en niños. Los cigarrillos inundaban el coche y se oyeron los primeros gritos de «Heil Hitler»; yo oí hasta algún «Heil Bismarck».

Ante una fábrica se hallaban reunidos los obreros y rápidamente al vernos vinieron hacia nosotros. Hay que darse perfecta cuenta de lo que esto suponía; estábamos en Kiew, una ciudad bolchevista hasta hoy y era el primer encuentro con los obreros de la ciudad. La imagen de las calles recordaba nuestras épocas turbulentas. No se podía asegurar lo que iba a pasar. Sin embargo se produjeron los mismos aplausos y vivas que en los demás sitios.

Todavía hubo de sucedernos algo más pintoresco. Un hombre subió al estribo del coche y nos leyó, traduciéndola al alemán, una salutación escrita en caracteres rusos. En ella expresaba el eterno agradecimiento de los ucranianos a las tropas alemanas por haberlos liberado, maldecía a los soviets y terminaba con un «Heil Hitler». Todos los que se hallaban presentes, unas 400 o 500 personas, exigieron una traducción. El orador la tenía también preparada y se la leyó. El entusiasmo parecía que no iba a terminar nunca.

Seguimos adelante. Las escenas se repiten. Atravesamos espaciosas calles. Los ucranianos nos avisan de que hay minas preparadas en varios sitios, y con gestos nos indican que los edificios volarán por los aires si llegan a hacer explosión. Las tropas de ingenieros se cuidan de todo esto. Otros quieren saber si podrán volver a rezar y señalan hacia las iglesias haciendo el signo de la cruz. ¡Ya lo creo que podréis! De nuevo resuenan los «Heil Hitler» y la frase recién aprendida: «Sed bienvenidos, esta vez no nos volváis a abandonar.»

En unas 30 a 50 000 personas podemos calcular la multitud que durante horas se apiñaba en las calles, a nuestro paso, saludando y vitoreando sin cesar. ¿Quizás los que pensaban de distinto modo quedaron en sus casas? Pero es indudable que la gran masa nos esperaba, esperaba a los soldados alemanes.

Por bella y halagadora que sea la alegría, ella sola no ha constituido nuestra única impresión. Nos ha conmovido profundamente la miseria en el vestir y el desaliño externo y sobre todo los rostros hambrientos de esta pobre población de Kiew.

Hace algunas semanas había estado yo en Kriwoj Rog donde existen las viviendas «modelo» construídas por los Soviets para los trabajadores. No llegaron a convencerme plenamente. Ahora se me había asignado una de estas viviendas, completa, para alojamiento. Cada una de ellas consta de una sola habitación, grande, en la que ha de vivir toda una familia. ¡Qué mezquino es el ajuar! Un armario para la escasa ropa, una sola cama. El hombre y la mujer están en el trabajo y en la casa queda un enjambre de

chiquillos. Dos sillas toscas y una mesa completan el mobiliario. En un rincón trapos y juguetes de los niños, en otro un montón de semilla de girasol. La cocina común en el piso bajo despide un olor insoportable; de los demás es mejor no hablar. Ahora se comprende la esperanza de estos hombres en algo que modifique su vida, ya que la actual solo podían soportarla en medio del mayor embotamiento.

Nos explicamos sus saludos. Ya en otras ciudades y sobre todo en los pueblos de Ucrania fuimos recibidos cordialmente. Pero el recuerdo de la alegría de Kiew quedará grabado profundamente en nuestros corazones. Nunca podremos olvidar el entusiasmo de estos hombres, y sus gritos y obsequios de nuestras primeras horas en la capital de Ucrania.

Estudiantes y soldados

La guerra actual es el símbolo de la lucha eterna entre el espíritu y la materia, en la que precisamente nosotros, la juventud universitaria, desempeñamos en papel principalísimo. Es necesario que hablemos acerca del significado de nuestra participación ya que se ha interpretado erróneamente el carácter de nuestro entusiasmo ante la lucha.

¡Ni somos aventureros, ni corremos alocadamente en busca de una emoción inédita! Como hombres jóvenes y fuertes que somos tenemos esperanza en el futuro y amamos apasionadamente las nuevas creaciones. ¡Como españoles por nuestro nacimiento creemos en el destino histórico de España! El destino de la juventud es un camino difícil hacia un futuro mejor.

Las palabras han de ir acompañadas por los hechos! Estamos dispuestos y marchamos llenos de fe, como marcharon siempre por la historia los mejores para conquistar una Patria mejor.

José Gutiérrez del Castillo, División Azul.

El primer ataque

Por fin marchaba todo con inesperada velocidad. Todavía ayer por la tarde a última hora, caminábamos por pésimas carreteras para alcanzar las escuadrillas de combate de nuestro grupo de aviación. Todos presentíamos que esta noche sería decisiva.

Tras un corto sueño en el mismo avión, estamos ya ocupando nuestros puestos para el primer vuelo contra la Rusia soviética. Hace dos horas que la artillería alemana bombardea los puestos enemigos fronterizos. Cuando volamos sobre ellos divisamos únicamente grandes incendios en muchos kilómetros de distancia y a lo lejos las explosiones de boca, regulares y periódicas, de los cañones alemanes. La guerra se ha desencadenado brusca e inesperadamente sobre el país. El Ejército alemán martillea poderosamente. Nuestra escuadra aérea es la primera que ha despegado, de mañana, con el encargo de destrozarse los campos de aviación del enemigo. Volamos como si estuviéramos en ejercicios de vuelo, ala con ala, escuadrilla con escuadrilla, distribuidos con absoluta uniformidad.

Hasta ahora nadie nos perturba. Bajo nosotros sólo vemos incendios y más incendios. Ya estamos sobre el objetivo. Nuestras bombas, en mortífera sucesión, inutilizan el aerodromo, destrozan barracas e instalaciones y provocan la explosión de los depósitos de municiones. Por primera vez se nos muestra el enemigo. El espacio bajo nosotros se llena de fugaces ráfagas azules semejantes a una gigantesca tela de araña. Y de improviso, la caza enemiga. Con dificultad los reconocemos en el primer momento. Nuestra escuadrilla que va la última a la derecha de la formación, es perseguida especialmente por el enemigo. Centellean los proyectiles a nuestro alrededor y se suceden una y otra vez las pasadas de los cazas rusos. Disparamos cuanto permiten nuestras máquinas. El piloto mantiene el aparato sin alterar la formación y la fuerte defensa de toda la escuadra logra rechazar a los cazas enemigos.

El regreso lo hacemos en medio de una calma absoluta y dos horas después todas las máquinas toman tierra de nuevo.

La orden está cumplida. Y mientras nuestra escuadrilla descansa esperando nuevos cometidos, parten continuamente otros grupos para el ataque. ¡Hacia el Este! ¡A aniquilar a la Rusia soviética!

Francia y la lucha por la libertad de Europa

En estos momentos un peligro gravísimo, cual un segundo Diluvio, amenaza a la Humanidad. Esta vez no se trata de un diluvio de agua, sino de fuego. Ante este peligro al que el mundo no daba importancia, ante este peligro que nadie reconocía como no reconoce al elefante que se acerca el pequeño ratón hasta que es aplastado por él, frente a este peligro, repetimos, se ha erguido un hombre del cual son las siguientes palabras: «Temo por Europa ante el solo pensamiento de que nuestro Continente, viejo y superpoblado, tenga que resistir el ataque de la ideología asiática aniquiladora de todos los valores humanos para que pueda completarse el triunfo de la revolución bolchevique.»

Este hombre es Adolf Hitler.

«Adolf Hitler es la gran conciencia y el genial conductor del pueblo que ha sabido descifrar el oculto imperativo contenido en el libro de la Historia, despertando el espíritu heroico y la fuerza para oponer una recia muralla frente a la ola del exterminio.»

Estas palabras fueron escritas por nosotros ya en 1935 con la clara visión de que se avecinaban acontecimientos de importancia extraordinaria; hoy los repetimos con la misma conciencia en el momento en que tales acontecimientos se producen.

Hitler ha detenido la ola bolcheviquista que pretendía desbordarse por toda la Tierra.

Así como Francia tuvo que comprender que debía prestar una colaboración decisiva a la obra salvadora del mundo ante la amenaza que pesaba sobre su porvenir, así también su tarea de hoy es darse cuenta perfecta de que el Führer es el único hombre que puede impedir la reaparición de tal peligro. Pues aunque nos hagamos una idea de lo que el bolcheviquismo es, más pequeña de la que es en realidad, pronto comprenderemos la gigantesca magnitud de los acontecimientos que estamos presenciando.

Sin la muralla que representan Alemania y su Führer Adolf Hitler el Occidente habría sucumbido. Es una verdad incontestable que el triunfo del ejército alemán ha salvado la cultura occidental.

Acabamos de decir que el diluvio que amenaza al género humano

no es un diluvio de agua sino de fuego; los cimientos de la Humanidad, las leyes eternas del orden humano e incluso nuestra existencia terrenal estaban amenazadas por la tea devoradora del bolcheviquismo cuyos humos embriagaban a sus sádicos secuaces como lo demostraron tantas veces en Rusia y en España.

Nunca se repetirá lo suficiente: el comunismo está muy lejos de ser un fenómeno pasajero del pensamiento actual o una degeneración contemporánea del alma humana; el bolcheviquismo es una brasa oculta en las profundidades del alma humana parecida a la lava en el interior del volcán. Es el Infierno que se desencadena, en una u otra forma, en todas las épocas colectivistas.

Para salvar al Occidente y a todos sus valores presentes y futuros la Providencia designó a Adolf Hitler que había de hacer renacer a su pueblo de sus propias cenizas, no sólo para devolverle a la vida, sino para convertirle en el instrumento forjador de su *alta misión*.

El momento presente es más que transcendental: es decisivo. Representa un hito en la Historia. El designio del Destino va a decidirse para siglos. Este instante decide si mañana imperará el bolcheviquismo en Europa o si ésta romperá sus ligaduras y caminará hacia su más perfecto desarrollo, como todos anhelamos; este desarrollo de Europa que siempre fué dificultado por Inglaterra, atenta sólo a sus propios intereses.

La decisión está tomada y nada podrá detener la liquidación militar del régimen comunista. Inglaterra por su alianza con Rusia ha acelerado su propia ruina. En la última llamada del Führer hay una frase que tiene auténtica categoría histórica y que ha llegado a lo profundo de nuestros corazones franceses: «Pueblo alemán, en este momento realizamos una campaña que en extensión y en alcance es superior a cuantas conoció el mundo hasta hoy. La tarea de este frente no es ya la protección de un país en particular, sino la seguridad de Europa y con ella la salvación de todos.»

Aun cuando nosotros los franceses ya no poseamos ningún Ejército, no podemos sin embargo permanecer al margen de los grandiosos acontecimientos actuales cuyas ventajas disfrutaremos en el futuro.

Nadie de nosotros tiene derecho a olvidar que el Führer alemán mediante la lucha que ha emprendido se ha convertido en el representante de aquel espíritu que iluminaba a la falange de nuestros batallones en el camino hacia la victoria.

Francia encontrará de nuevo su prestigio si se mantiene animada por él y se orienta hacia sus propias fuentes.

La camaradería juvenil de la guerra

Los voluntarios franceses contra el bolchevismo han sido recibidos en Alemania con muestras de gran amistad. En el curso de nuestro viaje hemos cruzado, sin detenernos en ella, una pequeña ciudad. Los obreros nos saludaban jubilosos congregados ante las grandes fábricas; nosotros continuábamos nuestro camino sólo interrumpido por pequeñas paradas en las que saboreábamos una sopa o un agradable café.

Transcurre una noche y a la mañana siguiente despertamos en medio de la niebla a la orilla de un caudaloso río. Trenes con tropas se cruzan con nosotros, otros nos adelantan en la misma dirección: alemanes, rumanos, eslovacos. Nos saludamos recíprocamente y se oyen también gritos de ¡A Moscú! y ¡Contra Stalin!

Al atardecer dirigimos la vista hacia Occidente de donde venimos y por el cual luchamos; allí extiende el Sol su roja púrpura tras los cañaverales de unos pantanos. Con las últimas luces del crepúsculo hacemos alto al borde de un bosque.

Nuestro campamento.

En lo alto de un mástil flamea al viento nuestra bandera tricolor. Un Jefe da la orden de rendir los honores de ordenanza. Rápidamente los legionarios se apean de los camiones que los han traído a esta cruzada sin igual en el mundo desde hace siglos, poseídos del mayor entusiasmo y camaradería. Las tropas que constituyen el primer contingente de la «Legión de Voluntarios Franceses» ha formado en cuadro alrededor de las dos banderas que todavía ayer eran enemigas y que hoy, una al lado de otra, simbolizan la Europa del mañana.

El Coronel Labonne se dirige a los combatientes de la Legión: «Del éxito de vuestra empresa depende en gran parte el renacimiento de nuestra Patria.»

Entre el bosque están los barracones completamente nuevos. Durante unas semanas permaneceremos aquí adiestrándonos en el manejo de las armas, conociéndonos y preparándonos para la lucha. Rápidamente se organiza la vida en el campamento. El servicio se realiza conforme al plan previsto. Todos recobramos el continente militar. La Legión de Voluntarios franceses está preparada para los próximos combates.

El gran clásico de la nueva Alemania

Si en el desarrollo de la Humanidad existe una aspiración hacia algo mejor es precisamente esta aspiración lo que da a la vida valor y contenido. La voluntad de inmolarsé en la lucha por el bien, aparece como el ideal más elevado de todo espíritu selecto y constituye la base del *Idealismo*.

El Idealismo no es otra cosa, como ya ha dicho Hitler, que el esfuerzo en pro de la razón y la Justicia, dejando a un lado todo interés puramente egoísta.

El Idealismo existe cuando se trabaja no sólo para satisfacer el propio placer y la propia necesidad, sino para CREAR, en el más amplio y profundo sentido de la palabra. El trabajo, he aquí la clave de todo el problema y de la doctrina del Idealismo.

Para el obrar que nace del Idealismo existe una palabra magnífica, dice Hitler, que le caracteriza de mano maestra: cumplimiento del deber. Nadie como Hitler puede explicar cómo el deber, de un modo lento y seguro, se convierte en la roca incommovible sobre la que el hombre superior construye su vida. El mismo Hitler nos habla de cómo durante sus años de guerra, el concepto del deber fué convirtiéndose poco a poco en el faro rector de su existencia. Y esta misma firmeza que el concepto del deber le proporcionó en el campo de batalla, la recibió también en sus luchas en el campo social.

Con esto llegamos al aspecto quizá más debatido de la personalidad de Hitler en el extranjero. Se le ha querido presentar como el apóstol de la brutalidad, el fanatismo y la falta de escrúpulos. Se le han reprochado sus continuas apelaciones al odio. Pero se ha olvidado que la brutalidad y el odio de Hitler son una brutalidad y un odio contra cuanto de malo hay en el mundo. «¿Estás decidido a defenderte, pueblo de Alemania? Entonces has de ser implacable.»

«Para llegar a ser libre hace falta orgullo, voluntad, tenacidad y odio, siempre odio.» Hitler recomendaba la brutalidad únicamente para su obra de liberación. En la lucha no pueden hacerse concesiones a la sentimentalidad enervante; ha de procederse inflexiblemente, sin consideraciones, brutalmente.

Si se afirma que Hitler representa la brutalidad, habrá por lo menos que reconocer que no es una brutalidad querida por sí misma, sino impuesta por la necesidad. Si a veces se ha hecho notar que el pueblo alemán por naturaleza no es brutal ni inconsiderado, podremos contestar con las palabras de Hitler, llenas de naturalidad y franqueza, de que no se trata de que convenga o no a su carácter, sino de que es necesario. Y si comprendemos claramente lo que quiere significar Hitler cuando habla de brutalidad y de dureza («la máxima firmeza e incorruptibilidad dentro de una lucha justa»), entonces veremos perfectamente la justeza y belleza de su expresión al hablar de la necesidad de una «dureza pura».

Una vez comprendido el sentido propio del concepto «pura dureza», fácilmente podremos entender que Hitler a pesar de toda esta dureza y brutalidad pueda encerrar un fondo íntimo y delicado. En sus libros y discursos se encuentran por doquier pasajes que pudieran haber sido escritos por cualquiera de los grandes poetas alemanes. Por ejemplo, al tratar de la importancia de los grandes hombres comienza su exposición con las siguientes palabras: «Cuando los corazones humanos se desgarran y desesperan, desde el crepúsculo del pasado los grandes triunfadores de la necesidad y los cuidados, de la debilidad y la miseria, de la servidumbre espiritual y la esclavitud corporal extienden sus manos eternas a los desalentados humanos.»

Cuando presenciamos un caso como éste en el que un hombre auna la inteligencia poderosa con una gran voluntad y una rica sentimentalidad, ofreciéndonos los distintos aspectos ensamblados en un conjunto armónico, nos hallamos ante un genuino representante del principio de los clásicos. Lo *clásico* no es en realidad otra cosa que la reunión de las distintas facetas, de un modo amplio y equilibrado. Hitler es así, uno de los grandes clásicos de Alemania. Cada página,

cada línea, cada palabra de sus discursos o de su libro «Mi lucha» lleva el sello del clasicismo. «Considero hoy como un acuerdo feliz del Destino designar para lugar de mi nacimiento precisamente Braunau sobre el Inn. Se halla situado este pueblo en la frontera de aquellos dos Estados alemanes cuya unión se nos aparecía ya en la juventud como la tarea a que habíamos de consagrar todas nuestras fuerzas.» Va a comenzar el relato de su vida y desde los primeros renglones ha sentado la meta de toda su existencia. «La Austria alemana ha de volver a la gran Patria germana... Todo el Imperio tendrá la misma sangre.» Y continúa su relato: «En esta pequeña ciudad del Inn, dorada por los rayos de los mártires alemanes, bávara por su sangre y austríaca políticamente, vivían mis padres allá por el año 80 del siglo pasado.» En estas frases se refleja la más pura tradición de la literatura clásica alemana.

Por esto consideramos a Hitler como el gran clásico de la nueva Alemania. En sus palabras y manifestaciones resplandece la misma profundidad y el mismo ritmo que en sus acciones. Otro ejemplo de esto mismo lo encontramos en la siguiente frase: «La voluntad descubre la fe. Pero esta voluntad radica en el Jefe y late en el pueblo.» Esta sola frase nos hace comprender toda la profundidad de su concepción de la vida, según la cual es la voluntad la que crea la fe y no la fe la que crea la voluntad.

Me di cuenta de la gravedad y riqueza de contenido incomparables, que contienen todas las palabras de Hitler con ocasión de una reunión de personalidades suecas de la vida cultural. Habíamos escuchado aquel día un discurso de Hitler y se había notado un giro de una belleza y una fuerza incomparables. Los distintos intelectuales que se hallaban presentes trataron de repetir la frase lo mejor posible. La fórmula que se encontró por fin, fué ésta: Hitler dice del pueblo alemán: «¡El es mi fe, posee mi voluntad; yo le entrego mi vida!» Todos estuvieron de acuerdo en que ésta era la fórmula mejor y la única digna de Hitler. Pero cuando leyeron el propio discurso de Hitler resultó que su fórmula era mucho más profunda y más rica de contenido. Hitler decía: «En el pueblo alemán descansa mi fe. Le sirvo con mi voluntad y le entrego mi vida.»

Europa entre la quimera y la realidad

Siempre, desde la más remota antigüedad, ha habido filósofos, pensadores, políticos y escritores que han soñado y han escrito sobre una comunidad de los pueblos en la cual reinaría la paz eterna. Tampoco han faltado tales planes en nuestra época. No es preciso que nos ocupemos con el subsuelo de estas lucubraciones, ni que tratemos de investigar si nacieron espontáneamente o encerraban otros designios, ni vamos a negar la buena voluntad de algún profesor americano lanzado a la política para desgracia de tantos países, o de un Coudenhove-Kalergi, brote decadente de una estirpe gastada, o de nuestro soñador Herceg quien no hace todavía muchos meses inundaba el Mundo con la publicación de una legendaria Pangaea. Los grandes fenómenos históricos no nacen en una mesa fría de trabajo, sino del continuo acontecer de la vida, de los grandes movimientos espirituales de las masas y de los hechos del genio que personifica tales movimientos. Bismarck, el gran estadista alemán, dijo una vez que el hierro y la sangre forjarían la unidad alemana. Este es un factor esencial aunque no el único. Tres elementos determinan la marcha de los pueblos: su preparación espiritual, sus necesidades materiales y los grandes hombres que aciertan a aunar ambos momentos.

Nuestra época tiene la suerte de reunir estos tres elementos. En el transcurso de siglos ha nacido una comunidad cultural europea que se destaca netamente de todas las demás culturas. Su fuerza radica en el hecho de que no ha surgido de las culturas nacionales pretéritas yacentes en la paz de los cementerios, sino por el contrario de las culturas vivas, individuales, nacionales, que aun distintas entre sí, poseen un algo común, que permite hablar de una unidad cultural de orden superior. Lo que ha sucedido en el campo de la cultura es el modelo para la política y la economía. Los últimos decenios han demostrado cumplidamente que no existe en Europa una autarquía política o económica. Pero se ha evidenciado también que sólo mediante la cooperación de todas las fuerzas, puede mantenerse la posición del Continente en el Mundo. Esta cooperación no supone la anulación de las partes, es decir, la

supresión de las comunidades nacionales, sino solamente su coordinación para la mejor utilización de todas las fuerzas.

De esta idea ha surgido con mayor o menor fuerza en todos los pueblos del Continente la disposición de ánimo favorable a una comunidad europea. A la realización de esta idea se oponía el hecho de que unos países se declararon francamente favorables al movimiento renovador, mientras que otros se mantuvieron orientados al viejo sistema político. Entre los partidarios de un nuevo nacionalismo socialista y los representantes de la democracia liberal habría podido existir una paz, pero nunca una comunidad. La democracia se mostró más intolerante que la revolución; no quería la paz sino que se sometiera a ella el movimiento renovador. La democracia europea ha perecido por sí misma y de sus ruinas reciben vigoroso impulso las ideas renovadoras en los pueblos que hasta ahora siempre fueron hostiles a ellas. Tal es el caso de Francia, de Holanda, de Noruega o de los países balcánicos. Así han desaparecido todos los obstáculos que se oponían a la idea de la comunidad europea y han surgido los supuestos espirituales para una colaboración realmente fecunda. El alcance de esta interna disposición ha de ser examinado más detenidamente.

Así como no se ha producido una cultura europea unitaria y uniforme porque existían ciertos principios genuinos que informaban cada cultura nacional imprimiéndole una especial fisonomía, así tampoco desembocaremos en un Estado unitario, ni en una economía única. Cada comunidad nacional conformará su política y su economía con arreglo a sus propios principios y la vida europea, tanto en el aspecto cultural, como en el político y en el económico conducirá a un concepto de comunidad de orden superior, cuyas premisas radican no en la destrucción sino en la conservación y fortalecimiento de las individualidades nacionales. A esta íntima disposición de ánimo se añadían las necesidades materiales cada vez más imperiosas. Y al decir esto no pensamos solamente en el moderno desarrollo de la economía y del tráfico que exige la formación de grandes espacios económicos, sino preferentemente, en el hecho de que los pueblos del Continente se ven colocados entre la plutocracia británica y el bolchevismo ruso. Así como la *plutocracia británica* ha sabido disimular durante mucho tiempo sus pretensiones a la hegemonía, al bolchevismo ruso hay que agradecerle su absoluta sinceridad en sus aspiraciones imperialistas. Ha practicado esta política en cuanto al Estado y en cuanto al Partido, sirviéndose de las ayudas que encontraba

dentro de los respectivos países. Su peligro se tintió tan inminente que provocó la actual *defensa colectiva* contra el comunismo.

El Führer del gran Imperio alemán, el Duce de la Italia fascista y los Jefes de los demás países aliados suyos, han conciliado la íntima disposición de ánimo con la necesidad material, para la *comunidad de la lucha*.

El curso de la gran guerra actual, determinante del Destino, ha creado los supuestos y suprimido los obstáculos, haciendo con todo ello posible el nacimiento del símbolo de la comunidad, de la ola sangrienta misma que constituye la batalla de Rusia. La sangre decide y une. Así también *de la sangre vertida en los campos de batalla soviéticos surgirá el mito de la comunidad europea*.

Ha sonado la hora del nacimiento de Europa, pero de una Europa de la realidad.

Toda política en el Mundo tendrá que contar con esta vieja idea que ha sido vertida en moldes nuevos, pero habrá de tener presente también que esta Europa se ha entregado a una dirección que no ha nacido de teorías sino de la realidad. Europa como realidad política, económica y militar sólo representará un peligro para los demás Continentes en el caso de que sea amenazada. La prueba de que, por su propia naturaleza, Europa será en el futuro uno de los factores que aseguren un *largo período de paz* lo tenemos en la estrecha relación comercial en que ha entrado con el Estado rector del Asia oriental y en general con la gran familia de pueblos de esta parte del Asia.

Libertad en la ley

Solamente es el hombre realmente libre cuando obra conforme a la naturaleza de la comunidad a la cual pertenece... La verdadera libertad radica en una estrecha cooperación. Este principio es válido tanto en la vida de los individuos como en la de los pueblos.

Dr. Dietrich

Jefe del Servicio de Prensa del Reich.

PROF. HEINRICH HUNKE, BERLIN:

Pueblo y espacio en el nuevo orden político-económico de Europa

Dos economías

Que el nuevo orden político europeo y la nueva composición de los Estados del Continente tendrá *repercusiones económicas*, nos lo patentiza la experiencia histórica y no encierra por lo tanto ninguna posible sorpresa. Lo que preocupa a políticos y economistas es la cuestión de saber hasta qué punto el nuevo orden supondrá una ruptura con la política económica del pasado y podrá llevarnos a un nuevo sistema en este terreno. O, para decirlo de un modo concreto: el problema radica en saber si Alemania, después de eliminar a Inglaterra del Continente se limitará a ocupar el puesto de ésta manteniendo por lo demás el juego de fuerzas económicas como hasta ahora, o si la política económica del Imperio alemán obedecerá a nuevas reglas. Este problema es en la realidad tan decisivo que se comprende que, tanto en el interior como en el exterior, se le conceda la mayor atención.

La tradición económica de la Gran Bretaña representa en la teoría - y hasta hace poco también en la práctica - los siguientes principios:

1. *El mercado domina* de un modo decisivo sobre los fenómenos económicos del Mundo. En la economía no queda sitio para las exigencias jurídicas y morales, para las necesidades del Estado, ni para los ideales nacionales. El *precio* es el regulador responsable del acontecer económico y decide sobre lo que corresponde a las Naciones y a los individuos.

2. *El capital y las relaciones capitalistas* son los puntos angulares de la economía. Quien posee el capital dispone de los bienes económicos y ordena la producción y el consumo.

3. La libertad internacional de movimientos es la premisa necesaria para obtener la mejor prestación económica, pues permite a los económicos hombres de todos los pueblos y razas trasladarse a aquel lugar del Globo que les ofrezca las mejores condiciones para desarrollar su actividad económica.

No cabe duda de que el orden económico anglosajón, en el curso de un siglo ha llevado a la cúspide estos tres principios. El resto del Mundo ha vivido conforme a estos principios, sin darse cuenta de sus premisas y sin percibir sus repercusiones. La grandeza económica de Inglaterra descansa en último término en la creencia, por parte de los demás pueblos, en la justicia y singularidad de los principios ingleses. Pero con ello se encauzaba el desenvolvimiento económico de todos los Estados por la senda inglesa. La posición dominante de la Bolsa de Londres y la situación de la libra esterlina eran la expresión del poderío espiritual inglés. Un fuerte monopolio de la opinión dominaba a los prácticos: creían que el capital inglés había dado nacimiento a la economía y los profesores de esta disciplina desarrollaron artificiosos sistemas para ofrecer a los jóvenes estudiantes y a las personas experimentadas, la ciencia finalista inglesa. En el campo económico mundial ignoraron en teoría y práctica el hecho de que *la economía mundial no tiene un sujeto propio* a diferencia de la economía doméstica que posee a la familia como a su sujeto, la economía municipal que dispone de la ciudad, o la economía nacional que encarna en un pueblo, y que por eso, una economía mundial sólo puede existir y florecer cuando dentro de un orden garantizado, las diferentes Naciones pueden consagrarse a sus respectivas tareas. Las premisas de la economía mundial inglesa eran su manifiesta superioridad industrial y su poderío que controlaba el Mundo. Pero los políticos y economistas, y, en general la opinión pública no las han visto desde el año 70 del siglo pasado. Ya antes habían sido olvidadas las repercusiones de la hegemonía inglesa sobre las demás Naciones, el nacimiento del Imperio inglés por el despojo de los demás Estados y el hecho de que los países no ingleses viviesen económicamente gracias a la magnanimidad de la Gran Bretaña. Con ello se transformaban en auténticas provincias del Imperio mundial inglés. Esta postura modificóse por vez primera cuando durante la Guerra europea Alemania abrió los ojos al ver morir de hambre a más de 700.000 alemanes a consecuencia de esta falsa política económica y más tarde al sacar el Partido nacional-socialista las consecuencias políticas prácticas de tal situación política mundial.

El que pueda creer que el sistema económico inglés ha funcionado íntegro durante más de un siglo, se encontrará con la sorpresa de que sus principios fundamentales, incluso en campos esenciales de la economía, nunca tuvieron validez; partes enteras de la economía han permanecido por completo independientes de la soberanía del mercado. En otros no se ha reconocido su carácter internacionalista. *El predominio del capital nunca fué definitivo.*

Las crisis han rechazado una y otra vez las exigencias desmedidas del capitalismo reduciéndolas a proporciones soportables. La movilidad internacional, en la práctica sólo muy pocas personas la han disfrutado. Hoy surge a los ojos de todos un nuevo sistema de colaboración internacional que habrá de sustituir a la política económica inglesa. La concepción económica alemana representa, frente a la teoría inglesa del mercado, el *punto de vista del espacio vital*. Alemania entiende bajo esta consigna, por lo que se refiere a ella misma, lo siguiente:

1. Un territorio suficiente para que pueda vivir y desarrollarse en Europa una población unitaria.

2. La inclusión de los elementos básicos de la economía alemana dentro del propio espacio estatal para poder organizar su vida propia dentro de una independencia política y económica.

3. Proclamación del desenvolvimiento de una comunidad europea de los países continentales que permita el empleo absoluto de las propias fuerzas, así como su complementación recíproca por las prestaciones económicas de los Estados vecinos amigos y en caso necesario de todos los demás.

4. La organización de un espacio suplementario económico-colonial, como es corriente y posible en el Mundo actual.

La concepción del espacio vital afirma en primer lugar que la economía ha dejado de ser algo que se desarrolle según sus propias fuerzas o que posea una soberanía propia. La economía es una *función del pueblo* y por ello ligada a las leyes y necesidades vitales de ese mismo *pueblo*. La economía viene conformada por el pueblo y por el territorio. Los procesos decisivos para la libertad política y económica son desplazados al espacio estatal. La concepción del espacio vital sienta al mismo tiempo las relaciones económicas respecto a los otros pueblos del Continente. Al exigir nosotros el espacio vital alemán, afirmamos la idea del espacio vital de los otros países. En la esfera interestatal la esencia del pensamiento alemán del espacio vital consiste en la formación de un nuevo orden europeo que garantice también a los demás su propio espacio vital.

Si se quiere hacer resaltar la diferencia entre la concepción antigua y la nueva, basta comparar las ideas de los dos grandes representantes de ambas: Adam Smith y Friedrich List. Según la teoría librecambista de Adam Smith, mediante la aplicación de la libre competencia, cada país acabará por producir aquellas mercancías que pueda fabricar mejor, es decir, más baratas. Cada país, así, comprará a los mejores precios y venderá lo más ventajosamente

posible. Friedrich List por el contrario afirma que la máxima productividad se obtiene, no a través de la división internacional del trabajo, sino dentro de cada Nación; la economía no se compone solamente de valores contables y medibles sino también de la existencia y disposición de fuerzas latentes. El esquema de ambas concepciones es como sigue:

	<i>Adam Smith</i>	<i>Friedrich List</i>
	<i>Teoría del mercado</i>	<i>Teoría de las fuerzas</i>
Valor maximo	Valor del mercado	Fuerza productiva
Camino	División internacional del trabajo	Confederación de las fuerzas productivas
Meta	Armonía de todos los individuos	Desarrollo de todas las fuerzas del Estado
Pensamiento	Cosmopolita	Político

Es indudable que ambas concepciones son inconciliables, que una gran Nación como Alemania tenía que sacar de ella sus consecuencias y que el desenlace de esta guerra tendrá para todas las Naciones europeas importantes repercusiones.

La comunidad económica europea

Hoy día es posible una nueva comunidad económica europea conforme a los antiguos principios. De hecho y a consecuencia del impulso económico que irradia de Alemania, los pueblos europeos forman ya una gran comunidad de trabajo.

Los efectos de esta comunidad económica serán los siguientes:

1. En lugar de la dictadura del mercado que pendía cual una espada de Damocles sobre los sujetos económicos, le substituirá el principio del completo aprovechamiento de las fuerzas productivas de los pueblos. No sólo se producirá lo que el precio del mercado mundial permita, sino lo que indiquen las fuerzas de pueblo y del territorio. Así substituiremos la libertad económica por la libertad del trabajo.

Con ésto llegaremos prácticamente al fin del monocultivo en cuanto éste se halla condicionado por el precio. Se demostrará el error de los que creen que deberían fundirse todos los pueblos de Europa en una Unión Aduanera para contrarestar la economía

mundial inglesa. Las Uniones aduaneras son medios para suprimir dificultades supérfluas entre dos economías nacionales del mismo nivel. Una supresión fundamental de las barreras aduaneras en la Europa actual perjudicaría y pondría en peligro el crecimiento económico de sus Estados mediante experimentos prematuros.

2. La meta de la cooperación económica es la comunidad del espacio vital, es decir, no es la tarea de esta política económica suprimir los monocultivos para en su lugar implantar compartimentos aislados sin ninguna viabilidad.

Si el Imperio alemán por una autarquización en gran escala logra introducir dentro de su espacio vital los factores básicos de su economía ello constituiría la premisa política para la independencia económica europea. No aspiramos por ello a la insularidad sino que defenderemos todo establecimiento de relaciones en Europa y fuera de ella, que aparezcan posibles. Igualmente las Naciones pequeñas no deben tener la menor duda de que siempre serán respetadas por sus vecinos.

La diferencia esencial de la vida económica europea del futuro respecto a la de la época liberal consiste en que de ahora en adelante los Estados tendrán un comprador bueno y seguro y que de este modo podrán alcanzar un grado superior de bienestar y desarrollo que de otra manera nunca hubieran podido conseguir.

3. La nueva política económica producirá una mayor estimación del Este y del Sudeste europeos. La concepción anglosajona llevaba a no utilizar en el Mundo sino aquellas posibilidades que se ofrecían como rentables. El abandono del Este y Sudeste europeos obedecía a este principio. Alemania pondrá fin a este estado de cosas como ya lo ha hecho en los últimos 7 años.

Pero la coronación de este proceso será la supresión absoluta del paro. El pueblo alemán basándose en los nuevos conceptos económicos ha eliminado el paro obrero, azote de la Humanidad, y ha puesto en manos de otros pueblos los medios para reducirlo considerablemente. No puede dudarse que con la realización de grandes tareas europeas, que se hallan condicionadas a la puesta en explotación de amplias posibilidades económicas en el Continente, producirá como consecuencia la ocupación de fuerzas de trabajo en proporciones que hoy día muy pocos pueden imaginar.

Con ello comienza para el viejo continente europeo una nueva época. Pueblo y espacio ya no serán en ella meros requisitos, sino los portadores y forjadores de la vida del Estado.

Dr. L. WLADIKIN,

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE SOFIA:

El despertar heroico

El *Nacionalsocialismo* nació como la sublevación de un pueblo orgulloso y creador contra el sistema de *Versalles*. Ambos conceptos son complicados y ricos de contenido. Dicho en pocas palabras: el hecho de que el pueblo alemán volviese a adquirir la conciencia de sí propio, no es sino el despertar nuevo del germanismo que con su fuerza juvenil y su tenacidad, derroca el caduco Imperio romano y abre una nueva era para la Nación alemana mediante la fundación del Sacro Imperio Romano. El mismo espíritu produce en nuestros días la ruina del anticuado sistema liberal-democrático, para edificar sobre sus escombros el nuevo orden de Europa.

El sistema de *Versalles* fué solamente una casualidad, el último acto de una victoria fortuita. Pero por su naturaleza era el resultado absolutamente lógico de la democracia occidental liberal-capitalística y el compendio de todas sus ocultas máculas.

El movimiento de Adolf Hitler triunfó porque era la irradiación de la sana conciencia nacional. En el tumulto de ideales políticos mentirosos y falsos principios sociales, el nuevo Führer hizo oír las escasas cuerdas del antiguo Germanismo que se conservaban puras, y a su eco despertaron lentamente las fuerzas y virtudes del pueblo.

Cuán profundamente ha penetrado Hitler en el alma de su pueblo y cuán exactamente supo apreciar sus fuerzas potenciales, lo demuestran los acontecimientos de los últimos años: la devolución del territorio del Saar, la incorporación de Austria y el país de los Sudetes y, sobre todo, el éxito incomparable de la guerra actual. El Führer ha logrado lo que los mas grandes Monarcas de todos los tiempos sólo soñaron o realizaron nada más en parte. Mis palabras podrían parecer una alabanza exagerada si la realidad histórica no estuviera ante nuestros ojos.

Las victorias del *Nacionalsocialismo* dentro de la propia Alemania no pueden ni siquiera enumerarse en el breve espacio de unas cuartillas. Quien mejor puede apreciarlas es quien haya conocido este país antes y después de 1933. El principio de una oligarquía acomodada que se escondía cómodamente tras los principios del liberalismo fué sustituido por el sistema humano y justo de la unidad nacional. Nunca hubo en Alemania tantos hombres contentos con el fruto de su trabajo como en los años que prece-

dieron a la guerra actual. Así se explica el agradecimiento de los obreros hacia el Führer; por algo acuden a él los intelectuales para que sus ideas sean una realidad. La devoción de la oficialidad y en general de todo el Ejército a su nuevo y querido Führer, así como el entusiasmo de la juventud que idolatra al Führer, son la manifestación magnífica de fusión voluntaria y perfecta del Pueblo y su Führer.

En relación con lo que llevamos dicho queremos formular todavía una pregunta: ¿quiénes son los enemigos de Hitler?, es decir ¿quién habría frustrado las conquistas del Nacionalsocialismo, suponiendo que tal resistencia hubiera podido tener éxito?

En primer lugar existía la Socialdemocracia, entonces poderosa, pero que comprendiendo inmediatamente que carecía de armas adecuadas para la lucha, cedió el campo desde el primer momento.

Quedaron sin embargo aquellos parásitos de la sociedad; provocadores políticos, que detrás de la cortina del Gobierno socialdemócrata, movían los hilos de las marionetas que entonces gobernaban. Una vez retirada la Socialdemocracia se encontró Hitler frente a frente con su enemigo irreconciliable: la masonería judía y los comunistas.

La lucha contra los comunistas dentro de Alemania fué corta. Abandonados de la clase trabajadora que veía realmente defendidos sus intereses en el nuevo régimen, los verdugos fanáticos e incorregibles se retiraron de la tribuna pública. Hitler sin embargo, no cesó en la lucha porque tenía conciencia de su propia misión: librar a la Humanidad de la peste roja de Moscú, para entonces con absoluta tranquilidad emprender la construcción del orden nuevo.

Desde la conquista del Poder hasta la firma del Acuerdo en el verano de 1939, los nacionalsocialistas lucharon incansables contra el bolchevismo con todos los medios de la cultura.

Sabidos son los intentos y los esfuerzos de Hitler para llegar a un acuerdo con *Inglaterra*, con objeto de, una vez cubiertas las espaldas, poder emprender la lucha contra el bolchevismo como *mandatarios* de la Europa civilizada.

Durante algún tiempo los *ingleses* vieron con buenos ojos la misión de Hitler, pero bajo la influencia de judíos y masones el Gobierno de Londres acabó adoptando una postura negativa.

Más aún: Inglaterra comenzó a organizar el cerco de Alemania valiéndose de todos sus Estados vecinos, con el propósito de en un momento dado, que Londres había de señalar, arrojarse sobre Alemania para aniquilarla. ¿Porqué? Porque Alemania había suprimido a los judíos la posibilidad de continuar su vida de parásitos a expensas del cuerpo alemán, porque había disuelto las logias

masónicas que constituían una fuerte organización secreta para detentar de hecho el poder político en el Estado, y en tercer lugar porque el Nacionalsocialismo había desenmascarado a la democracia liberal tras la cual se ocultaba la libre explotación capitalista, anunciando la nueva época de la unidad nacional, en la que cada uno vive de su trabajo y es recompensado según sus prestaciones a la colectividad.

Ahora se han puesto de manifiesto documentalmente los planes demoníacos del bolchevismo y Europa se ha horrorizado. Las «democracias» están ayudando a que fuera un hecho la decapitación de la inteligencia europea y a que la conciencia de los pueblos estuviese sometida al visto bueno de la GPU. Bajo el régimen de una cruel oligarquía bolchevista oculta tras la fachada de la «dictadura del proletariado», los intelectuales que sobreviviesen llevarían una vida meramente vegetativa.

El mundo se admira sin embargo de la *alianza* entre el *bolchevismo* y la *democracia anglo-americana*. Un cierto número de comunistas que todavía no han perdido completamente la lógica, están igualmente estupefactos. A nosotros nos parece muy natural esta inaudita alianza. En primer término es una *tradición diplomática* inglesa hacer uso de todo, incluso de sus propios enemigos, para escapar de un peligro que la amenace. Con sus satélites se comporta según exigen sus auténticos intereses. Inglaterra no vaciló incluso en aniquilarlos abandonándolos a una guerra con una tercera Potencia, para después aprovecharse de su consiguiente debilidad. Inglaterra utiliza a Rusia para salir del mal paso en que se encuentra pensando quizás abandonarla tan pronto como ya no la necesite, pero los Soviets esperan poder engañar a su aliado terminando por bolchevizarlo.

En segundo término, entre las democracias y el bolchevismo median una serie de personas que, en los dos lados, se encuentran como en su propia casa: los judío-masones.

El marxismo es una doctrina netamente judía; el bolcheviquismo como continuación suya también lo es. No debe olvidarse que los promotores de la revolución bolchevista fueron en su mayor parte judíos.

Donde quiera que se encuentran los judíos, parte por interés, y parte por con vencimiento los congrega la común idea: la misión del judaísmo. Por el momento los une también una idea fija: El aniquilamiento de la nueva Alemania. El telégrafo anuncia que en América acaba de aparecer un libro del judío Kaufmann, en el que predica la desaparición del pueblo alemán de la superficie del globo, y ello de un modo cruel y denigrante, digno de un Judas: mediante la esterilización de 100 millones de alemanes, hombres,

mujeres y niños. Aunque con la apariencia de civilización, el judaísmo demuestra haber conservado toda la rudeza de los antiguos semitas. Ya no se trata de derribar al Gobierno de Alemania, sino de *extirpar físicamente* un pueblo altamente dotado y civilizado, de más de 100 millones de almas. Los soldados alemanes cual los esclavos babilónicos, trabajarían toda su vida en la reconstrucción de cuanto la guerra ha destrozado.

Los judíos, y por lo tanto también los bolchevistas tienen entre ellos y los círculos dominantes en los países «democráticos», una clase intermedia de personas altamente influyentes: los *masones*. Es ocioso explicar aquí la directa relación entre judíos, masones y plutócratas por una parte, y judíos, masones y bolchevistas por otra. Sólo recordaremos que el emblema del bolchevismo es la tradicional estrella de cinco puntas de la masonería, con la sola diferencia de que en Rusia es roja y entre los masones y en la Sociedad de Naciones tiene un pentágrama negro.

Hace algún tiempo supo el Mundo que en la Exposición masónica de Burdeos se exhibían dos cuadros del *Presidente Roosevelt* ostentando un alto grado y que en los papeles de la logia masónica de Belgrado se había encontrado una carta del Gran Maestre Duschan Miloschewitsch dirigida a Roosevelt, en la que se decía que Yugoslavia debía su existencia a la intervención amistosa y decisiva de los Estados Unidos en París y se hacían votos por una victoria de las democracias. Es sabido que Wilson era masón y obra de ellos fué, como ahora los serbios confiesan, el despojo de Macedonia y de los territorios fronterizos occidentales. Quiero citar todavía que *poco antes de declararse la guerra actual* se celebró en *Londres* un Congreso masónico internacional. En él se dió la consigna de defender «la paz, la libertad y la democracia», que traducido del lenguaje masónico significa: mantener la paz durante algunos años hasta que los enemigos de la Alemania hitleriana estén armados, para entonces caer sobre ella y aniquilarla, consiguiendo al mismo tiempo prolongar indefinidamente la injusticia internacional del sistema de Versalles, manteniendo la *orgia capitalista* y el control de los Gobiernos en manos de la masonería.

Con estas tres consignas judío-masónicas alentaron las democracias a la Unión Soviética para que preparase su ofensiva contra Europa.

La visión genial de Adolf Hitler y el sacrificio de sus Cruces de Hierro, de los soldados alemanes, han salvado a Europa de la pesadilla de esta invasión, del peligro de que se perpetuase la democracia hipócrita, del parasitismo del judío internacional, de la explotación por parte del capitalismo liberal y del dominio secreto de la masonería.

Inglaterra discute

Desde las filas de los intelectuales ingleses se combaten constantemente en los últimos tiempos los fines de paz tanto de Churchill como de Roosevelt, censurándoles el haber introducido la confusión y la discordia en los espíritus. Al principio la crítica se dirigía preferentemente contra las manifestaciones externas; se hicieron chistes acerca de la voz de ultratumba con que Attlee leyó la declaración sobre los citados fines de paz y se criticaba todo el solemne misterio de que se rodeó la entrevista del Atlántico, que hizo concebir al pueblo, esperanzas en acontecimientos de mucho mayor alcance. «El desencanto que provocó la excesiva teatralidad de la noticia, unido al hecho de que para muchos tal secreto había ya dejado de serlo, desató una corriente de indignación contra el Ministerio de Información; incluso parece que el achacoso Brendan Bracken llegó a amenazar al primer Ministro con la dimisión de su cargo», todo ésto según una información del semanario «News Review». Con la vuelta de Churchill se desencadenó en toda la Prensa y sobre todo en las columnas del «Times», una campaña acerca de la desconfianza que inspiraban los Estados Unidos en punto a su capacidad militar, sus posibles prestaciones en orden a la guerra y el grado de preparación que poseyera para ella. La explosión de este malestar largo tiempo contenido fué animado en la primera época desde las altas esferas políticas. El tema americano cayó también en el olvido después de que el Gobierno inglés se vió obligado a desmentir la noticia divulgada por todo el Mundo desde los corrillos de Washington, de que Lord Beaverbrook había amenazado con un acuerdo de paz por parte de Inglaterra caso de que los Estados Unidos no declarasen la guerra a Alemania en un plazo de 30 días. Ahora se dirigía el descontento ante todo contra los ocho puntos mismos. Ellos tuvieron la culpa — según se decía en un análisis de la opinión que llevó a cabo el semanario conservador «Sphere» — de que al comienzo del tercer año de guerra todos los ingleses reflexivos se hallasen en una situación de «extraordinario confusión». Inglaterra vivió el verano siguiente bajo el influjo de la teoría representada por Vansittard, de la enorme responsabilidad de todos y cada uno de los alemanes por el estado de cosas actual, hasta el punto de que la mayor parte de la opinión llegó al convencimiento de que «la raza alemana tenía la culpa de la miseria que había padecido Europa durante cerca de medio siglo» y que por ello se imponía la necesidad de

exterminarla totalmente. Ultimamente también se ha quebrantado este frente único, tan «espiritual», ya que de alguno de los ocho puntos se deduce el propósito de Churchill y Roosevelt de que los alemanes tras de su derrota puedan seguir viviendo, naturalmente desarmados y sometidos a una policía anglo-americano-soviética, pero sin embargo «libres de temor y necesidad». Podemos afirmar que así como en las capas medias y superiores de la población inglesa ha tenido gran éxito la furibunda campaña de odio y exterminio contra Alemania, realizada durante el verano, en cambio la propaganda dirigida al pueblo trabajador en la Prensa, la radio, libros, sermones y discursos no ha encontrado apenas eco. Frecuentemente se oyen quejas sobre la falta de un «odio sano» en las clases inferiores. En general los informes recientes relativos al estado de la opinión señalan la necesidad urgente de renunciar a los tópicos de odio y crueldad porque las clases inferiores están realmente cansadas de tales propagandas. En cambio son de gran efecto entre los habitantes de los distritos industriales y portuarios bombardeados. Para estas gentes, escribía hace poco tiempo J. B. Priestley en un artículo sobre propaganda interna, la demostración histórica de Vansittart de la maldad incorregible de los pueblos centroeuropeos, tiene tan poco interés como el dogma del pecado original. No ven ninguna contradicción en el programa de los ocho puntos, porque no les dice nada en absoluto. En relación a la época de la posguerra sólo les interesa su propio futuro y éste lo ven muy negro. Los Institutos científicos para la observación del estado de opinión popular que proporciona estadísticas al Ministerio de Información anuncian «un pesimismo económico creciente en un gran número de los distritos observados en todo el país».

Fata Morgana en el Este

Son hoy muy escasos los ingleses con espíritu independiente, entre las clases cultas, que se preocupen del porvenir de su propio país. No se presta atención al estado de ánimo del pueblo desde que oficialmente comenzó a hacerse propaganda en favor de Moscú y se pretende estimular al obrero de la industria de armamentos hablándole de la necesidad urgente que tienen los Soviets de tanques y aeroplanos. Todos los planes sobre la nueva Arcadia que será Inglaterra después de la guerra, las discusiones sobre la supresión del paro obrero, la defectuosa alimentación en los barrios míseros, la estatificación de la industria, los latifundios y los Bancos, la demoralización de Eton, del servicio diplomático y la oficialidad militar, todos estos temas desaparecieron de la noche a la

mañana al comenzar la campaña en el Este. Fueron sumidos en la ola de optimismo que inundó los espíritus ingleses al fin del verano. Ya no eran necesarios porque volvía a renacer la ilusión de que el orden mundial que se conmovió en Dunquerque sería consolidado de nuevo; otra vez había un frente en Europa contra Alemania y un aliado capaz de luchar. Incluso era mejor olvidar todo aquello ya que ahora más que nunca estaban controlados los agitadores comunistas. Por lo demás muy pocos eran los que se sentían repelidos por la ideología de los nuevos aliados. Churchill los había llamado campeones de la civilización, el «Times» defensores de la libertad y el Arzobispo de Canterbury apoyo del Cristianismo (!). En fin de cuentas, llegó a escribirse en algún sitio, el antiguo régimen zarista nunca había sido completamente del agrado de los ingleses. Se volvía a repetir la Historia, sólo que esta vez había sido Francia la que cayera prematuramente y en cambio la Unión Soviética la que prometía resistir. No podemos expresar cómo crecieron las esperanzas del inglés conservador de tipo medio en aquellos días: era comparable al delirio de una masa supersticiosa ante un supuesto milagro; y como un «milagro del Cielo» ha sido calificada a menudo la guerra en el Este por los círculos oficiales. El futuro historiador podrá ocuparse en poner en relación este fenómeno psicológico con la realidad política y militar; pero los hechos apenas han jugado ningún papel. La propaganda inglesa sobre la que actuaron el aluvión impresionante de material soviético y el súbito contacto con el Este como una fiebre infecciosa, sirvió para engañar a ambos pueblos contando con el apoyo oficial. Sólo semanas más tarde emprendió de nuevo una ruta independiente y calculada. Pero hasta entonces la mayor parte de las clases superiores inglesas había estado completamente de acuerdo con la necesidad y posibilidad de un total aniquilamiento de Alemania, acompañado de una campaña destructora de la aviación inglesa que convirtiese a Berlín en un Londres, el territorio del Ruhr en un Coventry, y Hamburgo en un Bristol. Creía de buena fe que en los campos de batalla del Este había quedado la flor del Ejército alemán y lo mejor de su material bélico. Creía que la revolución se cernía sobre Alemania. Esperaba una invasión inglesa en Europa y la exigía cada vez más impaciente conforme los meses pasaban en vano. Creía en la entrada inmediata de América en la guerra. Creía pensando siempre preferentemente en buscar paralelos con el pasado, que se había alcanzado un estadio de la guerra como el de agosto de 1917 o quizás el de la primavera de 1918; y cuando en el mes de agosto, esta ilusión como todas las demás desapareció definitivamente «los ánimos cayeron en una sorprendente confusión».

¿Dirección política de la guerra?

En ninguna otra parte se manifiesta con tanta fuerza como en la lucha en torno a la interpretación de los ocho puntos y en la búsqueda de una fórmula fundamental de una «dirección política de la guerra» contra Alemania que con su fuerza misteriosa habría de reemplazar a la victoria de las armas. Los debates que se han desarrollado a través de la sección de correspondencia del «Times» y en otros lugares abiertos a la opinión pública, ofrecen un espectáculo no menos interesante que el estrépito de esperanzas que le precedió. Políticos, profesores, altos eclesiásticos analizan la cuestión entre infantil y académica, ya discutida por sus conciudadanos al principio de la guerra, de la diferencia entre «nazi» y «alemán». Afirman seriamente una y otra vez que de la contestación que se dé a esta pregunta depende la salida de la guerra y la suerte de la Humanidad. La propaganda se ha convertido para ellos en un fetiche, una palabra mágica. Súbitamente el destino de la Humanidad no va a decidirse ya en el frente del Este, ni en los mares en torno a las Islas, ni en los tornos de las fábricas, ni en las mesas de los periodistas americanos, sino en un mágico laboratorio futuro donde será preparado un veneno que matará al enemigo con solo vertérselo por el oído. Unos opinan que la parte principal ha de consistir en promesas, pero hay signos de que la parte más numerosa de los fetichistas de la propaganda esperan conseguir la deseada «revolución» en Alemania, no mediante promesas sino con amenazas. La receta de estos últimos es la siguiente: Hay que presentar a los alemanes el negro porvenir que les espera a ellos, sus mujeres y sus hijos, de un modo ineluctable, repetírselo continuamente con los más vivos colores, para que llegue por fin un día en que, debido al miedo y a la desesperación, derriben a su Führer y se entreguen a nosotros «con lo que no obtendrán ni recompensa ni conmiseración» («Times» 22 de septiembre). Esta idea de la propaganda como medio para el suicidio voluntario del enemigo — a ejemplo de la serpiente hipnotizada que por la mirada del hipnotizador se encuentra paralizada y se entrega sin resistencia — ejerce una sorprendente fascinación sobre los intelectuales ingleses. El pensamiento fundamental es el mismo que el de los ocho puntos: Alemania no puede ser vencida militarmente, tiene que entregarse; pero la consecuencia final elude el dilema insoluble en el que se hallan sumidos todos los políticos ingleses frente a Alemania; y ante esta imposibilidad muchos se entregan en brazos de este loco absurdo.

La desaparición de todas las ilusiones que pusieron en su camarada del Este, que vendrá a sumarse al cúmulo de sueños y esperanzas, acabará de completar la confusión de los espíritus.

De la libertad del nuevo hombre

En todo el mundo van despertando los pueblos cuyos Estados se liberan poco a poco de los anticuados valores supra-nacionales de la democracia.

En la preparación del ocaso de la libertad se apacigua la pasión del momento actual y el espíritu de resistencia.

El nuevo hombre que está a punto de formarse estará impregnado de la alegría, abierta y fuerte, que poseían los últimos guerreros de Europa que presenciaron la invasión de los hunos o la de los mercenarios de Oriente.

Pero nada de lo pasado volverá. Como no volvió el paganismo. Y Grecia permanecerá eternamente siendo unas ruinas a la sombra del Olimpo.

El tiempo borra y transforma todo. Volverán los antiguos dioses, pero con nueva fisonomía. Únicamente su poder sobre los humanos y su sonrisa para los pecados de la historia seguirán siendo los mismos. Pero volverán, estad seguros de ello.

Un nuevo hombre está naciendo. El es el Mesías del imperio de la libertad efectiva. Posee la cólera y el orgullo titánico de todos los héroes. Hay que ser guerreros. Los pueblos han de estar inspirados por las potencias demoníacas si quieren conquistar y conservar un puesto en el mundo. Es la última victoria, la definitiva. Es indiferente el modo de llevarlo a cabo, si ha de ser por la espada o por el romanticismo revolucionario. Lo importante es sostenerse incommovible en las barricadas, mantenerse fiel al legado de los antepasados. Este valor y esta lealtad son las mas altas virtudes de la época presente. Sobre ellos descansa la nueva Nobleza, la alianza de los ebrios de destino.

Nuestra esperanza está en ella, en la voluntad de los hombres del porvenir, alegres de vida y de acción, dotados de poder de originalidad. Si esta vez no triunfa el nuevo hombre volverán a dominar la plebeyez y la imbecilidad. Nuestro momento crucial perderá su tono heroico. Ya no volverán entonces los viejos dioses. La Europa que nace ha de permanecer, pues, vigilante. Tiene que familiarizar a su juventud con el mito de la lucha y la muerte. Ha de hacerse así para que después no sea demasiado tarde. Por encima de todo hemos de proseguir hoy, sin vacilaciones ni contemplaciones, por el camino que conduce a la victoria.

MARCO AURELIO:

El camino hacia el todo

O admitimos que el Mundo es una caos desordenado de átomos o que, por el contrario, constituye un todo ordenado; en este último caso se deduce inmediatamente que yo, como hombre, soy una parte de ese todo gobernado por la Naturaleza, y por consiguiente, me hallo en íntima relación con todas las demás partes. Reflexionando atentamente sobre ésto es indudable que yo no puedo estar nunca descontento con lo que pueda atribuírseme en cuanto parte de ese todo ya que éste no puede contener nada que vaya contra su propia naturaleza. Todos los seres naturales tienen la característica común de no poder ser obligados por una causa externa a ellos, a producir nada que pueda serles perjudicial. En la idea de considerarme como parte del todo va implícita esta otra: la que ha de satisfacerme cuanto provenga de él. Pero por estar en estrecha correspondencia con las demás partes que me son iguales, yo nunca haré nada que vaya contro el todo, sino antes bien, respetaré a mis prójimos y dirigiré todo mi esfuerzo en favor del *máximo bienestar general*, absteniéndome de realizar acciones contrarias a él. Con tales principios de vida mi existencia transcurrirá feliz, todo lo feliz que puede ser la vida de un hombre que hace el bien a sus semejantes y gustosamente preste al Estado cuanto de él exige.

Todo en el Mundo sigue el mismo movimiento cíclico, ascendente y descendente, de eternidad en eternidad. O la suprema razón del Universo ordena cada uno de sus cambios, y en este caso sea bienvenida la causa que los provoca, o ha actuado solamente una vez y todo lo demás acontece de un modo fatal, sucediéndose invariablemente uno tras otro, o finalmente el todo es sólo un caos de átomos. Si suponemos que hay una divinidad, todo está bien; pero si admitimos sólo el acaso, el hombre se convierte en un esclavo de la fortuna. Si los dioses deciden sobre mí y mi destino, la decisión es buena, pues la idea de un dios que no sea prudente es absurda. ¿Por qué razón iban los dioses a querer hacerme mal? ¿Qué beneficio podría resultar de ello para los dioses o para el todo que constituye su preferente preocupación? Caso de que los dioses no hayan determinado nada sobre mí en particular, es indudable que lo habrán resuelto sobre el todo en general, y entonces yo debo aceptar complacido mi destino derivado del todo. Si supusiéramos, lo que sería de ateos, que los

dioses no determinan sobre nada, ¿qué sentido tendrían nuestros sacrificios, nuestras oraciones, nuestros juramentos, todas nuestras acciones basadas precisamente en la creencia en una comunidad actual y viva con los dioses? Si los dioses no interviniesen en nada absolutamente de lo que nos atañe a los hombres, entonces estaría en mi mano autodeterminarme y reflexionar acerca de lo que me es conveniente. Pero a cada ser es conveniente lo que está de acuerdo con su naturaleza y sus disposiciones, y mi naturaleza es racional y destinada a la vida en sociedad.

Tú habrás visto muchas veces una mano, un pie o una cabeza cortadas y separadas del cuerpo; exactamente igual se comporta aquel que protesta contra su destino, vive solitariamente o comete acciones perjudiciales para el interés general. Tú también en cierta medida te has distanciado de la *unidad natural*; eras una parte incorporada a ella y te has separado tú mismo. ¡Pero siempre tienes abierto el maravilloso camino para reunirte de nuevo con ella! A ninguna otra parte de la naturaleza ha concedido la Divinidad esta posibilidad de poder fundirse nuevamente con el todo después de haber estado separado y amputado. Aprecia debidamente el privilegio que la Divinidad ha concedido al hombre; ha puesto en su mano ambas posibilidades: la de evitar desde el principio la separación respecto del todo, y si era tarde, una vez efectuada ésta, poder unirse de nuevo a él, volver a encarnarse en él y recobrar su posición como parte del todo.

Separar una rama de otra supone necesariamente separarla del árbol. Así también un hombre que se disocia de uno de sus semejantes se aparta de toda la sociedad. La rama es arrancada del árbol por una mano extraña, pero el hombre se elimina él mismo de sus semejantes por el odio y la repulsión, sin pensar que instantáneamente queda fuera de la comunidad. Sin embargo la divinidad que rige la sociedad humana nos ha concedido el que la rama pueda injertarse de nuevo en el árbol y convertirse de nuevo en una parte complementaria del todo. Pero como es lógico cuanto más frecuentemente se produzcan tales separaciones más difícil será volver a reunir las partes separadas. E indudablemente existe una diferencia entre la rama que desde el principio creció con su propio tronco y se mantuvo siempre unida a él y aquella otra que fué primero podada después reinjertada. Pues como sabe cualquier jardinero, esta última, es verdad que crece con el tronco, pero ya nunca vuelve a fundirse por completo con él.

Como tú eres una parte integrante de la sociedad humana, cada una de tus acciones es una parte alicuota de la vida política.

Si alguno de tus actos no tiene una relación, próxima o remota con el fin del bien común, altera la vida del todo e impide su unidad; es tan perturbador como el hombre que en una reunión hace imposible con su presencia la unanimidad.

La razón universal exige la sociabilidad. Así los seres imperfectos se producen y congregan alrededor de los perfectos y éstos a su vez se agrupan entre sí armónicamente. Tú ves como todos los seres están jerarquizados, cada uno recibe un puesto de acuerdo con sus méritos y los más elevados están ligados mediante la consideración recíproca.

¡Vivir en comunidad con los dioses! Esto solo lo consigue quien les muestra siempre un alma contenta con su suerte y obra en todo momento como le dicta el Genio, es decir, aquella partícula de la propia Divinidad que ésta le dió para que le sirviera de faro y guía. Esta existe en toda razón.

Quien comete una falta, se falta a sí mismo; quien comete una injusticia, se injuria a sí mismo, en cuanto el mismo se rebaja moralmente.

¡Qué diferentes el vuelo del proyectil y el de la inteligencia! Sin embargo el espíritu se mueve tan en línea recta y tan derecho a su meta lo mismo cuando bordea un obstáculo que cuando se dirige apresuradamente hacia él.

El hombre que dice: «Estoy resuelto a hablar contigo sin falsedades» es un mentiroso redomado. ¿A qué viene esta innecesaria introducción? En vez de ella hay que demostrar que se lleva grabada la confianza en la frente y que resplandece en los ojos, lo mismo que se lee inmediatamente el amor en la mirada de la novia. En general el hombre bueno y honrado ha de comportarse dentro de su manera de ser, analogamente al malvado en la suya, de modo que todo el que se acerque a él le conozca inmediatamente, quiéralo o no. Una falsa sinceridad es como un puñal oculto. Nada más temible que la amistad del lobo. Evítala a toda costa. Al hombre bueno y sencillo se le conoce desde el primer momento en la mirada.

Los pitagóricos enseñaban que debía contemplarse todas las mañanas el cielo para tener presente no sólo aquel ser que lleva a cabo su obra de un modo inmutable, sino también su orden, su pureza y su manifestación evidente, ya que no existe ningún velo capaz de ocultarnos los astros.

El tiempo y el destino

La manifestación más pura de lo humano es la acción.

*

El hombre debe llevar uniforme desde su juventud, para acostumbrarse a obrar en común, a considerarse igual entre sus iguales, a obedecer en masa y trabajar dentro de un todo. Todo uniforme desarrolla además espíritu militar y provoca un comportamiento rígido y estricto, porque todos los jóvenes son por sus cualidades innatas soldados; basta observar sus juegos violentos de luchas y peleas.

*

No nos hace libre el no querer reconocer un poder superior a nosotros, sino por el contrario, el adorar lo que está por encima de nosotros. Pues cuando nosotros adoramos ese algo superior nos elevamos hasta él y a través de nuestro reconocimiento manifestamos llevar en nosotros mismos ese espíritu superior y ser dignos de asemejarnos a él.

*

Desde mi juventud la anarquía ha sido para mí más temible que la muerte misma.

*

Todos no podemos servir a la patria de la misma manera, sino que cada uno actúa lo mejor que puede según las dotes que Dios le ha dado. Durante medio siglo yo he vivido duramente, dedicando el día y la noche a aquellas tareas que por su naturaleza requerían solo la mitad de este esfuerzo; no me concedía ningún descanso ni diversión alguna, sino que siempre me esforcé por hacer cuanto pude y lo mejor que pude. Si cada uno pudiera decir otro tanto de sí, todo estaría de la mejor manera.

*

Tengo el firme convencimiento de que nuestro espíritu es un algo de naturaleza indestructible, actuando eternamente. Es parecido al sol que ante nuestros ojos terrenales parece morir todos los días y sin embargo, en realidad continúa luciendo eternamente.

*

Creo que los hombres llevamos en nosotros una chispa de aquella luz eterna que luce en el fondo del Ser, la cual sólo de lejos nuestros débiles sentidos pueden presentir. Nuestro más alto deber es animar esta chispa, corporeizando en nosotros la Divinidad.

LUDWIG VAN BEETHOVEN:

Palabras de un hombre heroico

La fuerza es la moral de los hombres que se destacan de todos los demás y también la mía.

*

Con valor se triunfa en todas partes, si además se es justo.

*

No hay nada más elevado que acercarse a la Divinidad más que los restantes hombres, y desde allí esparcir los rayos de la Divinidad sobre toda la Humanidad.

*

El espíritu es el que reúne a los hombres mejores y más nobles, el tiempo nada puede contra él.

*

El espíritu debe levantarse del suelo adonde le arrojó un día el rayo divino, y análogamente al campo que recibe la semilla del labrador, florecer y dar ubérrimos frutos remontándose por encima del origen que le engendró.

*

Nosotros, mortales, dotados de un espíritu infinito, hemos nacido sólo para sufrir y gozar, y hasta podría decirse que los más escogidos reciben alegrías a través de los dolores.

*

No eres hombre para ti, sino para los demás; para ti no hay otra felicidad que la que radica en ti mismo, en tu arte. ¡Oh Dios mío, dame fuerzas para vencerme! ¡No hay nada que me una a la vida!

*

Solo el Arte y la Ciencia elevan al hombre hasta la Divinidad.

*

Qué feliz soy cuando puedo andar por los bosques, por los matorrales, bajo los árboles, por las rocas; nadie puede amar el campo como yo; hay sin embargo bosques, árboles y rocas que son como un eco, un reflejo, de lo que el hombre desea.

*

Cuando al atardecer contemplo atónito el cielo y la multitud de astros luminosos, soles o mundos, moviéndose eternamente en sus órbitas, mi espíritu se remonta sobre todos estos millones de estrellas hasta la causa remota de donde proviene todo lo creado y de donde por siempre en el futuro procederán.

La Audacia

«La hora es vuestra; lo que ésta sea lo será por vosotros.»

La audacia es para todo soldado, desde el último trompeta hasta el general, la virtud más notable, el acero magnífico que da a las armas su filo y su brillo.

Reconozcámoslo: la audacia en la guerra tiene incluso privilegios propios. Sobre los resultados del cálculo en cuanto al tiempo, el espacio y las magnitudes hemos de tener siempre presentes determinados porcentajes que la audacia obtiene de su superioridad sobre los débiles. Se trata por consiguiente de una verdadera *fuerza creadora*. Incluso filosóficamente no es difícil de demostrar. La Audacia frente a la vacilación tiene necesariamente todas las probabilidades del éxito, ya que la vacilación constituye por sí misma un equilibrio perdido. Sólo cuando se enfrente con una previsión inteligente se podría decir que, en igualdad de fuerzas, la audacia estaría en desventaja; pero éstos son casos rarísimos. En la mayoría de los casos la cautela es solo cobardía.

Cuanto más se asciende en la escala del mando, más necesario les es a los espíritus superiores ir dejando a un lado la audacia, para que no sea un impulso ciego de la pasión, carente de sentido; cada vez menos está obligado al propio sacrificio; en cambio se debe a los demás, a su conservación y al bienestar del todo.

¡Feliz el Ejército que da frecuentes muestras de una audacia espontánea! Es una prueba de fuerzas suprabundantes, es el testimonio de un subsuelo potente. Hasta la audacia loca, es decir, la audacia sin objeto, no debemos despreciarla nunca; en el fondo es la misma fuerza del espíritu, pero sin la asistencia de la reflexión, nacida sólo a impulsos de la pasión. Únicamente donde la audacia se rebela contra la obediencia contraviniendo órdenes superiores explícitas, ha de considerarse como un peligroso mal, pero no por ella en sí misma, sino por la indisciplina que supone, ya que en la guerra no hay nada superior a la obediencia.

El lector será el primer convencido de que supuesto el mismo grado de inteligencia para la guerra, es mil veces más perturbador el miedo que la audacia.

La audacia guiada por una inteligencia poderosa constituye el sello del héroe; esta audacia no consiste en una osadía absurda contra la naturaleza de las cosas, o en la vulneración estúpida de las

leyes de la probabilidad, sino en el apoyo eficaz de aquel cálculo elevado que el genio ha realizado rápida y semiinconscientemente cuando decide su elección. Cuanto más audaz es el espíritu y la comprensión de las cosas, más completa es la visión de ellas y más ricos sus resultados; pero desde luego siempre ha de tenerse en cuenta que las grandes metas van acompañadas de los grandes peligros.

Si un joven para mostrar su habilidad en la equitación salta sobre un profundo abismo, es *audaz*; si realiza el mismo salto para salvarse de sus perseguidores que pretenden cortarle la cabeza, es solamente *decidido*. Cuanto menos imperioso es el obrar, mayor es el número de circunstancias que pasan por el cerebro y de las cuales se es consciente, tanto menos audaz es el obrar. Cuando Federico el Grande en el año 1756 consideró la guerra como inevitable y estimó que sólo podía escapar a su ruina adelantándose a sus enemigos, le fué *necesario* empezar la guerra, pero al mismo tiempo fué muy audaz pues escasos hombres en su situación se habrían decidido a obrar como él lo hizo.

Así pues, creemos que no puede existir ningún general que no tenga audacia es decir, que nunca podrá llegar a serlo un hombre que no posea aquella fuerza del espíritu innata que hemos considerado como la primera condición de esta profesión. La segunda cuestión a examinar es qué parte en esa cualidad es innata y cuál puede ser adquirida por la educación y perfeccionada en el curso de la vida, cuando el hombre ha alcanzado uno de tales elevados puestos. Cuanto mayor sea esa fuerza, más fuerte será el impulso del genio y a mayor altura se remontará... La osadía crece continuamente pero la meta se eleva también. Para la crítica es igual que se trate de Federico o de Alejandro, es decir, que se recorra un camino dictado por la necesidad o que se persiga una meta que nos puso la propia ambición. El último atrae más nuestra fantasía porque es más audaz, el primero satisface más a la razón porque posee más íntima necesidad.

Pensemos ahora en una circunstancia importante.

El espíritu audaz puede animar a un ejército o porque exista ya en el pueblo a que éste pertenece o porque se haya formado en el curso de una guerra victoriosa bajo un mando audaz. En este caso se carecerá de él al principio.

En nuestro tiempo no queda otro medio que educar el espíritu del pueblo en este sentido, preparando al mismo tiempo unos mandos audaces. Sólo por ella podrá ser compensada aquella debilidad de ánimo, aquella inclinación a la comodidad y a la molicie que un bienestar creciente y una relación intensa con otros pueblos, comunica a la nación, rebajando sus buenas cualidades.

La Patria espiritual

Una conversación política.

Federico: Cuántas personas consagran su patrimonio y sus años juveniles a prepararse para servir al Estado; en nuestro país nadie deja de cumplir sus deberes militares; la vida puramente privada puede decirse que ha dejado de existir. Nuestra actividad pertenece en sí por sí principalmente a la comunidad.

Carlos: ¿Y qué es lo que recibe el individuo a cambio de estas prestaciones?

Federico: En el Estado justo el hecho de pertenecer a él constituye ya su recompensa; el individuo no piensa en escapar a él, sino que comprende su necesidad; no hay para él una existencia meramente privada; el hombre no sería lo que es, si no perteneciese a un Estado determinado como a su Patria espiritual.

Carlos: ¿Y en qué crees tú que descansa esta relación de cada uno con el todo?

Federico: A grandes rasgos consiste en que todos y cada uno llevamos arraigada la idea del Estado y sentimos en nosotros mismos algo de su vida espiritual, en que nos sentimos miembros del todo y tenemos amor hacia él y en que este sentimiento de la comunidad es más fuerte que el de los particularismos provinciales, locales o individuales.

Carlos: ¿Qué medios tiene a su disposición el Estado para conseguirlo?

Federico: Toda fuerza estatal ha de ser hoy día bienhechora; existe absoluta unanimidad en considerar que todo su poder se apoya en el bienestar general. Pero esta fuerza ha de mostrarse además justa. Ha de cuidar de que se la conozca, de que se sepa lo que hace, y que cada individuo se halle convencido de que sus asuntos propios en tanto concuerdan con el interés de la colectividad son llevados de la mejor manera. El éxito está conseguido en cuanto cada uno actúa en esta dirección movido por un íntimo impulso. El deber coactivo se ha elevado transformándose en autonomía; el mandato en libertad.

Carlos: ¿Exigirías tú también patriotismo en la vida cotidiana?

Federico: Indudablemente. Ha de existir en la vida ordinaria para que no falte en los momentos extraordinarios. En cierto

sentido debe constituir el patriotismo el principio absoluto de las acciones humanas.

Carlos: Tú haces del hombre en todos sus aspectos un ser político.

Federico: Estoy absolutamente cierto de que, no en las formas constitutivas, pero sí en el mantenimiento del bienestar público, el desarrollo de las particularidades personales depende de la parte que se tome en el todo común.

Carlos: Luego entonces, tú llegarías a exigir una participación inmediata formal del individuo, en forma de colaboración en las deliberaciones, resoluciones.

Federico: No niego que pudiera ser provechoso; pero sin embargo si consultamos la experiencia, no podrás dejar de reconocer que es impracticable como regla general. Incluso temo que no fuese viable. Hay algo que pugna con el espíritu de nuestras monarquías.

Carlos: Tengo curiosidad por saber dónde encuentras el espíritu de nuestras monarquías.

Federico: No vayamos demasiado lejos pues entonces tendríamos que investigar relaciones de la política, del Derecho y de la Historia. Manteniéndonos en el campo de la Administración te daré la siguiente respuesta: el sentido de las formas monárquicas radica en el principio de «cada uno en su puesto».

Carlos: ¿Pero tendrás que confesar que ésto no ha ocurrido jamás?

Federico: La realización efectiva depende de innumerables circunstancias. Pero el sentido y la tendencia han existido siempre.

Carlos: Temo nuevamente que favorezcas el despotismo. ¿Porqué no han de participar todos en las decisiones, en cuanto estén capacitados para ello? ¿Porqué ha de condenárseles a obedecer?

Federico: No todos han de realizar todos los trabajos, como ya decía Platón. Existen incontables ramas de la actividad humana, y el maravilloso secreto de la Naturaleza es que constantemente crea otras nuevas para cada tipo de inteligencia. El interés general exige que cada cual se dedique a la suya. Nada más perturbador para un poeta que llevarle a un Consejo deliberante. La ventaja de la vida en sociedad es precisamente que existen actividades privadas llenas del espíritu del Estado pero que nada tienen que ver con las funciones rectoras del mismo.

Carlos: Eludes tratar el problema de la obediencia.

Federico: Se habla muchas veces como si los que ocupan el Gobierno perteneciesen a una especie zoológica distinta de la

humana. Pero yo te pregunto ¿quiénes son los gobernantes, los dirigentes? ¿No proceden directamente de la Nación? Yo no comprendo como puede anularse por completo el egoísmo cuando por ejemplo en una familia compuesta de un cierto número de hermanos y parientes, uno se dedica a la industria, otro al comercio, un tercero a la enseñanza, otro a la agricultura, etc., etc., y uno de ellos por su capacidad llega a elevarse hasta las tareas del Gobierno, donde ha de cuidar en definitiva de los intereses comunes y por tanto también de los de sus familiares. Ha de costarle gran trabajo lograrlo. Gobernar no consiste solamente en dar órdenes, satisfacción que quizás podría bastar a un pequeño vanidoso. Gobernar es el difícil arte de dirigir acertadamente los asuntos comunes, lo que no puede conseguirse sin un gran talento innato, intensa formación y larga práctica. Comparada con las demás actividades de la vida es probablemente la más difícil de todas. Exige una visión profunda del presente y una absoluta libertad de espíritu para dar a luz nuevas creaciones. ¿Consideras como una desgracia que tales funciones sólo se entreguen a aquellos que las entienden? Es la elección, dentro de la Nación, de los más capacitados que han sabido adquirir la necesaria formación.

Carlos: ¿Pero seguramente conocerás pocos hombres que merecen ser obedecidos?

Federico: La Naturaleza, siempre sabia, cuidará de que lleguen a tales puestos. Es solo un problema de encontrar a tales hombres.

Carlos: Pero también es necesaria una limitación en la tendencia innata en los hombres a envanecerse de su poder.

Federico: No puede arreglarse todo desde la cúspide y de una sola vez. Hay muchos sectores en los cuales lo más deseable es la espontaneidad en los movimientos vitales. Tampoco quiero decir con esto que dicha forma sea perfecta en sí y por sí; puede degenerar de mil maneras. Lo que me parece evidente es que tal institución esta fundada en la naturaleza de las cosas, animada por la idea de nuestras monarquías y capaz así de un desarrollo grandioso.

Carlos: Partiendo del individuo privado has llegado tu a postular, convencido de que es la mejor solución, una subordinación basada en la buena voluntad.

Federico: Esta voluntariedad compensa todas las prestaciones. Las aspiraciones públicas y las privadas coinciden por completo consideradas desde un punto de vista superior. Las privadas reciben nuevo impulso del desenvolvimiento de las públicas; el bien

común surge de los privados. En todos ha de vivir la personalidad espiritual del Estado.

Carlos: Tú dices: «ha de vivir». Sin embargo yo encuentro que en muchos casos no vive.

Federico: Depende del grado de vitalidad con que los ciudadanos sientan el Estado. Naturalmente existen diferentes grados y matices.

Carlos: ¿Qué gradación existe entre unas vidas y otras?

Federico: Te lo indicaré haciendo uso de un símil. Para mí existe la misma diferencia que entre la salud y la enfermedad. Un cuerpo sano está en posesión de todas sus fuerzas, de todos sus miembros; no acusa la influencia de los elementos externos o los soporta sin dificultad; un cuerpo débil o enfermizo padece ante ellos o incluso sucumbe. Un todo político sano hace vivir el Estado en todos sus miembros. Descansa seguro en su principio. El mundo desgarrado por los Partidos le afecta en cuanto a sus límites pero no en su interior. Cuando se siente demasiado vivamente por lo que le sucede al prójimo, no pertenezca a sí mismo y es también directamente afectado.

Carlos: ¿Hasta qué punto sería posible un perfeccionamiento constante del Estado? ¿Esto sería admitir el progreso?

Federico: ¿Admitirle solamente? El Estado tiene una existencia viva y conforme a su naturaleza está destinado a un desarrollo incesante, a un progreso incontenible.

Carlos: ¿Hacia qué ideal?

Federico: Toda vida lleva su ideal en sí: el impulso íntimo de la vida espiritual es el movimiento hacia la idea, hacia una mayor depuración. Este impulso es innato, arraigado en su mismo origen.

Carlos: No negarás, sin embargo, que muchas veces se producen detenciones, errores, e incluso retrocesos.

Federico: ¿Cómo habrían de faltar tratándose de la vida humana? Pero no ha de perderse el ánimo; si nos mantenemos fuertes, séran solamente dificultades pasajeras.

Carlos: De todos modos no puedo comprender cómo podrá superarse la deficiencia de tu Gobierno al carecer de todo contrapeso formal.

Federico: No olvides que hay un espíritu de la comunidad del cual no es fácil prescindir. Podrá ser atenuado; pero mientras existan algunas energías vitales resurgirá de nuevo, recobrará la supremacía y, en definitiva, acabará por dominarlo todo arrastrándolo tras de sí.

Movilización de Corazones

Esta es guerra de ideales y de pensamientos. Lucha en ella el gran dilema contemporáneo del materialismo y del espiritualismo. Las guerras de este tipo son a menudo, como clases prácticas y experimentales, donde se resuelven definitivamente las disputas de cátedra. Así el Alcázar de Toledo ha resuelto más rotundamente que ningún libro ni ninguna conferencia el problema de la primacía de lo espiritual, refutación suprema del marxismo. El mundo ha asistido a un gran experimento, a una gran medición de densidades y de fuerzas: y hemos visto, dándole la razón a toda la Historia de España, sobrenadar los eternos valores del espíritu sobre los valores de la técnica del cálculo y de la materia.

No hemos de hacernos nosotros más chicos cuando la guerra se hace más grande. Dios nos reparte otra vez un magno y doloroso papel de redención histórica. España va a luchar otra vez, toda, con su mar y su tierra, por un supremo ideal de dimensiones ecuménicas. En adelante esta guerra no se va ya a poder medir con vara de mercader. Habrá que medirla con rayos de sol, con distancia de estrellas... No seamos, pues, indignos de la guerra cuando la guerra empieza a ser digna de España.

Porque no se muere del todo cuando se muere en la guerra. Están naciendo ahora tantas cosas grandes, que por muchos que mueran, lo que nace es más que lo que muere; y la hora más que a responso de difuntos, suena a villancico de Natividad. Las tumbas, en medio del campo, tienen aire de cuna; forma de hoyo abierto para los plantos del nuevo vivir... La tristeza de la guerra, por eso, no acaba de ser del todo triste. Es tristeza de Viernes Santo, palpitante ya de Pascua florida. Silencio atorado de próximos repiques. Velo morado sobre el altar de la Patria: pero bien visible sobre él la costura por donde ha de rasgarse en el cercano Sábado de Gloria. La vida que nace de la muerte: la paradoja de la Redención. La misma paradoja de ese; Viva la Muerte!, con que los legionarios llenan los aires de aleluya y responso.

Ahora van a tener que venir a vosotros y a nosotros en busca de algo más importante: nada menos que en busca de la fórmula histórica del momento: de la fórmula salvadora de la civilización occidental.

En servicio de esa fórmula, en cumplimiento de ese gran destino histórico, estamos ahora nosotros sufriendo y luchando. Y por eso, porque este no es menudo episodio interno, sino misión

histórica de nuestra raza, vosotros nos habéis entendido enseguida y nos habéis contestado, por este Radio Club, con palabras hermanas. Es la voz de la sangre y de los siglos. Es que nos volvemos a encontrar en el destino común: en algo que nos une en lo trascendente, porque lo que tiene de labor ciclópea y de tarea universal, no es empresa para una nación sola sino para todo un fragmento de humanidad unido, como nosotros, en una misma apreciación de la civilización y de la vida.

Y mientras llega la hora de sacar esas últimas gloriosas y definitivas consecuencias de la guerra, saquemos las menudas y cotidianas. Recordemos a cada instante: «vivimos en una guerra»; y la guerra no es sólo empuje heroico; la guerra es un tono distonto y una vibración general que ha de estremecer todas las zonas de la vida. La guerra no es sólo movilización militar de tropas, sino paralela movilización de corazones, de generosidades y de sacrificios. La guerra no ha de estar únicamente en las líneas de combate: ha de estar en cada uno de nuestros actos y de nuestros pensamientos. Así como los cuerpos, los espíritus han de tener ahora también su uniforme que ha de ser un tono unánime de optimismo y de entusiasmo, que donde quiera que estén, en la oficina, en el cuartel, en la calle, nos haga, en todo momento, solidarios del esfuerzo de los que combaten y de la responsabilidad histórica de esta gran hora que España está viviendo.

Así, una vez más, la frase de Spengler que dice que en «última instancia será siempre un pelotón de soldados el que salve la civilización».

Y esto es así, porque la civilización no es una obra puramente dialéctica, sino que es también una obra ascética. Es un sistema de verdades y principios, pero sostenido por un sistema paralelo de virtudes y de disciplinas. Civilización no es simplemente saber lo que significa la Alhambra de Granada o la Mezquita de Córdoba, ni las fechas en que se hicieron y los arquitectos que las levantaron; civilización es también, y acaso sobre todo, salir a las puertas de Córdoba o de Granada a defender la permanencia de sus monumentos frente a las hordas de bárbaros que las quieren arruinar y destruir.

Cuando Europa se encuentre a sí misma, cuando restaurada la civilización y el orden, se vea libre del peligro de desolación que ahora la amenaza, es posible que algún espíritu recto, al pasar, libre y seguro, allá en París, por debajo de las ojivas históricas de Notre Dame, rectificando injusticias de hoy, tenga un pensamiento de gratitud para aquellos soldaditos españoles que en Baena o en Badajoz están muriendo, en definitiva, para que puedan quedar en pie las ojivas de Notre Dame en París!

Sobre ruinas no se construye nada. Desde que el mundo es mundo, para mejorar la situación económica del segador, del viñador, del alcoholero, se podrán ensayar cuantas fórmulas quieras; todas menos una: menos destruir el sembrado, el molino, el lagar o el alambique, fuente y raíz de toda mejora o prosperidad para los que de ellos viven.

Y la evidencia de esto que digo, está bien clara en el único país que ha logrado llevar hasta el fin la revolución social marxista: en Rusia. ¿Qué pasó en Rusia? La revolución lo destruyó todo: La producción industrial y agrícola disminuyó, de golpe, en cuatro quintas partes. Vinieron, en consecuencias, las famosas y terribles hambres de 1922 y 23, en las que, por estadística comprobada, perecieron de inanición y miseria cerca de cuatro millones de campesinos rusos y, como resultado final, ya que la producción arruinada resultaba insuficiente para la población, ésta quedó organizada en la forma que hoy subsiste, por unos dos millones de privilegiados que, constituyendo los soviets y los comisariados del pueblo, comen y viven bien, y bajo los cuales quedan más de 180 millones de verdaderos esclavos, que no pueden ni calzarse porque un par de botas cuesta cerca de 400 pesetas, que se alimentan con un vale de rancho miserable y que consumen enormes cantidades del único producto cuyo consumo aumenta en Rusia: del «vodka», el alcohol nacional, el blanco anestésico a que acude ansiosamente el proletario ruso, para embrutecer, en medio de tanta humillación, su pobre espíritu: ese espíritu que le han dicho que no existe y que sin embargo él siente latir como una sorda protesta en el fondo de su temperamento eslavo, esencialmente místico, sensible y musical.

Porque la victoria que esperamos y que queremos, la que Dios nos tiene una vez más reservada, no significa comodidad, terminación de penas y vuelta a las fruiciones de antaño. Significa más austeramente responsabilidad y cumplimiento de misión histórica. Aquí bajo los crepúsculos trágicos de Madrid, con medio mundo delante y medio mundo detrás, se percibe esto con sobrecogedora claridad. Que todos templen el ánimo para ello. Esta no es la hora de los que esperan un telégrama cómodo y decisivo. Esta es la hora de los que esperan en Dios.

Porque la guerra que mantenemos es santa; pero no es más que un medio para conquistar la paz para nuestros hijos.

Dadle — pues, al Caudillo eso que necesita y que merece para la plenitud de su caudillaje, eso que tuvieron tan abierta y totalmente los capitanes del Dos de Mayo: un calor compacto, unánime y popular que le siga ciegamente; la unión de todos a sus espaldas en pelotón unánime, en pelotón, fijáos bien, no reclutado,

violenta o disciplinariamente, sino ligado a él en plena vibración y espontaneidad popular. ¡Que calumnia más grande, pueblo español, ésa de los marxistas que creen que el pueblo sólo se mueve en la historia por estímulos utilitarios y económicos! ¡Si el pueblo, todos los pueblos, sólo han respondido siempre de verdad a los estímulos nacionales!

Al contrario: ni los grandes escritores griegos y romanos que florecieron en los siglos de Pericles y Augusto, ni los grandes escritores que florecieron durante el absolutismo de los Autrias, ni los franceses que brillaron en la corte del Rey Sol, ni Goethe, que floreció en la pequeña tiranía de Weimar, son plantas de democracia. Las democracias, con sus agitaciones, con sus periódicos colapsos electorales, paralizadores de toda actividad desinteresada, con sus tentaciones de empleos públicos, convierten en orador al catedrático, en periodista al filósofo, en diputado al poeta, y despilfarran así todas las energías espirituales del país. La democracia es ruido, y la inteligencia no necesita ruido, sino paz: esa paz y alejamiento que a veces, por doloroso regalo de Dios, llega a ser cárcel en Cervantes, expatriación en Alighieri, sordera en Bethoven, y ceguera en Milton. En el dorado apartamento de una granja, en las afueras de Roma, mientras el César se ocupaba de la política y de la administración, pudieron escribirse la Eneida de Virgilio o las Odas de Horacio, el en los enchufes adormecedores de una Embajada de Inglaterra o de una poltrona ministerial.

Los marxistas no son españoles, como no son portugueses ni de ninguna parte. No tienen Patria ni ascendencia. ¡Son los hospicianos del mundo!

Es la hora alegre de una gran tarea común frente a lo universal. No es hora de posturas soberbias. Nos están mirando desde fuera. Y frente a la gran misión universal que nos incumbe, los españoles no nos vamos a unir ya como ayer, a modo de las montañas de una cordillera, sólo por la base: es decir, por lo más elemental. Ahora nos vamos a unir por arriba, de cumbre a cumbre, por el lírico estremecimiento de la luz clara y del cielo azul. Es la hora de las donaciones totales y de las entregas generosas. Los selectos han de sentirse como el primero: jornaleros de la gran tarea. Una opinión personal no es nada frente a un entusiasmo colectivo; una firma no es nada frente a un pueblo; un artículo de fondo no es nada frente a una epopeya. No es la hora de los solistas, de los barítonos, de los gorgoritos. Es la hora unánime y orfeónica de los himnos alegres que hablan de Dios, de la Patria, de los luceros y del amanecer.

La lucha es el origen de todas las cosas, pues la vida está llena de antagonismos como el amor y el odio, lo blanco y lo negro, el día y la noche, lo bueno y lo malo. Mientras tales antagonismos no sean conciliados, el concepto de la lucha arraigará cada vez más profundamente en la naturaleza, como una decisión solemne del Destino.

Por lo demás es bueno que así sea. Si se luchase hoy también en el terreno militar, económico o espiritual, cuando llegase el momento de cesar en la lucha, sobrevendría una época de desconsolación, de acabamiento, de ruina. Pero esta época no vendrá nunca, porque la historia se nos muestra siempre como el escenario de un acontecer cambiante.

Si se quisiera volver a la tranquilidad, a la paz y a la vida contemplativa, chocaríamos con las tendencias actuales de nuestra época dinámica. Es preciso prepararse para nuevas sorpresas, para nuevas luchas.

¿Quién comprende este nuevo ideal de vida? Una nueva generación de espíritus libres, fortalecidos en la guerra, en la soledad y en las empresas peligrosas. Espíritus, no solamente cuerpos que conocen el viento, el hielo y las nieves de las cimas montañosas y gustan de apreciar con mirada tranquila y animosa la profundidad de cada precipicio. Espíritus que están en situación de volver a colocar el mundo en su propio sendero.

No somos momias ni queremos mantener inmóviles nuestros ojos eternamente en la misma dirección; tampoco queremos encerrarnos en los límites estrechos de una rancia beatería y recitar mecánicamente ciertas fórmulas cual si fueran oraciones; nosotros somos hombres, seres vivos que quieren contribuir con su colaboración, aunque sea modesta, al curso creador del desenvolvimiento histórico.

¿Cuáles fueron los elementos vitales causantes de nuestra grandeza en el curso de la historia? Ante todo, el valor, después el carácter indomable, la disposición de ánimo para afrontar los mayores peligros; la postura intransigente frente a toda imperfección y la fuerza de acción rápida tanto en el individuo como en la colectividad; una claridad extraordinaria en las palabras y el valor para decirlas siempre cara a cara; la disciplina en el trabajo, el respeto a la autoridad y el orgullo de poder sentirse cada día y a cada momento miembro de la nación.

Yo mismo busco a mis enemigos y les deseo salud y fuerzas.

Si yo no sintiese cómo el odio y el amor cual círculos gigantescos de fuego me rodean por todas partes, ¡oh, amigos, qué insoportable sería la vida!

Navegar sin olas ni tempestades, con un viento suave y favorable es una suerte grande, pero no es la mía. Lo hermoso, lo grandioso, lo heroico de la vida es navegar contra los vientos. «¡Vivid peligrosamente!» dijo Federico Nietzsche. Esa es mi consigna.

Nuestro programa, camaradas, es: Luchar. Para nosotros los fascistas, la vida es una lucha continua, incesante, que emprendemos con absoluta serenidad, el máximo valor y la necesaria intrepidez.

Lo inmóvil es lo negativo. Es la condenación. En movimiento siempre se está luchando. Por eso quiero ser un luchador.

No queremos la guerra por la guerra misma, como tampoco deseamos la paz por ella misma.

¿Debo descansar? Muy bien, estoy de acuerdo. Pero sólo en un lugar: en el Más Allá.

¡Hay que llegar a la meta completamente desnudo! Es decir, pobre y libre al mismo tiempo. Magnífico, ésto es una fuente eterna de energía.

Todo lo que soy se lo debo únicamente a mis dificultades. A cada nueva aventura hay que consagrarse con toda el alma.

No es el mismo camino que yo me había figurado. Pero el caminante sigue siendo el mismo.

Vosotros sabéis muy bien lo que yo pienso a propósito de la fuerza: la considero más moral que los compromisos y las componendas. Su justificación, la prueba de su moralidad, radica en ella misma: no puede ser guiada por el cálculo o los pequeños intereses, tiene que ser regida por una *idea*.

Hay fuerzas que esclavizan y otras que liberan. Nosotros despreciamos la fuerza de diez contra uno. Despreciamos la fuerza, que no sabe lo que quiere. Despreciamos la fuerza por la fuerza, ya como dogma, ya como deporte. Pero la fuerza que responde a la necesidad y al conocimiento perfecto del momento y lleva en sí misma su sentido supratemporal, esa constituye un concepto altamente moral.

La política que renuncia a la lucha, renuncia también a la vida. No es política, es cobardía. Solo hay una piedra de toque entre los humanos y es la lucha. Todo lo que no coloca a los hombres ante la alternativa trágica del ser y el no-ser, es una falsificación despreciable.

ADOLF HITLER:

El bolcheviquismo y la comunidad de los pueblos europeos

*Párrafos del discurso pronunciado en el Congreso
de Nuremberg 1937.*

Nosotros, en cuanto nacionalsocialistas, vemos con perfecta claridad las causas y condiciones del desasosiego que consume actualmente al mundo. Pero sobre todo apreciamos el alcance y la medida de esta lucha. ¡Se trata de un *proceso gigantesco, de alcance histórico-mundial!* El mayor peligro para la cultura y la civilización de la Humanidad que nunca desde la ruina de los Estados de la Antigüedad, les haya amenazado.

Esta crisis no puede compararse a ninguna otra de las demás guerras o revoluciones que con tanta frecuencia se han producido. No, se trata de un ataque general contra todo el orden social actual, contra nuestro mundo espiritual y cultural. Este ataque va dirigido contra la esencia de los pueblos, contra su interna organización, contra la dirección racista de estos cuerpos populares, contra su vida espiritual, su tradición, su economía y todas las demás instituciones que determinan la esencia, el carácter y la vida de estos pueblos y Estados.

Así como en épocas pasadas, ni los pueblos ni las personas pudieron mantenerse al margen de las catástrofes y revoluciones que en ellos se produjeron por el hecho de profesar ideas u opiniones distintas, tampoco hoy día nadie podrá salvarse del peligro del comunismo porque se niegue su existencia o no se quieran reconocer sus peligrosas consecuencias.

Comprendo perfectamente que a los políticos de las grandes democracias no les produzca ninguna satisfacción tenerse que ocupar de los problemas del comunismo. Pero no se trata de eso. No es que quieran ocuparse de ellos, es que tendrán que ocuparse con tales problemas o de lo contrario sus democracias perecerán más tarde o más temprano. Esta peste mundial del comunismo no pide permiso para preparar el fin de las democracias mediante la dictadura marxista; ella lo hace. Además nadie se lo impide. Para impedirlo no hemos de emplear ni la mera repulsa platónica, ni la repudiación

más o menos solemne; ha de consistir en la inmunización de los pueblos contra este veneno luchando al propio tiempo contra los portadores internacionales del bacilo. Y esta inmunización es tanto más necesaria cuanto que en esta Europa, tan ligada entre sí, el destino de uno de sus Estados está ligado al de todos los demás. No sólo esto: Como Europa constituye una comunidad de pueblos y Estados forjada lentamente a través de siglos y en la que los distintos pueblos se fecundan y complementan mutuamente el contagio de uno de los Estados no solo resulta nocivo para él, sino fatal para todos los demás.

Todos nuestros Estados europeos nacieron originariamente de pequeños núcleos raciales que al cobrar después fuerza se convirtieron en los factores integrantes del todo que hoy forman.

Donde mejor se observa este hecho es en aquellos Estados donde aun hoy no se ha conseguido un equilibrio entre los elementos ilustrados y dirigentes y la masa dirigida y todavía en formación; probablemente tampoco se intentó nunca este equilibrio. Uno de estos Estados fué Rusia. Una capa social muy reducida de elementos no rusos, es decir, unos elementos directivos no eslavos, han hecho un Estado colosal en la forma de un sinnúmero de pequeñas comunidades; el nuevo Estado inconmovible en apariencia descubre pronto su gran debilidad intrínseca en la discrepancia entre el número y los valores de sus dirigentes sin sangre rusa y el número y los valores del elemento nacional ruso.

Por esto fué aquí particularmente sencillo el ataque y la penetración de un nuevo núcleo racial que se presentaba conscientemente con la apariencia de una jefatura nacional a diferencia de los antiguos dirigentes oficiales del Estado. Esto lo logró la minoría judía cuyo número era insignificante en comparación con la totalidad del pueblo ruso, valiéndose del subterfugio de fundir la dirección del proletariado nacional ruso con la dirección social y política del Estado, acabando por suprimir ésta.

Precisamente por esto la Rusia de hoy es absolutamente la misma que hace 200 o 300 años: una brutal dictadura de una raza extranjera que se ha atribuido el dominio sobre todo lo ruso y ejercita este dominio conforme a su propio capricho.

Mientras este proceso persiguió la formación de un nuevo Estado en Rusia, pudo ser tomado en consideración como cualquier otro fenómeno de la realidad histórica e incluso conformarse con él. Pero cuando este núcleo racial judío trató de extenderse a los demás

países y las posiciones conquistadas en Rusia las consideraron como puntos de partida y cabezas de puente para su expansión futura, el problema ha dejado de ser solamente ruso para convertirse en mundial, que ha de solucionarse de una o de otra manera, pero que exige una solución.

Vosotros, camaradas, conocéis la trayectoria de este interesantísimo fenómeno hasta el momento actual.

En los pueblos existe y penetra, sin habérsela llamado, la raza judía que inmediatamente trata de conseguir una cierta influencia económica ocupándose esencialmente en el comercio y en el intercambio de mercancías.

Este proceso se continúa a través de siglos dando ocasión el poderío económico de los intrusos a violentas reacciones por parte del pueblo que los ha recibido como huéspedes. Esta defensa natural de la población despierta en los judíos el intento no sólo de suprimir los motivos principales de ser atacados, mediante apariencia de lenta asimilación, sino que tratan de conseguir una influencia directa en la política del país respectivo.

Parte por intereses económicos, parte por la hospitalidad caballeresca de los indígenas se desconocen muchas veces los peligros de esta evolución. Las voces exhortadoras de hombres influyentes o dotados de perspicacia son conscientemente desoídas como acontece siempre que las profecías son desagradables.

Así consiguen estas comunidades judías usando el idioma de los pueblos que las soportan, pasar de la influencia en el comercio a la influencia en la política. Ellos se mueven lo mismo en el campo de los reyes y del Gobierno que en el campo de la oposición. En la medida que conviene a sus actividades y para poder minar la posición de las Monarquías firmemente ancladas a una dinastía, los judíos fomentan generalmente los movimientos democráticos. La democracia para ellos es sólo la primera etapa para la organización de ese panorama de terror que conocemos con los nombres de socialdemocracia, partido comunista o bolcheviquismo internacional.

Al mismo tiempo que mediante la democracia va reduciéndose la fuerza vital de defensa mediante mil formalidades y sobre todo con la formación consciente de políticos cada vez más débiles, en los movimientos revolucionarios radicales se desarrolla la vanguardia de la revolución judía mundial.

Las debilidades sociales y económicas ayudan a facilitar el ataque destructor de la internacional bolcheviquista organizada exclusivamente por elementos judíos.

En este estadio se reproduce el mismo proceso que en el anterior. Mientras que una parte de los «ciudadanos judíos» desmoraliza la democracia principalmente mediante el influjo de la prensa o con fenómenos revolucionarios del tipo de los Frentes populares a los cuales envenenan, la otra parte de los judíos lleva la tea de la revolución bolcheviquista al mundo democrático-burgués sin que en éste aparezca todavía ninguna reacción defensiva. El último objetivo es entonces la revolución bolcheviquista definitiva, es decir, no un régimen en que el proletariado se rija a si mismo, sino la subordinación del proletariado a sus nuevos señores extranjeros.

Así como un día la masa envenenada, salvaje y necia, apoyada, por los elementos asociales escapados de la cárceles y presidios aniquiló la inteligencia de los pueblos sacrificándola en la guillotina entre olas de sangre, sólo un último representante de este saber intelectual, pero miserable, pudo salvarse: el judío. Ahora bien, hay que hacer una afirmación: ¡Se trata de una raza sin superioridad moral ni intelectual; es en todos los aspectos absolutamente inferior! La falta de escrúpulos y de conciencia nunca puede estimarse como una verdadera y genial capacidad.

Echemos, compatriotas, solo una mirada sobre la importancia de los judíos en el aspecto comercial y otra a la vida realmente valiosa de la fantasía creadora, del genio y el trabajo, fuente de los grandes inventos y obras de la Humanidad. Si alguna vez se ha dicho que lo importante es no ocuparse con las cosas creadas sino crear las cosas, esto sirve como anillo al dedo para juzgar la obra de los judíos. En muchos países ocupa el 90 por ciento de las puestos intelectuales pero nunca ha producido, creado o inventado los elementos del saber, la cultura o el arte. Llega a dominar en el comercio por ciertas manipulaciones, pero la base del comercio, es decir, los valores, no los descubre, los inventa ni los desarrolla... Es una raza impotente para la creación.

Esto explica que cuando alguna vez quiere dominar permanentemente en un país se apresure a arrancar y exterminar las capas intelectuales superiores que hasta ese momento existieron en el país. De otro modo al cabo de poco tiempo los hombres superiores habrían vuelto a dominarles de nuevo... En todo cuanto requiere una prestación efectiva han sido y siguen siendo unos chapuceros.

¿Cómo se ha librado el Nacionalsocialismo de estos enanos arrogantes, contra las profecías de sus «sabios» críticos? Ellos como

demócratas no han dispuesto ni una sola vez de las posibilidades que en la democracia existían para dirigir a las masas; tampoco como socialdemócratas lo han sabido. Como interesados en nuestra economía no supieron impedir su ruina, ni tampoco supieron sacar de su quiebra las consecuencias que se les habrían ofrecido a los comunistas. Y todo porque tenían enfrente al Nacionalsocialismo pleno de consciencia.

De aquí que nosotros, nacionalsocialistas, estemos tan seguros y conscientes de la indestructibilidad de nuestro Estado. De todos modos vemos al resto del mundo en peligro inminente, cuando cierra los ojos ante estas cuestiones y sobre todo no quiere ver que la dictadura del proletariado no es otra cosa que la dictadura del intelectualismo judío.

En los últimos años hemos demostrado con una serie de documentos estadísticos irrefutables que en la Rusia soviética del proletariado el 80 % de los puestos directivos están ocupados por judíos. Es decir: no dicta el proletariado, sino aquella raza cuya estrella de David se ha convertido también en el símbolo del llamado Estado proletario. Hemos comparado también la situación con la de Alemania en la que sin duda alguna merced a la labor del nacionalsocialismo las inteligencias más capaces sin consideración a la persona, el origen o el patrimonio, son exaltados a los puestos directivos. Sobre muchos temas ha escrito entonces la prensa mundial judía y la prensa rusosoviética, es decir, judíosoviética, pero en cambio no se dijo nada sobre estos datos estadísticos acerca de la dirección absoluta en manos de los judíos en el llamado Estado de los obreros y campesinos. Tuvieron que callar. No había lugar a mentiras ni deformaciones de la realidad y en cambio existía el peligro de que los demás países abriesen los ojos.

Incluso en Alemania lo hemos vivido nosotros mismos. ¿Quiénes fueron los jefes de nuestra república bávara? ¿Quiénes fueron los de Spartakus? ¿Quiénes eran los dirigentes efectivos y los financiadores de nuestro partido comunista? No lo podrán negar tampoco los acomodados jefes de las democracias del mundo: eran los judíos.

Y lo mismo ha pasado en Hungría y lo mismo sucede en aquella parte de España que hasta ahora no ha sido conquistada por el pueblo genuinamente español (1937).

Durante decenios también en nuestra Patria el judaísmo ha utilizado los partidos marxistas del proletariado como fuerza de choque,

no precisamente contra los parásitos de la vida nacional y económica sino al contrario siempre al servicio de los parásitos y en contra de la producción nacional. Y esta producción nacional lo ha soportado durante largo tiempo hasta que hemos llegado al resultado de los 7 millones de parados que estaban en la calle. Y todo esto sólo con la esperanza de formar con estos 7 millones de parados el ejército de la revolución comunista. Con ellos se esperaba poder exterminar en nuestro pueblo la inteligencia como se ha intentado hacer en España y se ha hecho en Rusia.

En esta lucha dirigida y organizada en primer término por el judío, persiguiendo la justicia social no se ha atacado nunca a un solo judío como elemento socialmente indeseable. La dirección mas indigna de un país que pensarse pueda, comienza cuando como en Rusia los hombres se matan y aniquilan recíprocamente.

Si esta lucha aparentemente social se practica para desembocar en una dictadura brutal para subyugar a los ciudadanos de los demás pueblos bajo la tiranía de la raza judía e incluso se esfuerzan por ampliar este proceso convirtiéndolo en una revolución mundial, entonces cada individuo particular no solo se siente interesado, sino indirectamente amenazado.

En la comunidad de las naciones cultas europeas el bolcheviquismo judío es un elemento absolutamente extraño que jamás realizó la más pequeña contribución a nuestra economía o a nuestra cultura, sino sólo introdujo la confusión; que no ha aportado ni una sola prestación a la vida europea o internacional sino mediante libelos propagandísticos plagados de cifras falsas.

Nosotros en Europa necesitamos estar más interesados que ningún otro país. Nuestro país, nuestra cultura, nuestro pueblo y nuestra economía han nacido condicionadas por la totalidad de Europa. Hemos forzosamente de ser el enemigo declarado de todo intento de introducir en el todo o en las partes de la gran familia europea, la perturbación y la ruina. Para nosotros, alemanes, resulta insoportable la idea de que esta Europa pueda ser dirigida desde Moscú. Si en otros Estados esta medida puede ser tolerada por exigencias políticas, nosotros sólo podemos extrañarnos y lamentarnos de ello. Pero en todo caso la idea de recibir directrices de quien está tan por debajo de nosotros no despierta en nosotros más que indignación y risa. Además la pretensión de regir Alemania, el viejo país de la cultura europea, desde Moscú por una cuadrilla de malhechores medio-salvajes, judíos y bolcheviques, es una osadía intolerable.

Los nacionalsocialistas nos hemos formado en la lucha contra este enemigo. En 15 años le hemos aniquilado en el campo espiritual y en el material. Ni sus numerosos asesinatos y actos de violencia, ni el apoyo que encontraban en las autoridades marxistas del Reich en aquella época, pudieron contener nuestra carrera victoriosa. Hoy vigilamos cuidadosamente para que no vuelva semejante peligro sobre Alemania. El que quiera emprender la tarea de traer este peligro a Alemania debe saber que el Estado nacionalsocialista se ha forjado las armas necesarias para destruir instantáneamente tales intentos.

Seguramente el mundo aun no ha olvidado que tenemos buenos soldados. Pero puede creernos que nuestros soldados son hoy mejores que nunca. Que nadie dude de que el Estado nacionalsocialista luchará por su existencia con mucho mayor fanatismo que el Estado burgués.

Ha pasado el tiempo en que se le podían formular todo género de exigencias a un pueblo indefenso.

NOTA DEL EDITOR

Cuando llegue la hora de escribir la historia de la guerra actual, los números de «La Joven Europa» constituirán una fuente de informes contemporáneos, nacidos en el momento mismo de esta lucha por la libertad de Europa. Por esta razón, el Editor insiste aquí una vez más, en el ruego de que le sean enviados toda clase de relatos sobre sucesos vividos, artículos políticos, cartas de camaradas muertos en el frente, poesías u otras composiciones análogas. En estas aportaciones se pondrá de manifiesto la gran camaradería que une a la juventud del Continente europeo.

Los artículos de Karl von Clausewitz y Janko Janeff publicados en este número han sido tomados respectivamente de sus obras «Vom Kriege» (1831) y «Dämonie des Jahrhunderts» (Editorial Heling, Leipzig).

*Responsable del contenido de esta publicación: Dr. Rupert Rupp
Intercambio Académico Cultural*

Berlin W 35, Friedrich-Wilhelm-Straße 22. Teléfono 99 01 13.